

LA BOLSA O LA VIDA

Crónica de un mundo con coronavirus

Rosa María Artal

Rocaeditorial

La bolsa o la vida

Crónica de un mundo con coronavirus

Rosa María Artal



LA BOLSA O LA VIDA

Rosa María Artal

La periodista Rosa María Artal recorre una historia —salpicada de detalles, de análisis y de intensas emociones— que comienza saludando al «Feliz Año 2020» para meternos en un torbellino que lo cambió todo y al que no ve un final inmediato.

Un simple virus ha desbaratado a la sociedad mundial como nunca logró hacerlo, en profundidad y extensión, ningún arma premeditada. El coronavirus ha sido una enmienda a la totalidad de un sistema que despreció cuanto era valioso y hasta indispensable para el bien común, en aras del lucro de unos pocos. Era la sanidad pública la que se ocupaba de nuestra salud y había sido diezmada por las políticas neoliberales. Era, es, la gente corriente la que sustenta los países, especialmente en las situaciones más comprometidas.

España sufrirá un doble ataque vírico: del coronavirus y de una oposición depredadora, con gran apoyo mediático y de otros estamentos de poder. Una pesada mochila con la que cargamos desde hace décadas. En España, los emplastos nunca resueltos han emergido todos en su máxima intensidad.

Apenas asumido que nos invade una pandemia, sus víctimas habidas y por llegar, el debate principal es si hay que apostar por la salud o por la actividad económica. Entregarles la bolsa de nuevo o apostar por la vida.

ACERCA DE LA AUTORA

Licenciada en Ciencias de la Información y con estudios de sociología y ciencias políticas. Periodista de televisión, prensa y radio. Reportera todoterreno de *Informe Semanal* de TVE, cubrió la caída del Muro de Berlín (de la que fue testigo directo desde la RDA), el fin de la URSS y el del Pacto de Varsovia. El ascenso y el desplome de Margaret Thatcher o a la irrupción de «lo hispano» en Estados Unidos. Corresponsal de *El País* en Aragón durante la Transición, y colaboradora de otros medios, es columnista de *eldiario.es* desde su puesta en marcha. Como escritora, ha publicado una decena de libros. De literatura y ensayo. Desde el *Diario de una mujer alta* (Mileto, 2001) a *La energía liberada, el estallido social de un mundo en crisis* (Aguilar, 2011). Promotora y coordinadora de *Reacciona* (Aguilar, 2011), el ensayo español más vendido de ese año, y de *Derribar los muros* (Roca, 2019). Inconformista, tenaz, ciudadana sin fronteras, feminista por pura lógica, es muy activa e influyente en las redes sociales.

Twitter: **@rosamariaartal**

ACERCA DE LA OBRA

Una historia humana también, llena de emociones, silencios y gritos. De planteamientos vitales. Han cambiado costumbres, prioridades. Hemos descubierto de cuántas cosas que parecían indispensables podíamos prescindir. Hasta concluir, la mayoría, que de lo único que no podía privarse era de los abrazos, del roce de las manos y los labios. Del afecto y la colaboración.

Hay algo prácticamente seguro: nada volverá a ser lo mismo. O peor o mejor. Seguir igual sería en sí una regresión. Frente a la lógica que se avanza en la mayoría de los análisis racionales para abordar el futuro.

ROSA MARÍA ARTAL, en la introducción del libro

Ninguna persona es una isla;
la muerte de cualquiera me afecta,
porque me encuentro unido a toda la humanidad;
por eso, nunca preguntes
por quién doblan las campanas;
doblan por ti.

JOHN DONNE (1572-1631),
«Por quién doblan las campanas»

Doblan por cuantas personas esenciales hemos perdido, pero tañen en intenso aplauso por los que nos asisten para enfrentar la pesada carga de la pandemia. Gracias por el esfuerzo y la vocación que nunca debieron exigir tantos sacrificios.

Gracias a los amigos, compañeros y aún desconocidos que han inspirado ideas para buscar razones, fuerza y consuelo.

Y a cuantos leáis esta crónica de un tiempo que lo cambió todo y que, con la ayuda de los demócratas, no volverá a ser un remiendo que mantenga los errores. Para mirar y ver. Para saber que lo primero son las personas. Para, con lucidez y a pesar de todo, no tener miedo.

Nadie lo vio venir

Nadie lo vio venir, por más que hayan aparecido múltiples profetas del pasado. Sí hubo, por supuesto, informes genéricos de organizaciones internacionales, la OMS incluida, sobre la posibilidad de una pandemia nunca descartable y se les prestó la atención que se les da a ese tipo de estudios sin anuncio concreto. Un simple virus ha desbaratado a la sociedad mundial como nunca logró hacerlo, en profundidad y extensión, ningún arma premeditada. La verdad de nuestro mundo ha quedado desnuda frente al espejo. Esto no iba bien y se ha demostrado con creces, de la forma más atroz. Ahora bien, si se han derrumbado buena parte de nuestros esquemas, es probablemente porque también —como los infectados más graves— padecían patologías previas.

Y fue tanto más virulento cuanto mayor era la debilidad preexistente. Nos ha arrasado en un tiempo récord de apenas tres meses, intervalo en el que expandió desde una lejana ciudad china de once millones de habitantes, se dijo, su infección global. Tras un inicio casi inadvertido, la enfermedad se desmanda pasando de un crecimiento lineal a uno exponencial. Sufrimos una cantidad insoportable de muertes e infectados. El porcentaje sobre la población mundial es mínimo, pero se ha desparramado de tal forma que termina por cercarnos y herir a personas que nos tocan de cerca.

Ya no son los desconocidos chinos de Wuhan —que así se vio al principio y se debe constatar—, son familiares, amigos, conocidos. Si los grandes cataclismos sacan lo mejor y lo peor de cada uno, de cada sociedad, el de este año 2020 del siglo XXI presenta serias taras. Previstas y largamente anunciadas, con sus hitos de alarma, a los que no se dio la importancia necesaria.

Causa decisiva de su descomunal propagación, la debilidad del sistema sanitario: no estaba preparado para una emergencia de este calibre. Faltaban medios elementales de protección —mascarillas, guantes— y de tratamiento de los síntomas más graves —respiradores y unidades de cuidado intensivo en los hospitales—, incluso profesionales de la sanidad. En buena parte de los países habían sido diezmados por las políticas neoliberales. Otros, ni los tuvieron. No olvidemos tampoco el empeoramiento de los determinantes de salud, de forma muy destacada el deterioro del aire, del medio ambiente en general.

El coronavirus ha sido una enmienda a la totalidad del capitalismo desbocado. Una enmienda a un sistema que despreció cuanto era valioso y hasta indispensable para el bien común, en aras del lucro de unos pocos. Llegaremos a ver que se comercia y se engaña con los elementos que pueden salvar vidas. Aeropuertos en los que productos adquiridos por distintos países asisten a una especie de subasta en la que se los lleva el que más paga allí mismo.

Pearl Harbour, el 11M de los atentados, el 2008 de la crisis financiera, la gripe americana de 1918, mal llamada española por haberle dado nuestro país mayor publicidad. El covid-19 es más si cabe. Su singularidad radica en que puede comportarse como el enemigo invisible del que no se entera ni el portador, por varios días,

hasta dos semanas. Los infectados asintomáticos suponen un enorme factor de transmisión. Nos ha paralizado, nos ha descolocado. Ha desatado la primera cuarentena global de la historia, con millones de seres confinados en sus casas. Ha frenado en seco la mastodóntica economía del siglo XXI en un hecho inaudito.

Hasta disponer de una vacuna que puede tardar no menos de dieciocho meses en ser descubierta, probada y declarada segura a salvo de graves efectos secundarios, el covid-19 sigue aquí. Vendrán antes tratamientos cada vez más efectivos, puede lograrse una cierta inmunización de las poblaciones, pero para erradicar su malignidad falta tiempo todavía. Hemos ido aprendiendo mucho sobre el coronavirus, sobre sus causas y consecuencias. Nos queda un futuro con él formando parte de nuestra realidad cotidiana, imponiendo separaciones y reglas. Y caminar por la senda de una crisis superior a todas las conocidas que acarrea consecuencias económicas, tecnológicas, sociales, emocionales, de pérdida de libertades.

El futuro más temido se nos ha venido de bruces a la cara y golpea a una población especialmente vulnerable. No pudo caer nada peor que una pandemia como el coronavirus sobre una sociedad como la que se ha ido configurando, con amplios sectores sumidos en la inmadurez y la banalidad. Una sociedad que lo tiene todo —cierto que solo en las parcelas más favorecidas del mundo— y dispone de medios para saber dónde está y lo que ocurre a través de la información y la educación. Y aun así se ha despreocupado y acomodado en lo fácil. De repente, se encuentra con la sorpresa de que no todo estaba previsto como creía. De ahí algunas reacciones viscerales de los sectores más pueriles. El choque es brutal. Numerosos factores fueron influyendo para crear ese caldo de

cultivo. La mayoría, una vez entendido el problema, reacciona con madurez, sin embargo. En la hora de la verdad, se precisa implicación. Y la vemos en comportamientos ejemplares. Profesionales, a menudo infravalorados, se multiplican para ayudar.

Llenos de incertidumbres, suponemos que esta crisis será transitoria pero no a cuántos y a quiénes se llevará en su camino. Cuánto trabajo, proyectos, ilusiones habrá que repensar. La desinformación en medios tradicionales, aliados del poder, supone una seria traba. Bulos y *fake news* se expanden por las redes a mayor velocidad y con mayor permanencia que las noticias auténticas. E influyen en amplios sectores de la sociedad, desconcertados y atribulados, en un momento en el que más se precisaba lucidez y entereza. El difícil trance de una recesión no hace sino acrecentar la inquietud entre los ciudadanos.

Apenas asumido que había una pandemia, con sus víctimas mortales habidas y por llegar, el debate principal fue si había que apostar por la salud o por la actividad económica, si no era asumible un determinado número de muertos, los que fueran y de donde fueran, para no parar la forma de vivir que teníamos. Aunque algunos de sus errores nos hubieran traído hasta aquí. Fue el Departamento de Trabajo del Estado norteamericano de Ohio[1], presidido por un republicano, quien ya en la fase de retomar la actividad dio una orden taxativa: las empresas deben denunciar a los trabajadores que no quieran reincorporarse a sus puestos de trabajo. La negativa implicará de entrada que no puedan acogerse a ningún beneficio por desempleo. Era la versión neoliberal de «la bolsa o la vida». La que había latido todo el tiempo desde que se avistó la envergadura de la pandemia. La economía o la salud. Los científicos

creen que por esa razón se retrasaron medidas de contención en Europa. Había que elegir entre los costos de la enfermedad, incluida la mortandad, y el colapso social, dijeron.

Es hora de grandes decisiones, en estado precario, para marcar la salida más airosa. Con las fuerzas que se oponen y las que empujan. El futuro será distinto, pero todavía no se ve en qué forma. Algunas pistas son tan inquietantes como el propio virus.

«La normalidad era el problema», dice una pancarta aireada en anteriores protestas, pero sus beneficiarios quieren seguir llevando las riendas. Ya están en ello. En España, ferozmente y sin tregua. Con mayor incidencia en nuestro país que en la mayoría de Europa. Cada vez más radicalizados, impregnados de ultraderecha, consecuencia de errores anteriores no resueltos. Nuestro país va a vivir por esta causa un doble ataque vírico: el del coronavirus y el de una oposición depredadora. Una pesada mochila con la que cargamos desde hace décadas, muchas décadas. El poderoso grupo conservador que aúna política, economía, medios, togas y sotanas y que se despliega en diferentes funciones y tonos. Hay un incesante movimiento para desbaratar al menos la coalición. Un golpe con diferentes grados de comillas.

En España, los emplastos nunca resueltos han emergido todos en su máximo esplendor. Y, al tiempo, algunos de los problemas que se estaban resolviendo, como la lucha contra el machismo y la violencia de género, han caído bajo un manto de silencio.

Vivimos uno de los momentos más críticos de la historia, de la nuestra, de nuestra generación. Cada paso que demos hoy, en una dirección u otra, marca un camino que tardará en revertirse. «Nos enfrentamos a elegir entre vigilancia totalitaria y empoderamiento

ciudadano», escribía Yuval Harari, el acreditado autor de *Sapiens*. Iría más allá: nos enfrentamos a elegir entre un capitalismo de corte fascistoide y un Estado social más justo. Y, además, en un tablero mundial que lucha ahora mismo por diferentes hegemonías. Venía de atrás. Una historia que fuimos contando los periodistas conforme sucedían los hechos y que precisa una visión de conjunto más amplia y reposada como puede ser el análisis de un libro.

Una historia humana también, llena de emociones, silencios y gritos. De planteamientos vitales. Han cambiado costumbres, prioridades. Hemos descubierto de cuántas cosas que parecían indispensables podíamos prescindir. Hasta concluir, la mayoría, que de lo único que no podía privarse era de los abrazos, del roce de las manos y los labios. Del afecto y la colaboración.

Hay algo prácticamente seguro: nada volverá a ser lo mismo. O peor o mejor. Seguir igual sería en sí una regresión. Frente a la lógica que se avanza en la mayoría de los análisis racionales para abordar el futuro.

Feliz 2020

El 31 de diciembre de 2019, el Gobierno chino informa a la OMS (Organización Mundial de la Salud) y publica en su web oficial que se ha detectado una «neumonía de causas desconocidas» en Wuhan, ciudad industrial de 11 millones de habitantes en el centro del país, en la provincia de Hubei. Ha sido en torno a un mercado de mariscos. El mundo occidental se dispone a recibir esperanzado el 2020 y despedirse con alivio del 2019, el rito ya de décadas que apenas salva alguna ventura personal en el año que se va. Ha sido agitada esa década y el año al que decir adiós. Arde en incendios Australia y a ratos California, y se prodigan los desastres naturales. Siguen guerras de destrozos, muerte y expulsión. Y el vagar de los refugiados en el abandono.

El Reino Unido acaba de elegir primer ministro, el 14 de diciembre, al conservador Boris Johnson, que consumará el Brexit, la salida de su país de la Unión Europea. Se une así al club de dirigentes impensables —y menos para afrontar grandes retos como el que ha de venir— que se prodigan por doquier, en la involución latinoamericana o en los Estados Unidos de Donald Trump, más arriba. El magnate convertido en presidente de la aún primera potencia del mundo está a punto de ser exonerado de un *impeachment* interpuesto por el Partido Demócrata, que, sin

embargo, solventarán a su favor sus correligionarios del Partido Republicano en el Senado, porque allí tienen mayoría, simplemente por eso. Trump mandará asesinar con un dron, el día 3 de enero, al general Qasem Soleimani, hombre fuerte de Irán, sin mediar acto de guerra. Uno de esos exponentes de matonismo para consumo de adeptos y beneficiados. La llamada Comunidad Internacional, a menudo tan tibia, se alarma temiendo una desestabilización de la zona del golfo Pérsico que involucra a Arabia Saudí. Hierven temores a agitar el dinero en petróleo. Se termina imponiendo una tensa calma.

Por supuesto, nadie presta especial atención a la neumonía de Wuhan. En esos momentos, distintas epidemias afectaban a varios lugares del mundo, todas ellas causadas por virus: el ébola y el sarampión en África occidental; el dengue en Centroamérica, América del Sur y Afganistán. Lo habitual. Con miles de víctimas que no llevaban a sus virus a viajar en avión masivamente causando temor a los occidentales, con tratamientos y vacunas. No se avista peligro alguno, por tanto, para la vida de ese llamado primer mundo.

El 5 de enero, la Organización Mundial de la Salud hace público un comunicado en el que da cuenta de 44 casos de neumonía de origen desconocido detectados en el mercado de Wuhan, China. No recomienda ninguna medida específica a los viajeros de esa zona, solo acudir al médico si se observan síntomas. Luego se han detectado casos en diversos países y diferentes momentos. Pudo venir de Wuhan o de otro lugar. Al día siguiente del aviso de la OMS ninguna portada de los periódicos españoles cita la noticia, como es lógico dado el contexto que se da. En España es el día de los Reyes Magos, el final de la peculiar Navidad de tres semanas. «La cabalgata

de ilusiones» ocupa un año más las imágenes destacadas. Todos los clichés de siempre, hasta se alude a «los felices veinte, otra vez». Es una de las pocas fechas en las que parece pararse el mundo, aunque en modo alguno lo haga. Para muchos será aún más patente la zozobra de todos los días ante la alegría decretada. Como toda la Navidad, es una proclama de gozo universal, o casi. Como daño colateral logra que a algunos les haga sentirse más solos de lo que están. Nadie sospecha, pues, que en breve este año 2020 quedará marcado de por vida, a pesar de entrar con grandes tensiones como un presagio sustentado en hechos. España es un polvorín político. Vive prácticamente en un ambiente prebélico. Anticipo de una nueva reactivación del virus marcadamente antidemócratico que se refuerza en nuestro país a la menor ocasión.

Dos días después se va a votar la investidura de Pedro Sánchez como presidente de un gobierno de coalición de su partido, el PSOE, con Unidas Podemos. Se han precisado cinco elecciones para llegar al fin de un largo y tortuoso trecho. Agotado el bipartidismo por sus muchos errores, ya no es tiempo de mayorías absolutas. Ni en nuestro país ni en muchos otros. Pero los viejos poderes —aposentados en ese caldo de cultivo que parecía eterno— se resisten a aceptar la realidad, lo que han elegido los votantes.

Sí, la Navidad ha venido dura. Los cuñados de Ciudadanos se han vuelto de Vox —del presunto centro a la ultraderecha — y, diciendo las mismas incongruencias, se sienten doblemente orgullosos de sí mismos. El tiempo, o mejor, la deseducación, la propaganda, los problemas mal entendidos les han dado la razón, según creen. Y el monstruo de siete cabezas lleva además coleta y es de izquierdas. A modo de ejemplo, una noticia de la COPE se refiere a un padre que

utiliza un GIF para ilustrar el susto de su hijo al ver «la fuerte personalidad» de Pablo Iglesias, el líder de Unidas Podemos. La Conferencia Episcopal, propietaria de la COPE, recibe una fuerte subvención de dinero público, 11.600 millones de euros, y goza además de exenciones fiscales. Los demonios saben mejor que nadie cómo meter miedo a los niños de todas las edades, desde los bebés hasta la ancianidad. En las calderas de Pedro Botero nada puede ofender más que la diferencia a la cuadrícula de las tradiciones hecha norma.

El PP, con Pablo Casado al frente y Cayetana Álvarez de Toledo como portavoz, manda el 3 de enero a la sociedad prácticamente a una sublevación en las calles. Ella llama, textualmente, a la movilización contra un Gobierno que nace, dice, con el «estigma de la mentira y la sedición». España al fin, su derecha, su poder, su España. No ganaron las elecciones, pero una vez más se comportan como si lo hubieran hecho. Viven una crisis aguda que solventan mirando al tendido como si no fuera con ellos. En las elecciones de abril de 2019, el PP de Pablo Casado sufre el peor resultado de su historia, una auténtica hecatombe. Pierde tres millones de votos, se queda con solo 66 diputados, menos de la mitad de los que tenía desde 2016. En el Senado, se deja otros 74 escaños. En dinero supone 257.430 euros al mes en ayudas públicas. Un duro palo que le pone en apuros. Repetir elecciones en noviembre le ayudó a una modesta recuperación a las claras insuficiente. En las elecciones municipales y autonómicas de mayo, el PP vuelve a perder un millón de votos. Pero juega sus cartas con habilidad y aliado con Ciudadanos y el apoyo de Vox consigue gobernar en plazas tan decisivas como Madrid, capital y comunidad.

Son días de vivas tensiones aquellos primeros de enero que culminaron en una noche de cuchillos largos que el Estado democrático impidió desenvainar. Con un diputado, Tomás Guitarte, de Teruel Existe, durmiendo en paradero desconocido para sus atacantes por haber anunciado su voto afirmativo a Pedro Sánchez. Algunos periódicos de la derecha llaman en sus editoriales y columnas a «votar en conciencia», tratando de tumbar al gobierno antes de que nazca. Vimos a Adolfo Suárez Illana, diputado del PP, miembro de la Mesa del Congreso, dando la espalda al portavoz de Bildu durante su intervención, en una actitud pueril sonrojante. El diputado Suárez de 2020 lo era por el partido que amparó a muchas personas que hicieron la vida imposible a su padre. No perdonaron que cambiara el movimiento dictatorial franquista —al que pertenecía— por una ley para la Democracia. Esos posos que existen en España. Vimos a políticas desencajadas insistiendo en ver golpes de Estado donde no los había. Ni en España —el gobierno de progreso— ni en Catalunya, dado que ni siquiera la justicia española se había atrevido a sentenciarlo así. Las vimos desmoronarse camino de la nada como, entonces, Inés Arrimadas, o camino de la furia y la venganza como Álvarez de Toledo. Desde los vertederos mediáticos y al más alto nivel en el escalafón se insultó con rabia renacida. En los periódicos, columnas calificando al ejecutivo de «CoProfagia progre» o destacando las lágrimas de Pablo Iglesias «en directo», al verse vicepresidente de un gobierno progresista tras años de insultos y cloacas destinados a tumbar su imagen. O en periódicos de antiguo prestigio definir al gobierno como de «izquierda radical con otros de ideas más cercanas al centro político y la ortodoxia económica». Sin

sospechar ni de lejos lo que viene, prefieren en cualquier circunstancia un gobierno más conservador.

Los progresistas habían sabido aguantar y vencer. España logra formar gobierno, superando tales escollos pues se diría que se habían entrenado para la peor de las eventualidades. La que llegó apenas unas semanas después sería de aplastante envergadura. El coronavirus ha emprendido su expansión.

Las primeras muertes certificadas en Hubei se producen a partir del 9 de enero. El día 13 de enero, Tailandia informa de su primer caso, detectado por un escáner de vigilancia de temperatura corporal en el aeropuerto de Bangkok. El 20, científicos chinos confirman la transmisión entre humanos. El coronavirus comienza a extenderse por el mundo: se reportan casos en Corea del Sur, Japón y Estados Unidos. Ya se han detectado más de 800 contagios y han muerto 25 personas en China que celebra su Año Nuevo con grandes reuniones familiares, vacaciones y viajes. El 23 se cierra la provincia de Hubei. La propia OMS califica esta decisión como una medida sin precedentes. Las hubo en otras epidemias también de síndromes respiratorios. Pero la sociedad actual tiene en algunos sectores una memoria volátil, los hay que incluso se comportan como si el mundo hubiera nacido el mismo día que ellos o cuando ellos se enteran de algo. Poco después el virus va llegando a Europa a través de personas que proceden de vuelos desde China.

El 31 de enero, se consuma el Brexit británico. Después de cuatro años de debates, idas y vueltas, tras el referéndum que así lo decidió, el Reino Unido deja la Unión Europea. Ese día se confirma que el coronavirus ha alcanzado Italia, el Reino Unido y, en un primer caso, a España. Es un turista alemán de vacaciones en Canarias, en la isla

de la Gomera. El segundo será un turista británico que se encuentra en Palma de Mallorca. Este se detecta el 10 de febrero, día para el que entonces parece faltar una eternidad en esta progresión.

Algunos países están suspendiendo los vuelos procedentes de China, o prohibiendo la entrada a ciudadanos que hayan viajado a ese país. Estados Unidos, por ejemplo. Pero no hay una gran dosis de alarma. Los muertos solo se han producido en China, ya son 258 y más de 11.000 contagiados.

En España, la toma de posesión de los miembros del nuevo Gobierno de coalición iba dejando en los objetivos ideas como equilibrio, participación, igualdad, pensar, ilusión, lucha colectiva, proyecto vital, cuidar, observar la realidad para saber entender las prioridades. Y dejarse la piel. Y poner la vida en el centro. Hablan de trabajar al servicio de los ciudadanos. De repartir mejor los ingresos y pensar más en los que menos tienen. Las primeras medidas irán en ese sentido. La subida de 0,9% euros en las pensiones (sobre el 0,25% anterior) y el salario mínimo a 950 euros.

Enfrente seguían rugiendo las cavernas de todos los estamentos. Como si temieran ver disminuidos los privilegios de los que han gozado en algunos casos de forma secular. Redoblando insultos, mentiras y gritos, anunciando querellas y todos los males del averno. Era un choque bestial, como para despertar al más abducido por el despliegue.

Es un gobierno moderadamente progresista, sin más, pero la España ultra se propone hundirlo desde antes de empezar a andar. Sin tregua. Son muchos años de práctica, saldada en general con éxito, gracias fundamentalmente a la impunidad. La batalla es ardua y precisa del criterio de la propia ciudadanía que se atreva a quitarse

las gafas de madera de no ver. Se precisa sobre todo un equipo fuerte y cohesionado al que no le tiemble la mano, decimos algunos periodistas. «Este Gobierno no necesita recibir un certificado de buena conducta de la ultraderecha, la patronal y el episcopado, no necesita que le den palmaditas en la cabeza como a un chucho manso, bueno y obediente. Su legitimidad es superior a la de cualquiera de las otras instituciones del Estado: procede de los millones de ciudadanos españoles que votaron a los partidos que los apoyan», escribe el periodista Javier Valenzuela en *Infolibre*.

Los primeros pasos del Ejecutivo de coalición van renovando las cúpulas de las Fuerzas de Seguridad. Se vive el acoso —más que el enfrentamiento en la terminología periodística— de la judicatura conservadora, la empresarial da «toques» y la política es un fiero desbarre, tanto o menos que la mediática a su servicio. El nombramiento de la exministra Dolores Delgado como fiscal general del Estado es la primera batalla que ha prendido en «toda la prensa» como he leído. «Casa mal con el discurso de imparcialidad», escribía Ignacio Escolar, director de *eldiario.es*. La realidad es como es. «Hay mundos mejores, donde la Fiscalía no depende del Gobierno. Pero vivimos en este. El nuevo Gobierno ha decidido responder a la derecha con sus mismas armas.» Se trata de una medida defensiva y ofensiva. Tras décadas de politizar y usar la justicia en su provecho, ver preocuparse a la derecha española por la independencia judicial era casi una broma macabra. Pedro Sánchez dice que se propone como tarea prioritaria renovar los órganos de gobierno de la justicia.

Los programas río de la mañana, tan atentos a la última hora para comentarla, centraban su interés en críticas al Gobierno y en otro de sus temas favoritos: Venezuela. Obviando la situación en Chile, por

ejemplo, y el informe demoledor de la Misión Canadiense de Observación de Derechos Humanos en el país sudamericano. Tras cien días de conflicto, «ninguna recomendación de la ONU ha sido cumplida», dice. El balance de víctimas es sobrecogedor: 2.000 heridos de bala y 158 querellas por violencia sexual. Nada dicen, por supuesto, de Arabia Saudí u otros países «amigos» del poder. La UE no les sanciona y prohíbe la entrada, como a otros, ni siquiera cuando descuartizan a periodistas críticos.

La sociedad española entretanto vive preocupada por la crispación del escenario y, una parte de ella no demasiado amplia desgraciadamente, por el ascenso de la ultraderecha que está impregnándolo todo. La derecha extrema marca la agenda y, por tanto, los contenidos y los tiempos. Establece las prioridades y desplaza lo que no le interesa que se vea y apenas cabe en el hueco que deja su preciso programa. Esa derecha señala desde los titulares de los medios hasta de qué se habla en las redes y en la calle, sin duda en WhatsApp: lo copa todo. Aunque están ocurriendo muchas más cosas que la ciudadanía debe conocer.

En la Italia que lanzó el fascismo que pugna por dirigir el país, ha habido una reacción que abre la esperanza. La región de Emilia-Romaña ha parado los pies a Matteo Salvini por 8 puntos. Lo ha hecho la gestión eficaz del gobierno regional de izquierda y el movimiento de las Sardinas, combatientes del fascismo que llenó las plazas cantando el *Bella Ciao*, tradicional himno antifascista en Italia desde la Segunda Guerra Mundial. No la canción de una serie magnífica, *La casa de papel*, como piensan numerosos ciudadanos. Matteo Salvini apostó por ese triunfo para propulsarse al gobierno de Roma. Fue de puerta en puerta pidiendo el voto, malmetiendo contra

los emigrantes y cuanto combate la extrema derecha. Pero tuvo más peso la realidad y el antifascismo. Fue en Emilia-Romaña donde nació Mussolini, donde Bertolucci rodó la película *Novecento*, como cuenta Enric Juliana en una excelente columna. Allí saben de qué les hablan y qué se juegan.

En España también, tanto o más, porque a la guerra le siguieron cuarenta años de dictadura con propina e impunidad. Es casi una proeza tener un gobierno progresista que resiste a los feroces ataques de otra derecha extrema apoyada por sucias estrategias mediáticas. Lo tenemos, una mayoría suficiente lo apoyó. Son batallas ganadas, que hay que mantener. Como en Italia, como en otros lugares, la guerra se libra cada día. A veces la solución es tan sencilla como evitar darse golpes contra la desinformación.

A finales de enero, mientras el coronavirus se expande mansamente en apariencia y sin grandes recomendaciones de alertas sanitarias, un informe de la ONU afirma que la desigualdad creciente pone en riesgo la estabilidad política y el progreso global. Y otro de Oxfam Intermón demuestra que las mujeres se llevan, como siempre, la peor parte de ese desequilibrio. La mayor amenaza para el progreso es la desigualdad, y de ello prácticamente no se habla. De hecho, se airean mucho más las opiniones que disuaden de esa realidad. La desigualdad tiene consecuencias concretas. En la infancia también. En España, la mitad de los alumnos pobres repiten curso. El porcentaje ha subido casi diez puntos en doce años (los famosos años de la siempre mentada crisis).

Según compruebo en mis propios artículos para *eldiario.es*, se vuelven a denunciar carencias en residencias geriátricas. La Asociación de Directores y Gerentes de Servicios Sociales asegura

que la ratio actual es de 4,21 por 100 mayores de 65 años, lejos de la ratio que marca la OMS de 5,00, y que España necesita crear 70.000 plazas en residencias para cubrir la demanda de personas mayores. En la década de 2010 a 2019 se ha incrementado en un millón la población mayor de 65 años y solo hay 12.263 plazas residenciales más. Añadamos otra cifra notable: 113.275 dependientes graves a la espera de recibir su prestación reconocida y muchos a la espera de plaza en un centro.

Lo escribo ahora, confinada en casa por la pandemia, con las calles vacías, con una losa brutal de muertes de ancianos en residencias, y ratifico de qué forma avisan los hechos, particularmente las carencias. Fueron miles los que cayeron poco después a causa del virus y del abandono que ya se intuía. Desde hace años de hecho, en las quejas de algunos profesionales.

Las grandes cabeceras hablaban de Torra. De Torra y de Puigdemont. De Puigdemont y de Torra. De Catalunya y de España. Con la mirada puesta en el gobierno de Sánchez. De subidas de humos y de «reculado» de otros, ese verbo bronco que siempre se usa en tono peyorativo, en constante editorialización. De las protestas de los agricultores que se extienden inundando las carreteras tan poco antes de que tantas cosas se detengan.

Enero se despide, sin embargo, con una llamada de la OMS, que declara la alerta internacional ante la expansión del «coronavirus de Wuhan». Ha cambiado de criterio en menos de una semana tras producirse los primeros contagios fuera de China. Pero aún en los primeros días de febrero su director general dice que sí, la enfermedad ya es internacional y se extiende, pero lo hace de manera

«mínima y lenta» y no es necesario suspender los viajes o el comercio. Añade que hay riesgo de que empeore.

La progresión de un febrero en tránsito

A comienzos de febrero el coronavirus no representaba grandes preocupaciones en la sociedad occidental. Era algo que ocurría en China y a algunos ciudadanos de otros países que habían viajado a China. Sí se está extendiendo la xenofobia contra los ciudadanos del país asiático y sus negocios. Ocurre en España y en varios lugares más. Como si de una espina clavada se tratase. Puro racismo. Acudo a un restaurante, muy familiar, en un barrio próximo que solía estar lleno de comensales y no hay absolutamente nadie. Han cerrado el salón principal. Ni recuerdo el coronavirus y pregunto qué pasa. Me dicen que no lo saben, que igual vienen más tarde. No vienen. Incluso las tiendas del equivalente al «todo a cien» de los chinos empiezan a cerrar «por obras», según figura en los carteles sobre las persianas echadas.

La vida sigue con ese mismo ritmo desafinado y a trompicones que suele llevar. En España, el día 6, Pablo Casado, líder del Partido Popular, declara en Twitter, el nuevo lugar de comunicación y convocatorias de esta sociedad: «Vamos a pedir la comparecencia urgente de Sánchez para que aclare el asunto de Delcy Rodríguez. De confirmarse la información habría vulnerado a sabiendas las sanciones europeas. Y vamos a solicitar que no se destruyan los vídeos del aeropuerto y el registro de llamadas de Ábalos».

La derecha y sus voceros tienen entre los dientes un nuevo bocado para atacar al Ejecutivo de Pedro Sánchez en una de esas cabriolas que se entenderían poco fuera de nuestro país. Ha sido una labor pertinaz la de asociar Venezuela con Podemos, ahora en el Gobierno de coalición. Convertido un país entero, al otro lado del Atlántico, algo así como en la provincia 51 de España, su vicepresidenta ha pasado por el aeropuerto de Barajas y en Moncloa inicialmente lo han ocultado. La agenda informativa se reactiva y decreta como tema principal Venezuela. A su lado, la visita del autoproclamado presidente de ese país —que encima ha fracasado en su intento, aun abrazado a los Estados Unidos de Trump y Pompeo— es una cuestión de Estado. Ultraconservador y ultracatólico, es el perfil que gusta al poder para América Latina. Pedro Sánchez y la UE le reconocieron. Una UE algo diferente en su composición a la que salió de las urnas en mayo de 2019. La anterior había sancionado a Venezuela en sintonía con Estados Unidos y prohibió la entrada en nuestro espacio Schengen, entre otros, a Delcy Rodríguez, vicepresidenta del país. Recibirla o no en Madrid en un ámbito privado es otro escándalo para la derecha tan selectiva.

Sí, la actualidad de febrero anda por esos derroteros. Chile, como otros muchos lugares en conflicto, no es noticia, no sirve a los intereses políticos de una derecha cada vez más ultra, en donde Vox y el PP son ya indistinguibles, Ciudadanos se acerca cuanto puede desde ya su exigua fuerza (se ha quedado en 10 diputados de los 57 que tenía), y es masivo el apoyo mediático de su cuerda. Felipe González, expresidente del Gobierno del PSOE, se ha sumado al grupo para disparar fuego amigo contra Sánchez. José Luis Rodríguez Zapatero, del mismo partido, y gobernando desde 2004 a

2011, ha apoyado al presidente Sánchez. En serio, estos son temas predominantes en ese febrero mientras el coronavirus crece.

Y más. *eldiario.es* informa de los 500.000 euros de dinero público usados por el PP para tapar su caja B. Su propia caja B. Ha sido al abrir los cajones del Ministerio del Interior. Jorge Fernández Díaz destinó esa cantidad entre 2013 y 2015 a la llamada «policía política», para espiar a Bárcenas, asaltar su domicilio y destruir pruebas que comprometieran al PP. Esa cloaca que también se utilizó para fabricar dosieres falsos contra quienes el PP consideraba sus enemigos, según figura en los documentos. La información, acreditada en el Ministerio, pone los pelos de punta de no ser porque la gente decente los tiene ya como escarpias por cuanto se conoce de esta sucia trama que ha venido enturbiando el Estado de Derecho. El resto no parece inquietarse en lo más mínimo.

La Junta Electoral Central se ha convertido, por su parte, en la máxima autoridad judicial del Estado español y de Europa a tenor de los hechos de anular decisiones que allí se arbitran respecto a los independentistas catalanes. La misma Junta electoral, que no sanciona al PP por mandar «millones de SMS» en campaña electoral, ha logrado condenar también a Quim Torra por no quitar una pancarta con un lazo amarillo. Como nota de color, azul de muerte, el secretario general de Vox, Javier Ortega Monasterio, aparece en la prensa jugando a matar terroristas con un fusil de asalto auténtico en una instalación militar. Y las tramas financieras, comisario Villarejo de por medio, con las que convive este país sin inmutarse.

En Santiago de Compostela, el día 9, se produce una masiva manifestación en Defensa de la Sanidad Pública Gallega. Se precisa recordar cada poco los recortes. Y hay quien no ceja en el empeño

tras años ya de luchar por ese objetivo. La sanidad, otro foco que está dando voces de alarma.

Pero aún quedan los ecos del solemne acto inaugural de la legislatura, con su podio en el exterior y su desfile. La legislatura del primer gobierno de coalición progresista en décadas se salda informativamente con loas al jefe del Estado, el rey Felipe VI, y portadas de las que puede servir de muestra la de *El Mundo*: «El rey pide lealtad mientras los socios de Sánchez le insultan». No ha sido así, pero eso ya casi carece de importancia aquí. Los «aplausómetros» se erigen en información destacada del acto, a eso se reducen. Y se llega a censurar que no aplauda el portavoz de Unidas Podemos, Pablo Echenique, cuya enfermedad degenerativa —que le tiene en silla de ruedas— le impide prácticamente mover los brazos.

Personalmente, empieza a preocuparme, sigue preocupándome, que la crítica —necesaria, imprescindible— a los vicios altamente contaminantes de ciertos medios sea tomada como una condena a la totalidad. Del periodismo y de la política. Y ya está sucediendo en esa educación para el espectáculo del todo o nada, los tuyos y los míos. Los héroes y villanos, los villanos solo ya con los que tiñen a todo el periodismo y a toda la política. Tomar el rábano por las hojas desmantela las evidencias razonadas. Hay un abismo de rigor entre las crónicas cortesanas de la sesión de apertura de la legislatura y publicar los SMS por los que supimos del compi-yogui[2] real tan afectado por trapicheos de enorme entidad. O la colección de regalos que se reciben en Palacio a los que hay que mirar el diente, en otro gran trabajo de la periodista Raquel Ejerique, como los hay de tantos y tantos periodistas y políticos.

El abismo mediático influye en toda información, sobre el coronavirus también. Las noticias sobre los estragos de la que todavía es formalmente una epidemia van llegando a gotas sueltas. Y se ciernen sobre la celebración del Mobile World Congress de Barcelona, una cita relevante. Isabel Díaz Ayuso, presidenta de la Comunidad de Madrid por el PP —y con el apoyo de Ciudadanos y de Vox— ya ha retado a la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau. Quiere llevar a la capital de España el magno congreso. Es un caramelo, se ha convertido en el escaparate de todas las novedades tecnológicas. Ayuso lo quiere. Con su especial don de la oportunidad.

Tras diversos rumores, el Mobile se suspende y es como si se empezara a tomar conciencia de lo que está ocurriendo. Mucho más allá de la propia enfermedad. Prácticamente nadie, salvo quizás en Wuhan o en Corea del Sur que ha emprendido una masiva campaña de test de detección con resultados eficaces, llega a avistar el cataclismo que se cierne sobre la humanidad. Y lo que es todavía peor, no anticipa una cierta previsión de los medios que van a necesitarse de ocurrir el peor escenario, dado que en general el neoliberalismo hegemónico en política ha desmantelado en buena medida la Sanidad Pública, en España de forma flagrante, el Partido Popular.

La oficina que se ocupaba de la prevención de pandemias en Estados Unidos, que Donald Trump clausuró apenas llegado al poder en 2018, sí había avisado el 4 de febrero en una columna publicada en el *Wall Street Journal* titulada: «Detengan un brote de coronavirus en Estados Unidos antes de que comience».[3] Trump restará importancia al aviso y en un mitin en New Hampshire dice que el brote disminuirá pronto. «En abril, ya saben, en teoría,

aumenta un poco la temperatura y milagrosamente esto desaparece.»

Donald Trump no es un presidente republicano al uso, parece más bien el director gerente de Estados Unidos S.A., incluso de Trump S.A. Su director de ventas y gestiones, también conocido como secretario de Estado, Mike Pompeo, anda advirtiendo a los países europeos que utilizan telecomunicaciones Huawei que eso «podría dañar sus relaciones con Estados Unidos», según la CNN. Insistió, más bien. En diciembre había hecho la misma «advertencia» en Portugal. Las relaciones dañadas con Estados Unidos suelen implicar sanciones y aranceles. Y la rivalidad tecnológica entre Estados Unidos y China nos está haciendo asistir a nuevos e inquietantes capítulos.

En ese contexto, la suspensión del Mobile World Congress plantea dudas. La causa esgrimida ha sido el brote epidémico desatado en Wuhan, China, a más de 9.000 kilómetros de distancia. Los primeros balances de pérdidas hablan de 490 millones de euros y 14.000 puestos de trabajo temporales en Barcelona. La llamada prensa de Madrid —y del resto, que no sea Catalunya— no le ha dedicado especial atención. El Congreso de los Diputados aún menos. Según la oposición de derechas nada hay más decisivo para los españoles que Venezuela.

No ha sido la alerta sanitaria la que ha suspendido el Mobile, escribo en mi columna de *eldiario.es*. Lo aseguran las autoridades españolas y la OMS, Organización Mundial de la Salud. Sería una precaución desmesurada en un país que solo ha registrado dos casos leves. La guerra comercial entre China, con su potente Huawei, y Estados Unidos y Europa no anda lejos. De hecho, no ha sido

impedimento para celebrar otros eventos: la feria Integrated Systems Europe (ISE) en Ámsterdam, entre otros. Nos movemos entre especulaciones que no se pueden confirmar. Es ese el factor precisamente que desata el temor y las interpretaciones variopintas, los bulos incluso.

Las imágenes de una Wuhan desierta inspiran miedo al miedo. Cualquier peligro empeora con miedo. Wuhan es una ciudad de entidad en China, la novena en población, y en ella bulle un potente foco de investigación e innovación tecnológica. Ahora, en ese 14 de febrero, es una ciudad vacía a la que han rodado a cámara lenta en día de niebla, como si el propio virus la desatara. Sus habitantes aislados, su actividad, detenida. Los virus y el miedo acarrean consecuencias, desde económicas a personales de todo tipo. No son miles los contagiados en todo el mundo como se dice. No todavía, al menos.

Es cierto que el oscurantismo de la dictadura china da poca confianza a los datos que aporta sobre el balance de víctimas del coronavirus, pero, aun así, las cifras de 60.000 afectados, 1.426 muertos y 1.100 personas que han superado la enfermedad no darían lugar a la histeria desencadenada. Nos dicen también que va disminuyendo el número de contagios. Probablemente, por las medidas de prevención adoptadas. Pero ya se ha lanzado una sin par ola de racismo contra los ciudadanos chinos. Hay gente capaz de engullir que el coronavirus viene transportado en el hilo de coser o en los productos alimenticios. Díaz Ayuso dirá que en las gomas para sujetarse el pelo y que, por tanto, lleva años entre nosotros. Restaurantes chinos andan bajando la persiana temporalmente antes

de mandar a diario sus platos al congelador o a la basura. Ser chino —y hay, repito, casi 1.400 millones— es sospechoso para mentes calenturientas. Esas que con sus decisiones son peligrosas para todos que hay que tener en cuenta.

Careciendo de datos reales, aún me apunto, como tantos, como prácticamente todos los comentaristas y políticos, a la comparación del coronavirus con la gripe. En España hubo en ejercicios recientes una media de casi 800.000 casos, 52.000 ingresados y casi 1.000 muertes, si bien recientes estudios revelan que la gripe causa hasta tres veces más defunciones que las registradas. 80.000 muertos hubo en 2019 por la gripe común en Estados Unidos y no pasó nada. Vayamos más allá, a los países que no cuentan. En la República del Congo contabilizan 2.250 casos de muertos por ébola con una altísima tasa de mortalidad entre los contagiados. Otra epidemia allí, de sarampión, ha matado ya a 4.000 niños. La vacuna cuesta 1 euro y se pide ayuda y no se obtiene. El periodista Ramón Lobo citaba esos «mil millones de enfermos de 18 males ignorados que podrían prevenirse con una vacuna». Estos, entre los más destacados.

Wuhan era ese día la imagen de la sociedad que han formateado llena de miedos inducidos y realidades disipadas. La imagen de un mundo que se anticipa y del que nos ha prevenido la experiencia. Y la literatura. Es *La Peste* de Albert Camus, publicada en 1947, sobre una hipotética plaga que situó en la ciudad argelina francesa de Orán. En los buenos pensadores como él, sirve para mostrar y aprender sobre la condición humana. Está en *Ensayo sobre la ceguera*, obra cumbre del Nobel José Saramago, publicada en 1995. Él mismo la definió como una crítica para desenmascarar «a una sociedad podrida y desencajada». Y ya la vimos en *Un enemigo del*

pueblo, de Ibsen, que salió a la luz en 1882 alertando de cómo en estas tragedias se tiende a matar al mensajero que entorpece planes económicos para eludir soluciones y responsabilidades. Así pasó con el pobre y joven médico de Wuhan que lanzó la voz de alarma sobre el coronavirus. Murió después de haber sido obligado, al principio, a pedir perdón por la alarma.

Y así pasa con quien avisa de peligros reales que no interesa difundir o con los emboscados en estornudos que se muestran potencialmente mortales. Mientras, vemos abrir la boca —todo lo que da de ancho— a lenguas viperinas y al veneno que transportan para que lo distribuyan sin control.

La sociedad del bienestar soporta cada vez menos el riesgo, pero este no desaparece nunca. Seguramente ni en las casas cerradas de la cerrada ciudad de Wuhan. No se puede esterilizar cuanto nos rodea. Hay que tomar precauciones, por supuesto. En la medida que dicta la sensatez. Y desde luego una prevención básica es contar con un sistema de salud potente —no dedicado al lucro como prioridad— y que atienda a todos los ciudadanos, evitando la extensión de cualquier enfermedad contagiosa. Y no van por ese camino los hechos del liberalismo desbocado.

No deberíamos engañarnos: miedo tenemos todos, humanos y animales (más nosotros que anticipamos temores). Malo el que dice no temer a nada. La valentía es simplemente racionalizar el miedo e intentar superarlo, afrontar el riesgo valorando las posibilidades. Y, sin duda, advertir cuándo el miedo es utilizado como arma y control, que cada vez ocurre más. Y oponerse con toda la energía posible a la peor plaga: la globalización del miedo. Y saber que el miedo crece cuando no se le combate.

Es preocupante ver a personas que no se ponen mascarilla alguna para prevenirse del odio, la xenofobia, la irracionalidad. Ni se alejan de dañinos focos de infección que constituyen algunas políticas y sus difusores mediáticos, de quienes trasmutan la realidad. Y estos virus sí que son contagiosos y letales.

Febrero acaba con más de 80.000 casos confirmados de coronavirus por todo el mundo. Por primera vez, hay más infectados fuera de China que en China. En el país asiático se contabilizan 150 muertos. En Italia entre la primera muerte y la suma de 10 más transcurren solo cuatro días. Unas 50.000 personas en el norte de Italia, en Lombardía, han sido confinadas. Es el primer confinamiento de población en Europa. El día 19 se disputó el partido Atalanta-Valencia de la Champions en el estadio de San Siro de Milán, capital precisamente de la Lombardía. 40.000 aficionados del Atalanta acudieron de Bérgamo a Milán (60 kilómetros) y unos 2.500 españoles se desplazaron desde Valencia. Apenas un mes después el alcalde de Bérgamo calificó aquel encuentro como «una bomba biológica». De cualquier modo, influyó otro factor: el hospital de Alzano Lombardo trató a un paciente con una pulmonía no reconocida, sin detectar que era coronavirus, y se extendió el contagio entre pacientes, médicos y enfermeros. Los viajes hicieron el resto, dentro de las incógnitas que todavía quedan y quedarán por mucho tiempo, sí se evidencia el mecanismo del virus.

El día 28 de febrero, la OMS aumenta el riesgo mundial de propagación de «alto» a «muy alto», y dice que no es momento de calificarlo como una pandemia. Es el nivel más elevado de alerta de la OMS y desencadena recomendaciones temporales para cada país en función de la presencia y estado del coronavirus en ellos. Era la

sexta vez que la OMS fijaba este nivel de riesgo desde la entrada en vigor del Reglamento Sanitario Internacional en 2005. Quince años en los que ha habido numerosas epidemias. Seguíamos sin ver lo que se nos venía encima.

Trepidante primera semana de marzo

Los gobiernos de todo el mundo saben que el coronavirus se va a extender, aunque no en las proporciones que lo va a hacer, al menos hasta el 11 de marzo, fecha en la que la OMS declara la existencia de una pandemia. El virus era pues un runrún latente, pero marzo comienza tan apacible que hasta podemos leer la enésima recomendación del diario *El País* para ser felices viviendo austeramente. Son, esta vez, los trucos «para engañar a la vejez»: pasar hambre, pasar frío, pasar estrecheces, sonreír a la vida. La prensa frívola nos cuenta que doña Letizia, la reina, «ha sido elogiada en la prensa internacional por repetir vestido». En el *Telediario* de TVE nos muestran la preocupación, leve, de las Hermandades de la Semana Santa Sevilla que «no toman precauciones» —dice el rótulo— salvo contar con una muchacha vestida *ad hoc* que limpia con un trapito la mano de la Virgen de la Macarena cada vez que es besada por un feligrés de los que van pasando en fila. El coronavirus sigue aportando una cierta sombra: «Cuatro de cada 10 estadounidenses evitan comprar cerveza Corona por miedo al coronavirus», según una noticia. Su presidente, Donald Trump, hace una parodia de un contrincante hundiéndose hacia abajo y dando gritos como si tuviera ocho años entre el clamor enfebrecido de su público.

Y sin embargo las noticias auténticas atizan como un mazazo de realidad.

Un médico advierte que en Estados Unidos un 44% de personas no acudieron al sistema sanitario cuando se encontraban enfermas por miedo a los costes sanitarios asociados. Son las de menor renta, por supuesto, y generan inequidades en salud y consecuencias generales de propagación en un contexto epidémico.

En Costa de Marfil, una ONG ha regalado 50.000 mochilas solares a los niños que van cargando en su trayecto al colegio y luego les iluminan en sus tareas. 9 millones de personas carecen de luz eléctrica en ese país africano. La vida es difícil fuera del ombligo de nuestros problemas del primer mundo.

Pese a la aparente placidez, en España hay otros ruidos de fondo. La Audiencia Nacional sigue investigando las conocidas como Cloacas del Estado, en la trama Villarejo. El periodista Pedro Vallín escribía en *La Vanguardia* una verdad que ya empezaba a ser esbozada por escrito: «Los periodistas éramos parte fundamental del mecanismo de extorsión y retorcimiento democrático que operaba desde dentro del Estado. El juez, apuntan fuentes de la Audiencia, está a punto de imputar a varios periodistas, todos muy conocidos en la profesión».

Y, a la vez, rugía la caverna a niveles de romper los tímpanos porque Pablo Iglesias, vicepresidente del Gobierno de coalición, iba a formar parte de una Comisión del CNI, Centro Nacional de Inteligencia. Cuando escribo esto, apenas mes y medio después, me estremezco al pensar cómo fueron derivando las inquietudes de esa terrible España que no se para ante nada, ni ante una pandemia. De ahí que preste especial atención al caldo que se iba cociendo.

«No quiero pensar que ha sido el temor a lo que ocurra cuando la investigación vaya avanzando lo que ha llevado al director de *Okdiario* a manifestar en Twitter su preocupación por que el vicepresidente Iglesias tenga acceso a la información del Centro Nacional de Inteligencia. Qué casualidad además que la opinión de Inda coincida con la de los expresidentes González y Aznar… y hasta con la del comisario Villarejo, encarcelado desde noviembre de 2017, que este mismo jueves ha declarado que la presencia de Iglesias en la comisión del CNI «abre una dramática brecha de seguridad»»[4], escribía en esos primeros días de marzo, el periodista Juan Tortosa en *Público*. «Debería dar mucho que pensar ver a Eduardo Inda, a Felipe González, al propio Villarejo, preocupados por si el vicepresidente del Gobierno, Pablo Iglesias, forma parte de una comisión del CNI. Dicen que afecta a la seguridad. ¿De quién? ¿Los miembros del PP y del PSOE en esa comisión no afectaban a la seguridad y él sí?», me preguntaba yo misma en *eldiario.es*.

Cayetana Álvarez de Toledo, portavoz del Partido Popular y, si nos damos cuenta, avanzadilla de sus estrategias, le dice a Carlos Alsina en Onda Cero: «La pasividad francesa ante el prófugo Puigdemont es hija de la abdicación española». La derecha, toda ella, sigue llevando entre los dientes como presa a todo el independentismo catalán. Y, a tenor de cómo se muestra, quiere declarar la guerra a Francia porque no ha prestado atención a sus exigencias y no detiene a un eurodiputado que ella y su partido han decidido que carece del derecho a serlo. Escribió —en tono conminatorio, además— nada menos que al presidente de la Asamblea Nacional francesa y no le hicieron el menor caso. Pero la también marquesa de Casa Fuerte quiere bronca exterior y montar una rebelión de ultras en España. La

arenga en la radio concluye con un: «Por eso, hago un llamamiento a la movilización contra la complicidad y el cansancio».

La derecha española se ha radicalizado desde que pierde votos y lo evidencia en alianzas políticas que hacen cada vez más indiferenciadas las voces del PP, de Ciudadanos y de Vox. Rocío Monasterio, alta representante de este último partido, es noticia frecuente esos días por sus trapicheos: parece poseída por el vicio compulsivo de hacer trampas, mientras desgrana su discurso ultra con cara impávida. En ese comienzo de marzo sabemos que ha registrado varios planos ante el Ayuntamiento de Madrid con firmas falsificadas de una de sus clientas. Esos van siendo los gérmenes que conducen a caminos indeseados.

La polémica «del día» nos lleva a la televisión. En *Operación Triunfo* una periodista ha defendido, durante una charla a los alumnos, el feminismo y toda la derecha exige cerrar RTVE. Inés Arrimadas, junto a otros políticos y varios de los medios habituales, censura que se haya criticado el «feminismo liberal» y calificado a la ultraderecha de «el mal». El machismo mata: acababan de matar a tres mujeres en un mismo día, esa semana. Uno de los asesinos lo hizo porque «estaba enamorado», informa la prensa. El machismo agrede, abusa y humilla, en manada si se tercia. Y la ultraderecha es «el mal», así entendido, cuando se desparrama. Pero eso no se puede decir en la televisión pública, al parecer.

Las cloacas se revuelven. Pablo Iglesias, secretario general de Podemos, ha pedido al juez la imputación de Eduardo Inda «por el espionaje a Podemos» que investiga la Audiencia Nacional. Acusa al director de *Okdiario* de «colaborar activamente» con Villarejo en esa trama. La Asociación de la Prensa de Madrid, APM —y después la

Federación de Asociaciones de la Prensa de España, FAPE— se hace eco de la denuncia de Iglesias. Me alegra saber que la nueva Junta de la Asociación de la Prensa se preocupa por las prácticas presuntamente delictivas de ese tipo de publicaciones que tanto daño hacen a la imagen del auténtico periodismo. Pero la alegría dura poco: La *caverna mediática* protesta en pleno y tanto la APM como la FAPE rectifican y condenan las supuestas agresiones a supuestos periodistas como Inda. Una amiga, sólido ejemplo de nuestra profesión, me comenta que, literalmente, «les han dado hostias como panes» por haber tuiteado lo de Pablo Iglesias. Y las asociaciones de periodistas reaccionan con ese cambio de criterio. Dicen que condenan lo que consideran «intimidación a la prensa». No de la prensa; de esa prensa, además.

El 2 de marzo, la OCDE —la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico que agrupa a los 36 países más ricos del mundo— lanza una advertencia potente: hay que actuar rápidamente contra el coronavirus porque «podría llevar a la Eurozona a una recesión», titula textualmente. Están alertando de que la economía mundial podría crecer medio punto menos. ¡Medio punto menos! Crecer menos. Como es habitual, casi nadie le prestó atención.

Una embarrada relación de poderes sigue marcando la agenda de la actualidad. Se ciernen más sombras sobre la Junta Electoral Central. Un miembro de esa Junta, Andrés Betancor, estaba a sueldo de Ciudadanos. En esa doble actividad dictó y resolvió reclamaciones del partido y firmó cientos de resoluciones que afectaban a la formación que le pagaba. Y otro vocal estuvo afiliado al PP hasta entrar en ese órgano judicial. Luego vamos viendo que el presidente del PP, Pablo Casado, conoció la inhabilitación de Oriol Junqueras,

eurodiputado electo y encarcelado en el juicio del *procés* catalán, antes de que terminase la reunión de la Junta Electoral. Y recordamos que el propio Casado presumió de haber conseguido que Quim Torra, presidente de la Generalitat de Catalunya, perdiera su escaño gracias a la Junta Electoral Central. No se exigieron responsabilidades por ninguna de estas incidencias. En la prensa. En los escasos medios que lo fueron publicando.

Si seguimos el recorrido por lo intolerable, tenemos a un sacerdote, profesor de ética y moral en Toledo, acusado de abusar de la hija de su amante. Además de no respetar el celibato al que se comprometió por propia voluntad, hacía pasar a la hija de su amante, de catorce años, por su despacho parroquial para ser penetrada cada quince días. Al tiempo, el poco ejemplar cardenal Cañizares decía: «No vamos a negociar sobre la clase de Religión, sino a exigir los derechos de los padres». Preocupan esos padres que no exigen decencia en los educadores, que piden un pin parental y no es para los abusos. Y es que el pin parental estaba siendo uno de los caballos de batalla de la ultraderecha, esa temporada.

Fue el día 4 cuando mi hijo me pasó la dirección de una web donde cada día analizan los datos mundiales del coronavirus. Es una ayuda indispensable en aquellos momentos en los que todavía no se sabe el alcance de la enfermedad que ni siquiera está considerada aún una pandemia. Ya había en aquella fecha, según cifras oficiales, 93.526 contagiados y 3.204 muertos. Las zonas más afectadas son China, Corea del Sur, Japón, Singapur y cuatro regiones del norte de Italia (Lombardía, Véneto, Piamonte y Emilia-Romaña).

El 4 de marzo se contabilizan dos muertos por coronavirus en España y más de 200 positivos; de ellos, 70, la cantidad mayor, en

Madrid. Más adelante se informará que un hombre fallecido el 13 de febrero por neumonía en Valencia fue el primer muerto con positivo por coronavirus en España.

El Ayuntamiento de Madrid presenta su proyecto para construir la noria más grande de Europa; es un empeño personal de la vicealcaldesa Begoña Villacís. Aunque viene con problemas: la noria fue rechazada en Valencia porque exigía un plan urbanístico propio y condicionaba la inversión al emplazamiento. El alcalde, José Luis Martínez Almeida, ha cumplido su deseo de colocar una placa en el cementerio de la Almudena que recuerda a todas las víctimas de la guerra civil. El 20 de febrero había mandado retirar las que homenajeaban con todos sus nombres a las víctimas del franquismo del Memorial de la Almudena. Aparecieron apiladas y rotas a martillazos. Colectivos por la memoria histórica se manifestaron en protesta de la medida, pero tampoco sirvió de nada.

Ese día 4 de marzo ha habido una noticia de gran impacto que sacude a la Corona, por tanto, a la Jefatura del Estado, a la monarquía. Suiza investiga una supuesta donación millonaria del rey Juan Carlos a Corinna Larsen en 2012. El asunto tiene múltiples aristas. El dinero llegó en 2008, por transferencia, a una cuenta del banco suizo Mirabaud con sede en el paraíso fiscal de Las Bahamas, a nombre de una supuesta fundación cuyo único y verdadero dueño, según la fiscalía suiza, era Juan Carlos de Borbón. Son cien millones de dólares, cortesía del rey de Arabia Saudí —siempre según la investigación de la fiscalía suiza—. Cien millones de dólares de «donación» cuyo motivo aún está por explicar. La fiscalía suiza sospecha que todos estos movimientos pueden estar relacionados con las obras del AVE a La Meca, un contrato de 6.300 millones de

euros que se llevaron varias empresas españolas de Arabia Saudí. Al vaciar esa cuenta *offshore*, Juan Carlos de Borbón transfirió 65 millones de euros a su examante Corinna Larsen. Y otro millón más a otra antigua amante que también residía en Ginebra, según ha publicado la prensa suiza, citando fuentes de esta investigación penal. El abogado de Larsen explicó que era un regalo del monarca español agradeciendo «lo bien que ella le había cuidado» durante años. Así venía a resumirlo el periodista Ignacio Escolar, director de *eldiarioes*.

Escolar se pregunta entonces —a diferencia de los medios grandes que pasan de soslayo por la noticia—: «¿Para quién trabaja realmente Juan Carlos de Borbón? ¿Para los españoles, que le pagamos 194.232 euritos al año, o para la dictadura saudí, que presuntamente le soltó cien millones de dólares no se sabe a cambio de qué?»[5] o: «¿A cuánto asciende la fortuna total del rey si se puede permitir regalar 65 millones de euros a Corinna Larsen, supuestamente por lo bien que le cuidó?». Aclara: «Para los que se pierden con las grandes cantidades: 65 millones de euros equivalen a más de tres siglos del sueldo oficial del rey. Y para sumar cien millones, a Juan Carlos I le haría falta más de medio milenio de salario real». Y concluye: «Las cifras son escandalosas, vergonzosas, indignas de un país europeo. Que un jefe de Estado acumule una fortuna así es algo que en teoría solo pasa en la Libia de Gadaffi o en el Egipto de Mubarak. No debería ocurrir en un país democrático que es la cuarta economía de la UE».

Si lo señalo, no es únicamente porque comparto estas apreciaciones, sino porque la presunta corrupción del anterior jefe del Estado español va a estar presente durante la pandemia.

También este asunto. No será el único, pero sí con notable aunque etéreo peso. El 5 de marzo ni una sola portada de prensa trae la noticia de la investigación suiza sobre Juan Carlos. Hablan del cierre de colegios en Italia. En España el Gobierno descarta esa medida, pero anuncia que las empresas tendrán que parar la actividad si hay riesgo de contagio. No faltan tampoco los clásicos ataques a Pablo Iglesias que ocupan la portada de *Abc,* por ejemplo, con el titular «Iglesias pierde su sitio», el periódico conservador lo ve «disminuido en el Gobierno». La Fiscalía Anticorrupción ha pedido a Suiza datos sobre los 100 millones de dólares recibidos por Juan Carlos de Arabia Saudí. Pero solo lo cuentan diarios digitales progresistas.

Italia es un potente foco de alerta. El día 6 se advierte que los muertos se han multiplicado por 6 en 6 días y ya son 230 personas. Los casos positivos de coronavirus aumentan a un ritmo de 1.200 al día. En Roma, sí, se han cerrado los colegios y se ha prohibido la presencia de público en la primera división del fútbol.

También se cruza y de manera mucho más ostensible en las noticias, la conmemoración del 8M, el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, que desde 2018 ha tomado una fuerza que parece imparable. Arrancó entonces desde el *Me too* estadounidense y la reacción al ver llegar a la Casa Blanca a un machista confeso como Donald Trump. De España también. «Las mujeres españolas han parado el mundo», dijeron los titulares de la prensa internacional. No exactamente, lo reactivamos. Y alaban esta España prodigio de madurez, creatividad y afán constructivo que ya se había visto en el 15M. Lo que estaba pasando es la verdadera Marca España, cuando se libra de las rémoras de la involución. Un tsunami de razones y coraje. La Spanish Revolution dejó boquiabierto al mundo por sus

valores. Tanto fue así que Ana Botella, alcaldesa de Madrid por entonces, presumió del 15M en un folleto promocional de sus Olimpiadas para Madrid. Mientras Cifuentes, delegada del Gobierno, mandaba a las fuerzas de seguridad… a velar con las porras las manifestaciones.

Hubo comentaristas en aquel primer gran 8M de la reactivación del movimiento anunciando que las propias mujeres se iban a morir de vergüenza al conocer el contenido del manifiesto. Luego, al ver el éxito arrollador de la convocatoria, se produjo una reconversión masiva de políticos machistas en feministas de toda la vida. Sin torcer un gesto, allí fueron apareciendo desde Rajoy a Cospedal o Albert Rivera y Arrimadas, con el lazo más grande de todos, sin temor a ser tenida por comunista, como había comentado —y temido — previamente al rechazar el 8M. Y nos dieron las 19,05 y hasta Pablo Casado se declaró feminista.

Cuando repaso las notas ahora veo que ese 8M de 2018 convivió con potentes manifestaciones de la otra España. Dos ministerios, Defensa y Educación, preparaban el temario para implantar en los colegios una especie de formación del espíritu de su España. Militarista, y con unos sesgos preocupantes como el de hacer cantar a los niños de primaria hasta el pasodoble *La Banderita*, de aproximadamente los años cincuenta del siglo pasado. Esa misma derecha se ha fragmentado ahora en tres partes y se ha radicalizado, a salvo de los intentos por reciclar a Inés Arrimadas y Ciudadanos para una política centrista.

Este marzo de 2020, con el coronavirus esparciéndose por el mundo, se notaba la contrareacción del machismo, muy patente en los dos últimos años transcurridos y más desde la llegada del PSOE

de Pedro Sánchez a la Moncloa por una moción de censura. El hoy Gobierno progresista con Unidas Podemos aprueba esa semana la ley del «solo sí es sí», como se la conoce. En realidad, la ley de libertad sexual. No les faltaba otra: levanta ampollas.

El «hombre enamorado de la mujer y que cometió el homicidio por despecho», en Ciudad Lineal, Madrid, como dice la noticia, es detenido. Lo son también otros tres hombres acusados de agredir sexualmente a una mujer en un coche en Barcelona. Ella, de veinticuatro años, estaba semiinconsciente cuando la encontraron. Los hombres grabaron y fotografiaron la agresión sexual. Fue un transeúnte quien, al verlo, avisó a la policía.

Una profesora de religión del Colegio Inmaculado Corazón de María de Valencia pasa un cuestionario a sus alumnos de doce años para «reflexionar» sobre el sexto mandamiento en el que les pregunta si han «cometido adulterio o fornicado», o si han «practicado la homosexualidad».

Candela Peña opina sobre las cuotas en el cine: «Yo respeto a las feminazis pero que nos respeten a todas».

Sigue el intenso rechazo de la derecha por «la obsesión de Sánchez por controlar la televisión pública». Es asombrosamente paradójico, es patético, es bochornoso cambiar así la realidad. Celebrada la marcha, Arrimadas habla de «feminismo caduco», de «instrumentalización» de la lucha por la igualdad. Desde los partidos se califica la jornada de histórica. Va a tener esa marcha una repercusión desproporcionada e interesada. Lo vemos después.

Porque, en esos trepidantes primeros días de marzo, volvimos a ver a los refugiados vagando en la desolación. Otra vez miles de personas convertidas en moneda de cambio de intereses estratégicos

y sobre todo económicos. Erdogan, el presidente turco, los ha lanzado a la frontera con engaños y el gobierno griego los recibe con una brutal represión. Crece la banalidad del mal, lo vemos en esta nueva crisis de los refugiados y en actitudes patrias de feroz deshumanización. Detrás llega el abismo. Es lo que escribo un 3 de marzo sin sospechar qué está a punto de pasar. La UE acata y respalda las graves violaciones que se están produciendo. Pide a Turquía que cumpla el acuerdo y apoya a Grecia, a quien le agradece que le sirva de escudo. Escudo ante la llegada de seres humanos desvalidos. Grecia —que sin duda ha recibido ya numerosos refugiados— se ha permitido decir ahora que suspende durante un mes el derecho a pedir asilo, uno de los que recoge, por supuesto, la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Mientras, sabandijas de todo pelaje aplauden la medida y no se conmueven ni con la aterrada expresión de los niños gaseados y la impotencia de sus padres. Esta gentuza no tendría un lugar en una comunidad civilizada, el rechazo social sería explícito. Es consecuencia del error de confundir las banderas con lo que constituye un país: básicamente, una organización de personas reunidas por el bien del conjunto. De excluir a las personas de la ecuación en los hipernacionalismos. Como hace la triple derecha española también.

Antes están las guerras de la codicia, la hipócrita venta de armas, el tablero de poder mundial que se juega bajo las bombas que caen sobre poblaciones indefensas. La guerra de la Siria que también quiso —hace más de diez años— su primavera de libertad ha causado miles de muertos y desplazados. Terror infinito. Tras imágenes

espeluznantes, la UE se sacudió —literalmente— el problema de los refugiados pagando a Erdogan, el presidente de Turquía, de corte autoritario, para que se ocupara de ellos. Nunca debió hacerlo, pero ocurrió así.

Y Grecia, de nuevo en manos del partido conservador Nueva Democracia, los ha recibido salvajemente. Incluso atacando a las lanchas de refugiados en el agua. Grupos fascistas han completado la labor de represión, agrediendo también a miembros de ONG y periodistas. Y los vemos gracias a periodistas que nada tienen que ver con las cloacas mediáticas, y que se juegan la vida, sin protección de quien debe prestarla. Con enorme generosidad, con el espíritu del periodismo puro, para que veamos este horror. Sin protección, leo ahora lo que escribí de ellos. «Sin protección» va a ser una expresión, una realidad, muy dura en lo que ya está viniendo.

Pasos en la pugna por poderes geoestratégicos. Apenas falta una semana para que el mundo empiece a pararse, la sociedad quede confinada, proyectos que parecían de una robusta solidez se desmoronen —quizás, pensamos, transitoriamente—. Desde luego el coronavirus sepultó a los refugiados de la visibilidad de las noticias. Lo último que leí a primeros de abril fue que la UE los abandonó a su suerte. «Los requerimientos de la UE eran un lujo inalcanzable.» En Moria, el campo de solicitantes de asilo de Lesbos, Grecia, la situación se planteaba así: «encerrado junto a otras cinco personas en una precaria tienda de tres metros cuadrados, rodeado de basura maloliente que hace meses que nadie recoge, compartiendo el mismo grifo de agua con 1.300 personas, el lavabo con 167 y la ducha con más de 200», según informó *La Vanguardia*[6].

Y, viendo cómo ha ido transcurriendo el proceso, quizás lo más permanente sea la condición humana, capaz de lo mejor y de lo peor, que se agudiza ante los retos de enorme envergadura.

Marzo, la semana decisiva

La segunda semana de marzo, del 9 al 14, España vivirá días intensos y decisivos. Todo lo que vendrá a continuación se va definiendo e inicia un crecimiento rápido. Por primera vez, la sociedad toma conciencia de que el coronavirus está entre nosotros y puede afectarnos. Ya ha tocado a algunos. Se implantará la incertidumbre y el miedo, con notorias excepciones de quienes se toman las medidas de prevención casi como una ocasión para la fiesta. Tocará mirar causas, asignar culpas, quitárselas de en medio, afinar la manipulación. Toda crisis es una ocasión de sacar provecho para algunos. Por su cuenta, el virus y sus víctimas avanzan con rapidez y ya se palpan las consecuencias de todo tipo que puede acarrear.

El lunes 9, el rastro del covid-19 deja ya 110.000 casos en todo el mundo, con 3.825 muertos. 62.000 personas se han recuperado. China, en la región de Hubei donde se ubica Wuhan, se lleva la peor parte con diferencia. Son más de 80.000 los enfermos y más de 3.000 los fallecidos. A gran distancia, están Corea del Sur e Italia, con algo más de 7.000 casos, Irán, con pocos menos, y apenas más de 1.000 en Francia y Alemania. De cualquier forma, la inquietud crece en Italia. Se empieza a colapsar el sistema sanitario por falta de medios, ya son 257 muertos en Lombardía, 113 muertos más que el

día anterior. Conozco la zona, en atención sanitaria precisamente y por propia experiencia, aunque hace muchos años, a finales de los ochenta. En Turín, el Piamonte, rodeado de las regiones más afectadas ahora, la zona norte industrial. En un incidente durante el rodaje de un reportaje para *Informe Semanal* de TVE, acabo en urgencias y me encuentro las camillas en el pasillo, la mía con la palabra *SOCCORSO*, «socorro», grabada con un objeto punzante. Una mujer mayor y extranjera en la contigua me tapa con una manta. Había, entonces, una diferencia abismal con la sanidad pública de nuestro país.

España no aparece en los primeros lugares de la lista. Los casos han subido, sin embargo, de 100 a 500 en cinco días (del 2 al 7 de marzo). Y los muertos son ya 17. Lo peor de la epidemia parece ser su facilidad de contagio. Un funeral en Vitoria infectó de golpe a 60 personas. 8 ancianos de la misma residencia en Madrid, donde ha muerto una mujer de 99 años, han dado positivo en coronavirus. Se van tejiendo los datos de una tragedia. Y, en un aspecto de pura racionalidad, no lo parece. No aún. Los porcentajes de contagiados son mínimos, incluso la tasa de letalidad de la propia enfermedad es baja. Siempre hablando de cifras oficiales. En España es en esos días del 4%, salvo Madrid, que registra un 12,4%, similar a Lombardía. Se va anticipando que Madrid se enfrenta al avance del coronavirus con una sanidad sobrepasada. La población ha crecido en medio millón de personas desde 2010, y hay, en cambio, 3.300 profesionales sanitarios menos por los recortes practicados en Sanidad por el PP. El Salvador prohíbe vuelos desde España. Se van cerrando fronteras. Desde China apenas se puede viajar ya. Desde Italia tampoco.

En China se habían levantado dos hospitales de campaña, en solo diez días, con capacidad para 10.000 camas. Y se derrumba un hotel que servía de zona de cuarentena por el coronavirus. Hay decenas de sepultados. Son cifras escalofriantes que nos parece que solo pueden darse en el país más poblado de la Tierra.

Donald Trump hace unas declaraciones triunfalistas en las que asegura tener controlado el coronavirus, que están haciendo un gran trabajo, y las *fake news* quieren convertirlo en malo. Trump suele calificar de noticias falsas las reales mientras emite su propio surtido de falsedades. El premio Nobel de Economía Paul Krugman dice en Twitter que «las declaraciones optimistas de un líder se convierten en una fuente de pánico, no de tranquilidad, porque demuestran su delirio». Un joven asiático sufre un ataque racista en Londres como venganza por el coronavirus: le dejan un ojo morado entre otras contusiones.

España, o los medios españoles, vive pendiente de las manifestaciones feministas del domingo 8. Ha habido muchas más concentraciones masivas. Fuera de España, hasta elecciones en Francia. En nuestro país hay que anotar como mínimo partidos de fútbol y otros deportes, misas, terrazas, centros comerciales, discotecas… Díaz Ayuso ha examinado a 1.200 opositores para entrar en su Administración, tras alertar al Estado de la «emergencia» sanitaria. Y hay dos convocatorias políticas que destacan. Vox celebra un acto para presentarse como «la única alternativa» al PP, en un Vistalegre que esta vez no logra llenar. Eso sí, los líderes reparten besos, abrazos y estornudos entre la concurrencia. Ortega Smith viene de Lombardía (epicentro de la epidemia en Italia) y poco después comunicará que se encuentra infectado de coronavirus.

Santiago Abascal, de Estados Unidos, donde asistió a actos del Partido Republicano en los que se informó de casos positivos de coronavirus. También dice haber dado positivo él, aunque se le sigue viendo en distintas comparecencias.

Pasadas las manifestaciones del 8M, la de Madrid compite informativamente con un hecho puntual. Han sido de miles de mujeres y hombres reivindicando el «ni un paso atrás en nuestros derechos», y se informa —al mismo nivel en buena parte de los medios— de los abucheos que ha recibido Begoña Villacís, vicealcaldesa de Madrid por Ciudadanos, al igual que años anteriores. Cada vez le es más complicado defender su presencia en una convocatoria feminista cuando, en la práctica, apoya el machismo, la misoginia y niega la violencia de género al gobernar gracias a Vox, pudiendo haber formado gobiernos sin ultraderecha. Ahora bien, ha vuelto a conseguir titulares a la par que la manifestación.

A los pocos días, Irene Montero, ministra de Igualdad, anuncia también su positivo en coronavirus. Más adelante, resultan contagiadas la vicepresidenta Carmen Calvo, la ministra de Política Territorial, Carolina Darias, y la esposa del presidente Sánchez, Begoña Gómez. Desde ese momento, el 8M del feminismo, y solo él entre todas las concentraciones, se convierte para la derecha en el origen de la extensión del coronavirus. Se diría que hasta de la pandemia mundial. En la política, en los medios se les culpa inmisericordemente. En las redes, acentuando el nivel de salvajismo al punto de culpar al Gobierno y en particular a Irene Montero de todas las muertes. Es como una declaración de guerra no firmada en la lucha por desestabilizar al Ejecutivo y cuestionar su labor en la

pandemia, antes siquiera de que sea oficialmente así considerada. La OMS hará esa declaración formal el día 11 de marzo. Asignando el nombre de covid-19 a la enfermedad que lo origina. En España, la RAE de los vetustos académicos decide asignarle artículo femenino dado que es una enfermedad. Los partidarios de seguir considerándolo un virus mantenemos el masculino, aunque los correctores lo cambian al escribirlo por la versión «académica».

En cuanto al 8M como origen de la difusión de la pandemia en España, hay que señalar que, entre las múltiples concentraciones de masas de ese fin de semana, destacó el partido del Barça-Real Sociedad, el sábado 7 en el Camp Nou, con una espectacular asistencia de público. Y otro dato realmente intrigante para ese presunto origen en una manifestación feminista: la mayor incidencia del coronavirus se da en hombres.

Y sigue la polémica por días, semanas y meses. La ministra de Igualdad acusa al programa de Ana Rosa Quintana en las mañanas de Telecinco de «difundir un vídeo manipulado con subtítulos falsos para insinuar que fui a la manifestación del 8M con algún síntoma. Es una auténtica vergüenza y más ante una emergencia de salud pública. Gracias por rectificar». Ocurrirá varias veces más, y no solo en este programa.

Ana Rosa Quintana es premiada por la Comunidad de Madrid por su labor para lograr la igualdad, justo en esa semana.

Un enfermero de Urgencias de un hospital de Madrid se queja en el *Telediario* de las 15.00 de TVE de la precariedad con la que trabajan. Dice que hace pocos años había 2.100 camas más que ahora. Que falta personal, material y medidas de protección, que se ha contratado personal sanitario, pero no suficiente, y que se

necesita también el no sanitario pero imprescindible, desde para la limpieza a celadores. Resulta, dicen, que es probadamente de izquierdas, afín a Podemos, y la oposición salta de tal forma que declara en Twitter, convertido en órgano principal de comunicación: «Exigimos la comparecencia urgente de Rosa María Mateo para que explique —vía telemática si quiere— este burdo episodio de manipulación progubernamental». Los *hashtags* acusatorios contra el Gobierno y sus miembros van a ser una constante en esa red social.

«El Gobierno del PP en Madrid deja una sanidad pública en estado crítico.» Cuenta con 1.400 millones menos de presupuesto en 2019 que la media del resto de comunidades autónomas. Lo recoge *Nueva Tribuna*[7] entre los varios medios que esos días ven el problema al que nos enfrentamos, Madrid sobre todo. En *Lamarea.com*[8], Dani Domínguez ha elaborado un informe con datos y gráficos. Señala que Madrid cuenta con 33 hospitales públicos y 50 privados. De los 33 hospitales públicos, 5 tienen una gestión privada y sus tratamientos son hasta seis veces más caros para las arcas públicas, según denuncian sindicatos y profesionales de la salud. Recordamos las incansables manifestaciones y protestas de las Mareas Blancas que trataron de frenar las privatizaciones desde 2013 en adelante. Paulatinamente la sanidad pública de Madrid se fue privatizando, hasta en servicios como el de lavandería. «Los protocolos de limpieza y desinfección también generan una presión mayor sobre unos servicios que, en la mayoría de los casos, se encuentran externalizados en grandes multinacionales —explicaba Dani Domínguez—. Así, según demostró la plataforma Audita Sanidad, la principal adjudicataria de los contratos de la sanidad madrileña es

Clece SA, la compañía de multiservicios de ACS, el grupo de Florentino Pérez.» Nos habían llamado la atención desde mucho tiempo atrás las denuncias sobre la limpieza de sábanas y toallas en los hospitales de Madrid, en las que quedaban restos orgánicos de otros pacientes tras la privatización del servicio de lavandería. La consejería lo admitió y dijo que el contrato permite esa falta de pulcritud hasta en un 40%.

La reducción del número de profesionales: 3.300 para una población que había crecido en medio millón de personas en la última década, molestó especialmente a los responsables. La presidenta de Madrid Isabel Díaz Ayuso envió una carta a la administradora única de Radio Televisión Española, Rosa María Mateo, y RTVE rectificó una información cierta que había dado el famoso enfermero de izquierdas. Y lo llamó «fe de errores». No eran esas camas y ese personal el perdido, dijeron, se trataba de todo tipo de empleados, no solo sanitarios. El coronavirus desató esa guerra, al tiempo que extendía su malignidad entre los ciudadanos.

Desde el principio se está viendo cómo las debilidades de los sistemas sanitarios están siendo decisivas. En Estados Unidos muy en particular. «Hay que elegir: *medicare* para todos o coronavirus para todos. Porque hay algo seguro: al coronavirus no le importa tu dinero ni tu partido político. La mejor manera de asegurarte de que la persona a tu lado no esté enferma es que la atención médica esté disponible para todos», escribe la famosa periodista de investigación neoyorquina Amy Goodman, alma de *Democracy Now*. Hay que elegir: la bolsa o la vida. Trump suspende durante treinta días los viajes desde Europa a Estados Unidos por el coronavirus, al que llama «el virus extranjero».

En Italia la cifra de fallecidos aumenta en 168 personas en un solo día, el 10 de marzo. Es la cifra más alta registrada en el mundo. Hasta entonces.

La Generalitat de Catalunya confina a los 60.000 habitantes de Igualada y otros tres municipios del Valle de Òdena por un foco descontrolado de coronavirus. La Comunidad de Madrid cierra colegios y universidades el 10 de marzo. La dispersión de millón y medio de estudiantes, muchos de ellos por toda España, será otra bomba biológica. Algunas zonas del país con poca o ninguna incidencia de coronavirus se quejan y piden el cierre de Madrid. El virus lleva viajando ya por el país mucho más tiempo de lo que sabemos.

Muchas rutinas están cambiando ya. Algunos aviones vuelan vacíos para no perder su sitio en los aeropuertos, porque se están resintiendo los viajes. La gente no va o va menos a restaurantes y tiendas. Ni a espectáculos. Retornan a la casa y a las redes de Internet. El saludo japonés es la última moda. No se tocan, no se besan. Uno de los peores castigos.

Otro asunto al margen bulle, aunque limitadamente. Podemos registra en el Congreso su comisión de investigación sobre el rey Juan Carlos. Será rechazada. El catedrático emérito de Derecho Constitucional Javier Pérez Royo mantiene que no es fácil formar una comisión para juzgar a Juan Carlos de Borbón pero que más difícil va a ser evitarla.

El periódico francés *Le Monde* titula: «La fortuna secreta de Juan Carlos hace temblar la monarquía española», advirtiendo que desde entonces se estaban multiplicando las revelaciones sobre el monarca y la familia real española. En algunos medios, sí. en *Eldiario.es* el

periodista Andrés Gil publica un extenso y documentado artículo sobre «Los Borbones: tres generaciones seguidas con cuentas en Suiza». «No es la primera vez que el nombre Juan Carlos aparece vinculado a una cuenta en Suiza. Ni siquiera es la primera vez que un Borbón figura con una cuenta en Suiza. Su padre, Juan de Borbón, que había renunciado a sus derechos dinásticos y tenía grabado en la memoria el exilio en Estoril sin corte ni corona, legó a su hijo Juan Carlos 375 millones de pesetas en una cuenta suiza», escribía Gil. Pero temblar, temblar, aquí no tiembla apenas nada. Salvo el machismo que sacude al feminismo en su punto de mira.

Se conoce por los datos estadísticos que 2019 es el año con el mayor número de asesinadas desde 2015 y es también aquel en que la extrema derecha afianzó el negacionismo de la violencia machista. En esos días tras el 8M, Santiago Abascal, líder de Vox, declara en los medios, sin ser rebatido, que han crecido las violaciones desde que Sánchez está en la Moncloa.

El coronavirus es ya oficial, pues, y el daño que está haciendo y que va a hacer. Los virus proceden de una escisión en el árbol de la vida al separarse de humanos, animales y plantas. Son elementos muy básicos. La mayoría no tiene ADN, sino ARN, el ácido ribonucleico que por cierto descubrió el científico español Severo Ochoa a punto de conseguir el Nobel en 1959. El virus pone a trabajar para él a la célula que invade. Un titular sensacionalista alertaba de que cada unidad produce 100.000 «hijos» del virus en la célula. Pero se estima que hay 37 billones de células distintas y los cien mil hijos de una sola hay que situarlos en ese contexto. Y no olvidemos que, por supuesto, el organismo suele reaccionar al invasor. El cuerpo humano combate por sí mismo los virus. De ahí, por ejemplo, las

vacunas que la idiotez supina ha venido cuestionando y cuya labor es reforzar ese rechazo. Toses, estornudos son los mecanismos que el virus encuentra para salir a colonizar otros organismos. El coronavirus tiene al parecer menor contagio por aire que a través de las manos, donde permanece más tiempo. Salvo si hay alta contaminación, en cuya atmósfera dura más. El crecimiento todavía es lineal en esa semana de marzo, aunque la curva va a cambiar dramáticamente. Por los asintomáticos que contagian durante varios días, por el rastro que dejan. Es un virus muy eficaz para sí mismo. Casi como el fascismo español.

El Reino Unido del Brexit, de Boris Jonhson, registra 456 casos, pero se resiste a aplicar medidas de confinamiento. Aconseja que las personas vulnerables se queden en casa, pero no las obliga. El presidente nos dejará perplejos al estimar, optando por la economía en lugar de la salud, que si el virus se expande se logrará algún tipo de inmunidad colectiva. Hasta que el propio Johnson contrajo el coronavirus y hubo de ser hospitalizado.

«Ante el dilema de dólares o vidas humanas, Trump se empieza a decantar por lo primero. El presidente de Estados Unidos provoca la alarma al sugerir que quiere poner fin en una semana a las medidas más duras para no perjudicar a la economía»[9], explica Íñigo Sáenz de Ugarte. En un tuit escrito en mayúsculas dice Trump: «NO PODEMOS DEJAR QUE LA CURA SEA PEOR QUE EL PROBLEMA. ¡AL FINAL DEL PERIODO DE 15 DÍAS, TOMAREMOS UNA DECISIÓN SOBRE EL RUMBO QUE SEGUIREMOS!». De nuevo la bolsa o la vida.

«Una pandemia es un momento terrible —dice Brian Klaas, científico y columnista del *Washington Post*— para tener un

presidente —Donald Trump— anticiencia que solo se guía por su interés, prefiere sus corazonadas a la experiencia, y con impulsos autoritarios para mantenerse en el poder.» El escenario sobre el que se va a desatar la pandemia mundial se está cuajando con toda nitidez. Todavía no ha soltado Trump por su boca las peores insensateces, pero todo se andará.

Las reacciones, tanto personales como por países, van del terror a la inconsciencia. Se cuela en ello, en algunos casos, hasta la ideología. El virus se ha globalizado con desusada rapidez mientras una buena parte de las soluciones que se aportan son nacionales, incluso locales. Proliferan los consejos. La subjetividad en los análisis juega a menudo en nuestra contra. Racionalizar hechos y datos ayuda a situar cualquier problema, este también, en su contexto. Escenarios previos favorecen o entorpecen la recuperación. En España, el número de casos repunta y el Gobierno decreta el cierre de escuelas.

Lo cierto es que pronto veremos que, además de la insuficiencia del sistema de salud, faltan test, mascarillas y guantes hasta para los propios sanitarios que enseguida empezarán a enfermar. Asisto al vaciado de estanterías de guantes, precisamente, tras anunciar Pedro Sánchez el viernes 13 que al día siguiente se reunirá el Consejo de Ministros para decretar el Estado de Alarma con confinamiento de la población.

De guantes y de casi todo. De repente, los supermercados se llenan de gente, largas colas para acaparar productos como si fuera un estado de sitio en lugar de un estado de alarma. Lo primero que desaparece, dejando inmensos huecos en las estanterías por su volumen, es el papel higiénico. Y frutas y verduras, y legumbres. Es el

principio de una reacción que no dejará de aportar sorpresas. En Makro, un gran almacén para profesionales de la hostelería preferentemente del que soy socia hace décadas, acudo a la zona donde siempre compro las cajas de guantes, útiles en todo tiempo. Apenas quedan ya, y todas son de talla pequeña o mediana. En un momento, aparecen manos que se las van llevando todas. Es una tienda con escasas aglomeraciones, da una idea de lo que va a pasar. Intento racionalizar y mantener la calma.

El estado de alarma incomoda, pero al mismo tiempo tranquiliza al sentirse más a cubierto. No se atreve a mostrarse en cuanto es y va a ser, pero el coronavirus ya está aquí y se impone atajarlo con los medios disponibles. Y está haciendo una radiografía nítida de la sociedad, desnudando tanto la maldad como la decencia, los verdaderos intereses y la madurez de la ciudadanía. No todos lo ven, hundiéndose más en el pozo de sus miedos y rencores. Quienes desde la política aprovechan la coyuntura para sacar tajada, como hace Pablo Casado, presidente del PP, desde el minuto uno de la crisis, muestran una actitud deleznable. Tampoco ayudan nada los bulos —peste de nuestro tiempo— que circulan por WhatsApp, dado que hay mentes débiles, especialmente porosas a este tipo de trampas dañinas. Ni las exageraciones mediáticas contribuyen al sosiego.

«Se les ha ido de las manos», dicen incluso desde actitudes racionales algunas personas. ¿El qué? ¿A quién? Lo primero que hay que entender es que no todo está previsto, ni en España ni en parte alguna, y que los virus operan con sus propios mecanismos y que no nos consultan. Además de todas las variables que influyen.

El presidente Sánchez anuncia un plan de choque para ayudar a superar esta crisis, en colaboración también con la Unión Europea que prevé un fondo de 25.000 millones. La UE no está en ese momento a la altura del reto por las eternas reticencias del norte sobre los países del sur. Holanda, paraíso fiscal privilegiado, en particular, Alemania también, llevan esa pauta. El prestigioso *Der Spiegel* les echará un buen rapapolvo por ello. En un artículo firmado por el redactor jefe del semanario, califica el rechazo alemán de los eurobonos como insolidario, mezquino y cobarde. El club no es tal. El filósofo español Daniel Innerarity promueve un manifiesto en el que se pide una respuesta europea a la amenaza del coronavirus. «Es el momento de demostrar que la UE es una comunidad de valores con un destino compartido, vital para sus ciudadanos y estados miembros ante un mundo global turbulento con amenazas políticas, económicas y sanitarias», señala. Y ahí queda.

Se están hundiendo las bolsas de valores. Una de las causas principales, inicialmente, de este cataclismo ha sido la enorme dependencia de la producción china, desde que entró en el mercado mundial en 2005. Antes, cuando los derechos humanos importaban, no se le había permitido. Y entró abaratando costes y trabajo. Añadan también las guerras comerciales y de poder estratégico que se libran en ese mismo momento y que evidencian la caída del precio del petróleo. Hasta un 30% esa semana fatídica. Las bolsas son muy emocionales y lo mismo que bajan, suben. De todos modos, el *crack* económico que se avecina no es para tomarlo a la ligera.

Europa, medio mundo, se nutría de China en tecnología y componentes —que difícilmente quedarán postergados— y en textil y

moda. Ahora descubren que se han deslocalizado los talleres de confección. Los hundieron en Occidente los precios más bajos de Oriente. El coronavirus lo ha alterado todo. No el afán de lucro. Buscarán donde sigan cosiendo barato. O no. Empiezo a preguntarme si seguiremos vistiendo igual, si seguiremos viviendo igual. Lo más esencial, la vacuna efectiva, se guía en su investigación con el mismo propósito. Una vacuna no se improvisa en dos días, precisa de ensayos y comprobaciones clínicas, y ya se trabaja en su búsqueda. En esos primeros estadios, sin cooperar entre las distintas investigaciones. Importa más el beneficio que la salud. Ojalá sirviera esto para operar cambios profundos en las mentalidades.

Las costumbres están cambiando drásticamente. Los niños sin colegio y en casa como ocurre ya en Vitoria o La Rioja, y en Madrid, han disparado las alarmas. En Madrid son millón y medio de alumnos con padres que trabajan, no todos disponen de abuelos de los que echar mano. Y cierran universidades. Y se suprimen las visitas a las residencias de ancianos que por otro lado son necesarias anímicamente. Y no funcionan tampoco los centros de día para mayores. Italia impuso normas así de drásticas con 9.000 casos y 463 muertos. España las dicta con 4.200 casos y 120 muertos, el balance entre beneficios y perjuicios es positivo. Aunque la presión política y la psicosis mediática influyen y mucho.

La histeria se palpa. No se habla de otra cosa que del coronavirus, no se teme otra cosa. Entre desorbitar las precauciones y tomárselo a broma hay un abismo. ¿Dónde se para la cadena aquí? ¿Pueden trabajar desde casa las cajeras de los supermercados? ¿Y los conductores de transportes públicos? ¿Y los médicos y el resto del personal sanitario y no sanitario de los centros asistenciales?

El pánico —y algo de insolidaridad— desabastece supermercados y recursos de los disponibles. En la semana más convulsa de los supermercados el gasto en consumo se disparó un 180%. La sociedad programada para la comodidad descubre, como decía el escritor Fernando Aramburu, que en caso de emergencia la prioridad es limpiarse el culo. Se han producido hasta peleas por el preciado elemento que no tiene tantos años de historia. Atrás quedaron las hojas de lechuga, y el agua corriente corriendo. La grandeza y la bajeza, lo que se considera esencial y lo accesorio quedan retratados en la sociedad del coronavirus. Noticias decisivas, corrupciones al más alto nivel quedan ensombrecidas ante temores reales o supuestos.

De entrada, vemos que, tácitamente sin duda, se ha prohibido enfermar de ninguna otra cosa en la práctica en algunos lugares o una serie de personas se lo han prohibido a sí mismos. Ya no hay catarros, ni gripes comunes, ni dolores reumáticos, ni de estómago. Se han descongestionado las urgencias. Ya no se acude ni con brotes graves de las enfermedades comunes. Ojalá todavía quede espacio para atender piernas rotas o cólicos intensos, nacimientos y situaciones críticas. En cierto modo estamos volviendo a la vida de varias décadas o siglos atrás. Los males leves se curan en casa, sin pasar por el galeno. Y es por miedo al contagio, por miedo al miedo.

En medio de los repetidos llamamientos a lavarse las manos para combatir el coronavirus, UNICEF advierte que un 40% de la población mundial, unos 3.000 millones de personas, no disponen de agua y jabón en su casa para hacerlo. Ocurre que el coronavirus puede viajar en nuestros ascensores, como alguien me dijo. Para pandemia también la pobreza.

El 14 de marzo entra en vigor el estado de alarma con confinamiento. El Gobierno limita los movimientos en todo el territorio nacional para contener el coronavirus. Solo permite los desplazamientos para compras de primera necesidad, acudir al médico o a trabajar en algunos supuestos, el cuidado de personas vulnerables, ir al banco o a echar gasolina. Los desplazamientos se harán individualmente salvo que se necesite acompañamiento. El presidente dice que «la emergencia sanitaria y social generada por el coronavirus crea situaciones extraordinarias que necesitan recursos extraordinarios». Que «el Gobierno va a proteger a todos los ciudadanos y va a garantizar las condiciones de vida adecuadas para frenar la pandemia con la menor afectación posible» y que la victoria está también «en lavarse las manos, en quedarse en casa, en protegerse a uno mismo para proteger al conjunto de la ciudadanía». La rueda de prensa del presidente Pedro Sánchez, alcanza un 81% de cuota de pantalla, sumando todas las cadenas. Es la emisión más vista del año.

Las primeras páginas del día 15 siguen, en gran medida, la pauta de las reacciones del PP y de Vox y se despliegan con titulares como «Sánchez, superado. Perdió horas vitales», «La pugna Sánchez-Iglesias frena el plan antiepidemia», «Más de 60.000 despidos temporales en España». Conviene insistir en que las portadas infames y los *trending topics* de Twitter como El Coletas, SánchezDimisión, Golpe de Estado —promovidos por la derecha y ultraderecha, como llegará a demostrarse en muchos casos— atacan ya aspectos fundamentales como nuestra salud.

Es indignante. Y llena de frustración. «Bien está que el Gobierno no quiera polemizar con nadie. Tiene que reservar todas sus fuerzas

para afrontar una doble crisis sin precedentes: la sanitaria, con cientos de muertos cada día, y la económica, que ya ha arrojado al paro a cientos de miles de trabajadores», escribe el periodista Javier Valenzuela en *Infolibre* en un artículo titulado «Carroñeros». Y plantea que «no hay ninguna razón para que los que no somos Gobierno nos callemos ante la mayor campaña de intoxicación de nuestra historia; una campaña perversa que redobla el miedo, la confusión y la angustia que ya provoca de natural el coronavirus. Tampoco hay ninguna razón para que no nombremos a los despreciables». Y lo vamos haciendo, sí.

El balance diario del coronavirus registra, en cifras oficiales, 145.000 casos en el mundo. 5.429 muertos. 71.000 recuperados. Siguen algunos preocupantes ascensos. Uno anota los países con casos y han pasado de 117 el día anterior a 139.

Ese día, el 14 de marzo, es mi cumpleaños. En 2004, el PSOE de José Luis Rodríguez Zapatero ganó las elecciones tras una semana convulsa como pocas por los atentados yihadistas del 11M. El Partido Popular nunca lo aceptó.

La víspera dudé si celebrarlo como otras veces comiendo en el restaurante Ayala Japón, pero ante el cierre decretado por el estado de alarma pienso si me acercaré a llevarme hecho al menos alguno de nuestros platos favoritos. Hace una temperatura primaveral esa tarde de viernes. Opto por comprar algo en el mercado del barrio. La calle está llena de gente, familias con niños, ancianos. Jóvenes compran en el chino ingredientes para una fiesta. Las carreteras se llenan de madrileños que van a sus segundas residencias aprovechando la inactividad laboral que va a comenzar. Los veremos

al día siguiente en las playas y en las terrazas codo con codo, mesa con mesa.

A las 12.00 en punto, como tantas veces, llega el regalo en casa, con el último abrazo en mucho tiempo. Y los abrazos y besos virtuales que más espero. Tan cerca y tan lejos. En las felicitaciones del día siguiente posponemos la celebración a «otro día». No soy consciente de lo diferente que es este 14 de marzo. Una música llega con dedicatoria. *First Rose of Spring*. Es un disco que Willie Nelson acaba de grabar. Tiene sus años, muchos más que yo, aun siendo tantos.

> El verano nunca habría comenzado
> y el invierno nunca terminaría.
> Ella coloreó su vida, abrió los ojos
> a las cosas que nunca hubiera soñado
> sin la primera rosa de la primavera.

A las 22.00, por convocatoria espontánea en las redes, salimos a aplaudir miles de personas a los sanitarios que nos están cuidando. A su enorme esfuerzo. En días posteriores se cambiará a las 20.00 para que puedan participar los niños. Era un aplauso inmenso, masivo, unido, a la vida. Se extendió por el mundo, hasta a Nueva York. Nunca olvidaré ese 14 de marzo.

«Este país no se puede permitir»...

Casi no nos queda espacio en la cabeza para pensar en otra cosa que no sea en el coronavirus y en cuanto está desencadenando. Pero, de todas formas, la vida muestra grandezas y miserias aun ante el durísimo reto de una pandemia tan inesperada, tan impredecible, tan incontrolable. El Gobierno acomete un potente plan de medidas para paliar el desastre económico sobrevenido, al punto de movilizar 200.000 millones de euros. En la sociedad se están dando unos ejemplos de solidaridad emocionantes. Y no va a ser hasta el miércoles 18 cuando el rey, jefe del Estado, se reúna con Pedro Sánchez y el comité de gestión de la pandemia y dirija, por fin, un mensaje al país que preside, a su sociedad atribulada. Hasta ahora ha estado muy ocupado con el virus de la Corona. Los medios y políticos cortesanos —que vienen a ser lo mismo— saldrán a decir lo ejemplar que es Felipe VI, como han hecho los días precedentes ante la cuenta oculta de su progenitor.

Ocurre que el rey de España comunicó su supuesta renuncia a la herencia de su padre (supuesta porque la legislación no lo permite en vida de quien lega) el mismo día que entraba en vigor el estado de alarma y casi al mismo tiempo que el Gobierno detallaba las restricciones extraordinarias para afrontar el coronavirus. Una paradójica coincidencia. Supimos por el comunicado real, que Felipe

de Borbón sabía desde un año atrás la existencia de una cuenta *offshore* de la que él mismo era segundo beneficiario, según el diario inglés *The Telegraph*. El resto de la historia, ya la conocen. Eso sí, la defenestración de Juan Carlos I revelaba la magnitud de la amenaza de Corinna Larsen: «8 cajas negras» con documentos. Raquel Ejerique, en *eldiario.es*, puntualizaba: «No ha sido España, ni el Congreso, ni su hijo los que han denunciado las posibles irregularidades financieras de Juan Carlos I, sino la fiscalía de un país extranjero y el periodismo».

En el comunicado, el rey Felipe también anuncia que su padre dejará de cobrar de los presupuestos públicos. «¿Por qué ahora y no antes?», nos preguntamos. Por la reacción de Felipe de Borbón, parece haberse actuado más como si se tratara de un asunto de familia (familia real) que como un tema que atañe al jefe de Estado. Esa es la diferencia entre monarquía y república en este caso. Incluso en una monarquía, no debería ser así.

El coronavirus se extiende, la sociedad está confinada y llena de incertidumbres, se ha paralizado la actividad y se prevé una importante crisis económica. El asunto de la Corona parece una anécdota aun siendo una bomba devastadora para su credibilidad, pero quizás no lo sea. Alguien muy informado me dice: «Este país no se puede permitir una crisis de las dimensiones apocalípticas de la pandemia y una crisis institucional (la monarquía). El país no lo aguantaría». Enseguida van a verse movimientos.

El miércoles, 18 de marzo, el rey se dirige a los españoles por televisión y, tal como se esperaba, hace un discurso como si no conociera el país en el que vive y solo escuchara a sus aduladores. Habla de unidad: «Ahora debemos dejar de lado nuestras

diferencias; debemos unirnos para superar esta grave situación». Y de ánimo: «Este virus no nos vencerá, al contrario, nos va a hacer más fuertes como sociedad; una sociedad más comprometida, más solidaria, más unida». El jefe del Estado, Felipe VI, nos mandó esa noche su cariño y, a quienes estaban trabajando por resolver el problema, su agradecimiento y respeto. El coronavirus nos obliga a desterrar frases convencionales, pero no es fácil romper costumbres.

Una sonora cacerolada suena durante el discurso del rey, por los mismos balcones que acaban de aplaudir a los sanitarios. La ultraderecha toma nota. Y pronto empezará a convocar otras caceroladas contra el gobierno progresista, haga lo que haga.

La derecha ha visto «ejemplar» la decisión del rey hacia su padre, tanto Vox como el PP y Ciudadanos «cierran filas» con el monarca. Pablo Casado dice, en un tuit: «Quiero expresar mi respaldo a las decisiones que hoy ha anunciado SM el Rey Felipe VI, nuestra confianza en su ejemplar servicio público al frente de la Jefatura del Estado y la lealtad del Partido Popular a la Corona como máxima institución de España».

El País informa de que «El Gobierno aplaude la “contundente” reacción del rey y remite a la justicia». Aunque «las autoridades judiciales suizas dilatan la entrega a España de las supuestas cuentas de Juan Carlos I». Las supuestas cuentas las ha admitido hasta Felipe VI al renunciar a la herencia. «El PSOE respeta la decisión del rey y mantiene su negativa a investigar en el Congreso las finanzas de su padre», titula *Eldiario.es*. Para *El Mundo* es «Una ejemplar decisión de dignidad real». Y su director, Francisco Rosell, empieza a pedir «un Gobierno de emergencia nacional» en una columna. ¿Cuál es la causa de la «emergencia»? ¿Las «conductas indecorosas» en la

Jefatura del Estado? El ministro de las cloacas del PP, Fernández Díaz advierte: «Cuestionar la Monarquía es más letal para España que el coronavirus». Haga lo que haga, sin rendir cuentas, dando idea de la concepción que tienen de la institución. De lo sucedido habrá que hablar en algún momento.

En la rueda de prensa diaria sobre el estado de alarma, le pasan al ministro del Interior Grande-Marlaska una pregunta que alude a una propuesta de Vox para expulsar a ciudadanos marroquíes, una explosión más de racismo. Como los ultraderechistas de otros países, considera que todos los virus son extranjeros. Y eso se pasa como una pregunta periodística. La España eterna, añeja, toma posiciones.

El Consejo de Ministros prohíbe cortar el agua, la luz o el gas a colectivos vulnerables durante la crisis del coronavirus, sumando otra medida más de ese cariz. «Ministros del PSOE cierran filas en torno a Calviño frente a la obsesión social de los de Iglesias», titula *El Español*, de Pedro J. Ramírez.

España se convierte en el cuarto país con más casos confirmados de coronavirus, tras alcanzar los 11.178, casi 2.000 más que el día anterior. Ya debemos lamentar 491 muertos, frente a los 309 de la víspera. Ingresados en UCI hay 563. Las altas ya superan el millar, con 1.028. La Rioja, Madrid, Navarra y Euskadi tienen la mayor tasa de incidencia: entre 111 y 34 casos confirmados por cada 100.000 habitantes. Madrid acumula el 45.7% del total en España.

La gravedad de la situación es incuestionable, miles de personas la están viviendo en sus carnes. Pero algunos siguen *jugando al fútbol* con su equipo y el contrario, cuando son concepciones de la vida, de la política, lo que está en juego. La derecha neoliberal busca bajar impuestos y privatizar los servicios públicos, como el sanitario. Lo ha

hecho y persiste en la idea. La izquierda tiene «obsesión social», bien es verdad que en distintos grados. Isabel Díaz Ayuso sale a aplaudir al personal sanitario; a ese mismo que la comunidad que preside, Madrid, contrata de lunes a viernes, para no pagarles los fines de semana.

En Italia, también se ha saturado el sistema sanitario. Los contagiados de más de ochenta años afectados de coronavirus «se dejarán morir» en un país desbordado por la epidemia, según *The Telegraph*. Hay que elegir. Estamos llegando ya a una situación extrema de inhumanidad, después de haber mermado los recursos que hubieran salvado vidas y no nos hubieran enfrentado a esta trágica elección. Por cierto, algún anciano allí ha dado la nota y se ha salvado solo. Un francés también, que sepamos. A eso se le llama ser supervivientes natos.

«Una epidemia descontrolada lleva a una medicina de catástrofe: sanitarios enfrentados al dilema de a quiénes salvar. Y una medicina de catástrofe, con recursos sanitarios insuficientes, no se centra en el beneficio de un solo enfermo, sino en el beneficio colectivo de todos ellos»[10], advierte Esther Samper, médico y especialista en información científica, en *eldiario.es*.

Aunque el covid-19 sea una enfermedad leve en más del 80% de los casos, los estudios nos muestran que en torno al 20% de los enfermos desarrolla un síndrome de dificultad respiratoria aguda y en torno al 12% necesita ventilación mecánica. Estos pacientes pueden llegar a estar ingresados hasta un máximo de tres o cuatro semanas. Todas estas características del covid-19, unidas a una epidemia descontrolada, son la tormenta perfecta para el colapso de los hospitales, sigue explicando Esther Samper.

La verdad es que ya ni se molestan en ocultar que, ante la saturación y la carencia de medios, se está practicando el triaje usual en las guerras muy cruentas. Están habilitando hoteles —hoteles, ya vale—, buscando respiradores que faltan y sin ser siquiera tan costosos para la economía de la utilidad, reclutando médicos jubilados o recién licenciados. Pero también propusieron «el uso de todas las camas para los pacientes con mayor probabilidad de recuperación». Y, precisando más, «los médicos elegirán a quién ingresar en la UCI según su esperanza de vida».

¿Por falta de medios se elige a quién se le da posibilidad de vivir y a quién se le niega? Después de haber recortado la sanidad pública y de desperdiciar millones de euros en obras inútiles que cuajaron el paisaje español del despilfarro. O en materias accesorias y cuestionables como la promoción de la tauromaquia en su declive o luchar desde Andalucía contra la inmersión lingüística en Catalunya. Después de haber robado de las arcas públicas a saco. Hecho está, hay que arbitrar soluciones. Pero que, habiendo dinero público y privado, se acepte como irremisible este triaje sanitario al límite, solo lo hace una sociedad deshumanizada.

Los ancianos se llevan la peor parte en esta crisis, sin duda. Cada vez que repiten, con cierta euforia, que solo hay tres víctimas menores de sesenta y cinco años, por ejemplo, dan a los mayores de esa edad una punzada en el corazón y hasta en la autoestima. Es el cénit de una sociedad basada en la productividad y no en los seres humanos. Venía de lejos y se confirma ante el peligro del coronavirus. Un amigo, que se ha jugado la vida por los demás durante toda su vida —ahora también— dejándose más de una muesca, experimentó la otra noche la experiencia de ver cómo tres

jóvenes se cruzaban de acera, en fila, al verle pasear con su perro. Lo interpretó como rechazo cuando no lo hacían con otros transeúntes.

En la pandemia hay otras víctimas además de los enfermos: médicos, enfermeras, policías, miles de personas nos están cuidando con riesgo de su salud, y algunos ya han enfermado y varios han fallecido. Y no se puede aceptar que su vocación de servicio les cueste tan cara por falta de medios. Les están faltando elementos de protección. Hay que buscarlos donde sea y usarlos ya. Remito otra vez a todo el dinero público dilapidado o robado: a todo el existente ahora que, si tiene una prioridad humana, es el bien común. Y, si la avalancha de necesidades ha convertido hasta las mascarillas en producto de difícil obtención, pongan a las industrias a coserlas. Pongámonos, si es el caso. Se llegará a fabricaciones caseras muy imaginativas hasta partiendo de viejas camisetas.

Llaman la atención las cifras descomunales de la pandemia. Las comparativas de mortalidad, por ejemplo. Italia, oficialmente, supera el 7% de tasa de letalidad del coronavirus en ese momento. En España el índice es del 4% mientras que en Corea del Sur es del 1%. Lo repaso cada día y Madrid también supera el 7%. Los datos netos muestran esas diferencias disparatadas de Madrid dentro de España.

Para evitar el colapso de los hospitales, especialmente de las unidades de cuidados intensivos (UCI), se han suspendido o pospuesto cirugías, pruebas diagnósticas, consultas externas «no preferentes» e ingresos programados. Se sigue sintiendo en el aire que está vedado enfermar de cualquier otra cosa que no sea coronavirus. Tendrá consecuencias.

Y, mientras, se anuncia un hospital de campaña que se desplegará en Ifema con 5.500 camas debido al desborde de la sanidad madrileña. Como en una guerra. Asturias y la Comunidad Valenciana, al menos, también están montando los suyos. El pico de afectados sigue subiendo y todavía no ha llegado España a doblar la curva.

En el Reino Unido, el diario *The Guardian* publica en exclusiva un documento oficial, en el que se estima que el 80% de los británicos resultarán contagiados por el covid-19. Casi 8 millones habrán de ser hospitalizados. Pasa a describir que el servicio de salud no puede hacer frente a la gran cantidad de personas con síntomas que necesitan hacerse una prueba porque los laboratorios están bajo presiones de demandas significativas. Solo valoran, pues, a los enfermos muy graves que ya están en el hospital y a las personas en residencias y prisiones donde se haya detectado el coronavirus. Boris Johnson, antes de experimentar el covid-19 en carne propia, sigue sin adoptar aún medidas radicales de confinamiento y avisa que «muchos seres queridos morirán». El que sobreviva a la enfermedad se hará más fuerte. Viene a ser el país que se va a la playa con los niños frente a los disciplinados. Y es el único europeo al que no afecta la prohibición de volar a los Estados Unidos que Trump ha decretado. Son estrategias muy discutibles y notablemente decisivas de aquellos días.

Más de medio millón de expedientes de regulación temporal de empleo (ERTE) han sido ya solicitados por las empresas, en esos primeros días. Se arbitran medidas que no pueden llegar a todo lo roto. Hasta sueños y proyectos sólidamente labrados están sufriendo este zarpazo.

Los taxistas de Madrid se organizan para trasladar gratuitamente a los profesionales sanitarios que tengan que acudir a emergencias y a domicilios, por ejemplo. Se estrechan lazos que creías perdidos. Se exacerban las emociones que tan pronto te llenan los ojos de lágrimas como te impulsan a luchar y hasta a sonreír con ingeniosos memes. Pasamos de la esperanza a la indignación. Del miedo a la confianza razonada. Termómetro a mano, hiperalertas a cualquier síntoma y al suspiro de alivio, si es el caso. Mientras aguardamos, impotentes en realidad, a ver si no nos alcanza la garra del coronavirus, a los nuestros, a nosotros. Y algunos, muchos, ponemos todos los medios que nos indican para impedirlo.

Y de repente salta una chispa que se hará incendio arrasador. Volvemos atrás para ir completando el círculo de las víctimas entre los mayores. 50 ancianos han muerto en residencias de Madrid, Vitoria y Ciudad Real. Esto no se explica solo por la edad y las patologías previas, ni mucho menos. El Defensor del Paciente presenta una denuncia, tilda el caso de «insólito» y se queja de «falta de seguridad extrema, limpieza, personal y medios» en esos centros. La mayoría son privados o privatizados, bajo gestión de las comunidades autónomas. 19 personas han muerto en una de Madrid. Los medios se vuelcan en indagar y va saliendo un pozo de inmundicia. «Hasta ayer, los ancianos infectados no eran trasladados a ningún hospital y morían en la residencia», informa *El País* el día 18. «Las trabajadoras de la residencia lloramos todos los días al ver cómo dejan morir a ancianos de esa manera», publica en entrevista *eldiario.es*. La tarifa es de 2.730 euros al mes por una habitación individual con baño. Pero falta personal. «Prácticamente hemos

caído todos, y solo podemos duchar a cinco personas al día» de los 150 residentes que hay, siempre según el testimonio de algunos empleados. «Yo no le tengo miedo al virus, ni a contagiarme, el dolor es ver morir a los ancianos de esa manera», dice otra trabajadora del centro. Dentro y fuera, Sanidad desvela el perfil por edad de los casos de coronavirus: el 67% de los fallecidos sobrepasan los ochenta años a 22 de marzo.

En Estados Unidos van más allá en un paso que ya se acerca a la eugenesia en aras de la gerontofobia. Dan Patrick, vicegobernador de Texas, declara en televisión, en la ultraconservadora Fox: «Los abuelos deberían sacrificarse y dejarse morir para salvar la economía en bien de sus nietos y no paralizar el país». Olvida, al parecer, que Donald Trump cumple en junio setenta y cuatro años.

Casi no se presta atención a otras noticias. Y siguen ocurriendo hechos que han de conocerse. El Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León revisa la sentencia por violación en manada a una chica de quince años. Absuelve a uno de ellos —exjugadores de la Arandina todos— condenado a treinta y ocho años de cárcel y rebaja la pena a los otros dos condenados también a treinta y ocho años, dejándola en cuatro y tres años de prisión. La víctima tenía quince años cuando fue agredida. Quince años y ellos eran tres adultos. Y ya no hay espacio para salir a apoyarla. Se producen estos retrocesos significativos. La sentencia a La Manada de Pamplona había supuesto un antes y un después en la lucha contra la violencia machista. El coronavirus lo invade todo. Salvo los viejos emplastos, cada día más boyantes.

El clima se está enrareciendo cada día más. Surgen infinitos capitanes *a posteriori* que sabían lo que ocurría al parecer y a nadie avisaron. Feroces críticos de lo que se hace y no se hace ante una pandemia que desarboló a los dirigentes de todo el mundo —en mayor o menor grado— salvo apenas a los de China y Corea del Sur, que tenían experiencias previas de errores y aciertos en circunstancias similares. En el caso español, muchas de las críticas aspiran al indisimulado deseo de tumbar al Gobierno o, al menos, la coalición. La ferocidad y sesgo, manipulación incluso, de los que se sirven no dejan lugar a dudas. Los furibundos ataques a algunos de sus miembros rozan la infamia. El país no se puede permitir más crisis de las justas, recuerdo.

Las redes están infectadas del virus del odio que propagan esa mezcla de indeseables y estúpidos que siempre actúan a favor de un poder que solo piensa en sus beneficios. Desde luego, una gran parte de los ciudadanos no se pasan en Twitter todo el día experimentándolo, pero sus ecos les llegan por los púlpitos envenenados de algunos medios y, finalmente, en forma de bulos por WhatsApp. Son nuestros enemigos, hemos de ser conscientes de esa realidad, pero apenas se siente así, sino como algo asumido. Ahora ya no es una mera discusión dialéctica, los tuyos y los míos, los colores; en la práctica actúan a favor de los virus que arrasan la salud, la economía y la decencia.

Lo podemos comprobar cuando desde las ventanas se persigue a los que salen a curarnos a los centros de salud. Porque es lo que han hecho algunos. El tan alabado aplauso de las tardes desde los balcones y ventanas está sufriendo alguna contaminación al pasar de agradecer la labor de los sanitarios a las 20.00 a dar una cacerolada a

las 21.00 al Gobierno que, desde luego, intenta afrontar la crisis paliando los destrozos en la sanidad pública. Responsabilidad, básicamente, de quienes les incitan a hacer sonar las sartenes y pucheros. Cualquiera diría que con esa protesta se quería rebajar el sonido de la lanzada contra el jefe del Estado al conocerse las cuentas en paraísos fiscales de su padre Juan Carlos de Borbón.

Arrecian las portadas y columnas, los programas de radio y tertulias sospechosamente críticos. Luis María Ansón atribuye las informaciones sobre Juan Carlos de Borbón a una campaña para dañar al rey emérito de la que hubiera participado el diario británico *The Telegraph* y otros varios, además de unos pocos españoles. Daño, dice; no revelación. Para el empleado de *El Mundo* Javier Negre, la cacerolada es contra el Gobierno, ¡con la misma foto de balcones de la que se dedicó al rey emérito! *El Español* de Pedro J. Ramírez la adjudica a Pablo Iglesias, repitiendo foto también. Al vicepresidente Iglesias le atacan tanto «por su gestión» como por tener un papel secundario en ella. «Iglesias, se ahoga», escribe José Antonio Zarzalejos, periodista de derechas homologable. No se olvida, desde luego, la manifestación feminista del 8M atribuyéndole el origen del contagio, como si solo hubiera habido esa concentración. Hasta el famoso partido Atlanta-Valencia quedará olvidado en las mentes donde se ha grabado a fuego la machista culpabilidad de la convocatoria feminista.

Un grupo de medios resucita las tertulias y columnas condenatorias. «La pesadilla de Podemos», en *El País*. «La deslealtad de Pablo Iglesias», en *El Confidencial*. Los *Telediarios* de TVE dan como noticia la cacerolada con un rótulo que condena sin paliativos al Gobierno e inicia el corte en montaje con un grito de «al

Coletas». Un montaje no es casual, jamás. No cabe mayor bochorno. O sí, días atrás habían dado como noticia una recogida de firmas de change.org con 13.000 tan solo contra Iglesias. En cambio, conectan con Casado, desplegando órdenes y propuestas, con un panel de monitores detrás, en mangas de camisa, como si fuera el gestor de la pandemia. El derecho a la información se precisa más que nunca y se advierte un tanto resentido.

Remata Juan Luis Cebrián desde *El País* pidiendo ¡responsabilidades penales! ¡Denuncias! Como la derecha y extrema derecha. ¿En el mundo entero? ¿En este momento tal ataque? «El país no se puede permitir»…

En Telecinco, en el programa de Ana Rosa Quintana, llevan a una pobre víctima desconsolada. Afirma que sus padres han muerto los dos, mientras hay dos ambulancias aguardando por si acaso en la casa de Pablo Iglesias e Irene Montero. Es mentira y nadie le responde ni cuenta la verdad. En absoluto la presentadora que escucha con expresión compungida. Estas conductas son punibles, moralmente y en audiencia al menos.

Los temas preferentes de Twitter se llenan de *trending topics* (lo más tuiteado) contra el Gobierno. Llaman hasta asesinos a Pedro Sánchez, a Pablo Iglesias o a todo el Ejecutivo. Piden dimisiones a las que se supone la alternativa de la derecha de las privatizaciones y recortes. A quienes les ha gustado más combatir a los enfermos que a las enfermedades, a la miseria que a sus causas. A quien quiere arreglar el coronavirus con caridad, no albergando ni gota de ella en su cuerpo. Todo esto no es inocuo: estas bombas acaban en onda expansiva hasta las terminales de los móviles. Porque esto sí son

bombas, no la lucha contra la pandemia en el nuevo lenguaje. Esta quiere salvar vidas.

Cualquiera diría que por algunas zonas recónditas a las que no tienen acceso el común de los mortales sueñan con otro gobierno, otra coalición que defienda mejor sus intereses. Y sobre todo evite meter las narices donde no convenga. No lo van a conseguir previsiblemente, pero no subestimen su capacidad destructora. Al menos la que ya añade con sus insidias angustia a la angustia.

Se nos encoge el alma con el Palacio de Hielo de Madrid convertido en morgue. Con los ancianos amontonados en muerte, descuido, soledad y abandono en «algunas» residencias, dicen. Los funerales exprés con tres familiares como máximo. «Pues no hay velatorio... ¿No puedo abrazarme, besar, emborracharme y llorar con mis amigos?», suspira en Twitter Celia «Latanace», a quien se le ha muerto «la Tere», combatiente de mil batallas. Las UCI del dolor, el miedo y la soledad. Vemos también a tantas personas luchando de verdad contra el virus, a pie de cama y contagio. A quienes se afanan por buscar y fabricar mascarillas o respiradores que faltan (tanto por especulación como por imprevisión punible). Aprovecharse de esta vulnerabilidad que experimentamos se inscribe en la conducta de las garrapatas. Y las hay en el género presuntamente humano. La indignación va creciendo, incómoda, y apenas hemos iniciado la andadura de una enfermedad terrible.

Y seguimos saltando de la esperanza al llanto. Del agradecimiento al clamor por las injusticias y manipulaciones. Por constatar que hay personas con poder —el que sea— capaces de buscar sus intereses por encima de la muerte y el dolor de millones de personas. Y,

también, gente tan estúpida como para secundarlas. Aún creemos que esto será transitorio, y va a costar. En China, en Wuhan, el epicentro de la pandemia, ya han reemprendido la actividad. Millones de ciudadanos saldrán de todo esto sabiendo qué les importa más.

Las personas, las personas digo, estamos especialmente sensibles. Cada jornada te levantas con el deseo de afrontar lo que venga con fuerza. Y a veces te encuentras con submarinos agridulces. Una frase del artículo del magistrado Joaquim Bosch me quebró una mañana para todo el día: «En estos días extraños no podemos tocar a las personas que más amamos». En ella viene la respuesta. Con suerte, los abrazos nos esperan a la vuelta de un tiempo y serán la suma de todos los perdidos. Por ellos resistimos. Eso las personas lo entienden.

Segunda semana de estado de alarma

Hasta ahora, la peste negra había sido una de las pandemias más devastadoras de la humanidad, si no la mayor. Probablemente seguirá ostentando ese récord, pero no está de más observarla por si aporta alguna lección. Se desarrolló en el siglo XIV, en Asia, para expandirse a través del tráfico marítimo a Messina, en Italia, y luego a gran parte del mundo conocido hasta entonces. No era la primera vez, ni tampoco la última. La ciencia apenas existía, sepultada por las creencias de la religión, entonces con un enorme peso. Y la medicina se guiaba más por la experiencia acumulada, por bases empíricas, que por conocimientos científicos. La desazón y el destrozo económico y social fueron inmensos. Y buscaron irracionalmente culpables que purgaran un daño que no por ello desaparecía. Lo mejor, la gran enseñanza, es que tras el siglo XIV vino el XV y, con él, el Renacimiento. Volver a nacer a la luz de tanta muerte y oscurantismo.

Nunca pensamos que pudiera sucedernos a nosotros, a los ciudadanos del siglo XXI, dotados y hasta saturados de elementos para combatir cualquier contrariedad. No lo vimos ni cuando ya el coronavirus estaba empezando a invadirnos por encima de todas las

previsiones. Nada es igual por supuesto al mundo del siglo XIV, salvo las reacciones humanas ante lo desconocido, el temor a la muerte y la necesidad de buscar chivos expiatorios. Más aún, se diría que el progresivo adoctrinamiento en la frivolidad ha creado un sector decisivo de la sociedad profundamente infantilizado. Su desconcierto es mayor que nunca, cuando creía tenerlo todo previsto y bajo control. Pero, al menos, el siglo XXI sí dispone de recursos que precisa poner al servicio de la salud y el bien común. Y también cuenta —seguramente como todos los momentos de la historia— con personas capaces y responsables. Y todos, unos y otros, comunicados masivamente como nunca antes, todos sumando sus fuerzas en la eterna batalla.

Para entender lo que nos ocurre es necesario este contexto. Y saber que la ciencia avanzó extraordinariamente pero no lo puede todo. Y que, en su esencia evolutiva, sigue precisando trabajo de investigación y medios. Donald Trump no es el único presidente que desprecia la ciencia. El ultraderechista Salvini en Italia dice que «la ciencia sola no basta: necesita al buen Dios». El español Abascal quiere ciencia «por la gracia de Dios». Y Jeanine Áñez, la presidenta golpista de Bolivia, tras echar a Evo Morales, escribe en Twitter: «Convoco a unirnos con fé en ayuno y oración por la salud de las bolivianas y bolivianos». El acento en fe es de ella.

Y ser absolutamente conscientes de que las conquistas sociales —algunas obtenidas a un alto precio— lograron una sociedad algo más justa. Y que, una vez tras otra, la codicia nos desarboló. Pablo Casado, el muy lenguaraz presidente del Partido Popular, había dicho días atrás: «El Gobierno se está parapetando en la ciencia en

vez de tener un liderazgo», cuando su portavoz, Cayetana Álvarez de Toledo, cambió el registro y sentenció: «El Gobierno antepuso la ideología a la ciencia contra el coronavirus».

Los que tienen el valor de criticar que se aborden soluciones «con ideología» fueron quienes con ideología apostaron por apoyar la tijera que, por ejemplo, diezmó los recursos sanitarios públicos —que se han vuelvo imprescindibles— y la investigación. También la investigación preterida por soluciones folclóricas y de populismo nacionalista, que es lo más negativo que puede hacer la política. Los datos son concluyentes en ambos sentidos, dejen de manipular la realidad.

El catedrático de Economía Juan Torres López llama la atención en *Público* sobre esos hechos que se clavan en la conciencia de una organización social injusta. «Es un drama, pero no es el único que se está produciendo en el mundo. En el mismo periodo en el que, según las cifras oficiales, han muerto esas 37.091 personas por el coronavirus, también han fallecido 2,95 millones (80 veces más) por hambre; 1,2 millones (33 veces más) por no haber podido recibir atención médica; 720.000 (20 veces más) por accidentes laborales; 96.000 mujeres (2,5 veces más) por no tener suficiente atención médica en el embarazo y 672.000 niños (18,1 veces más) han nacido muertos por esa misma razón. Y tantas muertes de seres humanos por estas causas evitables se vienen produciendo todos los años, aunque es cierto que se pueden ir reduciendo», escribe. Y añade, en la línea de José Luis Sampedro y todos los especialistas en la materia que creen en una economía humana:

> Cuando los estudiantes entran en las facultades de Ciencias Económicas lo primero que aprenden es que todo eso, la insuficiencia de medios como la que ahora tenemos

para afrontar la pandemia, se produce porque los recursos son escasos. Les enseñan que, por esta razón, hay que elegir. Sí, exactamente lo mismo que tienen que hacer los sanitarios en algunos hospitales cuando no disponen de respiradores para todos los infectados por el coronavirus que lo necesitan. Pero eso es mentira.

En nuestro planeta no hay escasez de recursos, no falta dinero, sino que hay un orden de prioridades que antepone el beneficio, el armamento, el despilfarro o su concentración en pocas manos a la satisfacción de las más básicas necesidades humanas. Eso es lo que de verdad explica que los recursos y el dinero que hay de sobra en nuestro planeta para proporcionar una vida digna a todos los seres humanos no se utilicen para ello.

La vida sigue en ese otro curso que se retuerce y al que la mayoría se ha acostumbrado. El diario *La Razón*, que dirige el profuso tertuliano Francisco Marhuenda, se atreve el 24 de marzo a mentir en portada. Asegura que el CSIC, Centro Superior de Investigaciones Científicas, alertó en enero al Gobierno del peligro del coronavirus y le propuso que se tomaran una serie de medidas proponiendo algunas. El propio CSIC, sin embargo, publica un desmentido y afirma que enviaron el día 22 de enero, dos días antes de esa portada, un informe al Gobierno con la investigación y recursos movilizados frente al virus.

Como en ocasiones anteriores, la máquina del fango se pone en marcha y Albert Rivera, dimitido como presidente de Ciudadanos al lograr tan solo 10 diputados, tuitea la falsedad: «El Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) alertó en enero al Gobierno de la "letalidad" del covid-19», enlazando con *La Razón*. Por más que se le advirtió de la falsedad de la afirmación, nunca retiró el tuit.

La sociedad se sigue moviendo. Ante su falta esencial, el Consorcio de la Zona Franca de Barcelona anuncia que fabricará 100 respiradores diarios por impresión 3D.

El martes 24 de marzo, los casos confirmados en todo el mundo ya superan los 382.000. China sigue en cabeza de la lista, con sus casi inamovibles 80.000 contagiados. A continuación, Italia con casi 64.000. Estados Unidos ha entrado fuerte y ya tiene 46.000 confirmados, 5.000 de ellos en Nueva York. Le sigue España con 35.000 y Alemania con 29.000. Más de 100.000 personas se han recuperado del contagio. Y se registran oficialmente 16.574 fallecidos. Con 6.000, Italia ya dobla los de China. España sube al tercer lugar con 2.311. Y suma la cifra récord hasta entonces de 400 personas muertas en un solo día; subirá más aún, durante las dos semanas siguientes.

España se prepara esa segunda quincena de estado de alarma con confinamiento y el decreto que paraliza las actividades no esenciales. Han suspendido el fútbol, lo que siempre pareció sería la mayor hecatombe para muchos, las Fallas de Valencia, espectáculos de todo tipo, han cerrado restaurantes y hoteles. Boris Johnson ordena el cierre de todos los negocios considerados en ese mismo baremo y dice a los ciudadanos: «Debéis quedaros en casa».

Un gran número de españoles teletrabajan en casa, si su profesión se lo puede permitir, adaptando sus medios a los de la empresa. Lo harán muchos periodistas. José Sanclemente, presidente de la editora de *eldiario.es*, había anticipado pocos días antes en una columna la debacle que se estaba echando encima de los medios. De repente se ve de cerca. La caída de ingresos publicitarios en abril será superior al 50% y, dependiendo de la duración de la crisis sanitaria, el año se cerrará con un descenso del 30%, va explicando Sanclemente. «En cifras, hablan de 200 millones de euros menos de publicidad para los periódicos, y eso siendo algo optimistas. Además,

las ventas de periódicos en papel han bajado a la mitad, a pesar de que los quioscos no están afectados por el decreto de estado de alarma del Gobierno —detalla—. La radio dice haber perdido el 80% de las cuñas publicitarias y las empresas de vallas exteriores se han quedado sin clientes porque, aparte de que los anunciantes retiran sus campañas, muy poca gente va a circular por las calles o las carreteras. La televisión calcula que en el próximo mes habrá muy pocos anunciantes que quieran pagar un *spot* en sus cadenas y anulan programas de máxima audiencia que cuentan con público por el riesgo al contagio del coronavirus.» El diagnóstico de José Sanclemente concluye sin edulcorantes: «El panorama es terrorífico, no exagero. Está en peligro la supervivencia de los medios convencionales que ya venían arrastrando patologías graves».

Varios medios anuncian ERTE y en pocos días pedirán ayuda al Gobierno, al que siguen machacando con mentiras algunos de ellos de forma inmisericorde. Diecisiete medios independientes solicitan que proteja la pluralidad y la calidad informativa. En este caso lo son. Encabeza la petición *Ctxt, Contexto,* de Miguel Mora. Piden: repartir de manera equitativa las inserciones de publicidad institucional garantizando que alcance a los medios que aportan información relevante, de servicio público, contrastada y elaborada según criterios profesionales de calidad.

El 24 es Ignacio Escolar, el director de *eldiario.es,* quien anuncia un plan de supervivencia para el periódico. «Queremos repartir los esfuerzos de la manera más equitativa posible y evitar los despidos mientras tengamos otra opción. No queremos recurrir tampoco a un ERTE», dice. La cuota anual para socios sube a 80 euros, desde 60. Y rebajan los salarios más altos de la redacción entre un 10% y un 30%.

eldiario.es supera el bache en apenas dos meses. Pasará en ese tiempo de 36.000 socios a 52.000. El aumento de suscriptores se dará en numerosos periódicos fiables. Desde los norteamericanos *New York Times* y *Wall Street Journal*, al británico *The Guardian*, el italiano *Il Post* o el sueco *Dagens Nyheter*.

Vamos entrando en terrenos sombríos. La más terrible consecuencia para la comunidad que ha traído la pandemia del coronavirus es la deshumanización, hija de haber considerado el egoísmo motor de la sociedad. Las filas de féretros de madera, todos iguales, en Bérgamo, la Lombardía italiana, que se lleva el ejército a incinerar fuera porque allí ya no caben, son apenas la cubierta de una disfunción social grave. Como las de las residencias de mayores de España o de Francia. A muchos nos tiene sobrecogidos. A otros, no: lo ven normal «por la edad». El abultado número de víctimas revela problemas de desatención previos de enorme calado. Si así fue en la muerte, es que tampoco la tuvieron en este tramo final de la vida. Es cruel, inasumible como sociedad. Para atemperar los calificativos que brotan de mi indignación, recurro a las palabras de un jurista de gran valía humana, Joaquim Bosch: «Morían en soledad multitud de personas ancianas en sus casas, sin asistencia, ante la indiferencia general. Ahora con el virus mueren por decenas en las residencias y esto debería ser aclarado». De hecho, ha sido denunciado a la Fiscalía.

Me sigo preguntando cómo se elige quién es más valioso para la vida. No se puede entrar en terrenos siquiera de si es más ventajosa para la comunidad una persona que cree, desde un puesto dirigente, que el coronavirus se contagia por las gomas de pelo fabricadas en China, como ha dicho la inefable Díaz Ayuso, que cualquier anciano

con ideas. Sería terrible en todo caso que se seleccionara la vida o la muerte incluso en criterios de lucidez o majadería. Lo que sí les digo es que la gerontofobia se ha extendido como virus social. Es un paso cualitativo peligrosísimo.

La selección de la especie que formuló Charles Darwin no implicaba la desaparición de los más débiles o no en el sentido que a veces se toma. Decía, de hecho, que el animal que sobrevive no es el más fuerte, ni el más listo, ni el más rápido, sino el que mejor se adapta. Sin duda la gente tóxica, la que prima el egoísmo, sobrevive bien en su estiércol. El mal se acomoda estupendamente —no sin cómplices— para sacar provecho hasta de las pandemias. Ataca para tapar sus culpas y en ciertos sustratos logra germinar.

Es cierto que la pandemia nos ha mostrado la solidaridad de mucha gente que no era tan visible. Y reconforta. Es un aval para después. Los aplausos, sin embargo, habrían de venir cargados de exigencias para que no vuelva a faltar lo más elemental ante una enfermedad de esta envergadura. En síntesis: menos himnos y «Arriba España» y más mascarillas y camas de UCI; más sanidad pública. Y dar más valor al trabajo de los científicos. Hay personas que no terminan de ver la relación. Peor aún, hay quien la disuade y sugiere otros caminos.

«¿Debe un 10% de la población poner en peligro la subsistencia del 90% restante? ¿No sería más razonable aislarlos y dejar que los jóvenes salgan a pelear por el conjunto de la nación?»[11] Ese es el debate que ha aflorado en Alemania, publica *El Mundo* a finales de marzo. Esa proclama, claramente nazi, no es mayoritaria en Alemania, en absoluto.

Por el contrario, Alemania ha vivido un episodio altamente revelador. Fue en febrero, cuando en apenas 24 horas el elegido presidente del *land* alemán de Turingia se vio obligado a dimitir. La reacción de Angela Merkel fue inmediata y contundente ante ese hecho. El liberal Thomas Kemmerich (FDP) había aceptado los votos de la ultraderechista Alternativa por Alemania (AfD) que sumó a los de la CDU de Merkel. La canciller no lo consintió. Era la primera vez que se rompía el cordón sanitario impuesto a los neonazis en el país que mejor los conoce. Supuso tal conmoción que miles de personas protestaron en las calles desde Hamburgo a Múnich. Fue «un mal día para la democracia», «imperdonable», dijo Merkel en Sudáfrica, donde se encontraba. Y desde allí solventó con energía el asunto. Un día después, la prestigiosa revista *Spiegel* habla de un golpe que ha afectado a la credibilidad del sistema democrático. «Incluso si el fantasma ha terminado por el momento, el daño sigue siendo inmenso», dice. Finalmente, había sido elegido el candidato de la izquierda Die Linke, Bodo Ramelow, nuevo presidente de Turingia por la abstención de la democristiana CDU.

Otros países como España, lejos de combatir a la ultraderecha, le abren la puerta de par en par. Por negligencia o por similitud ideológica o de intereses. Urge reconocer los síntomas de esta enfermedad invasora. La propaganda de los emisores y la ignorancia o mala fe de los receptores lo intentan dulcificar minimizando sus daños, más aún: contando supuestas bondades. Y en momentos de crisis es doblemente peligroso.

Vox, el partido de ultraderecha español que ha llevado 52 diputados al Congreso convirtiéndose en la tercera fuerza política, pone en Twitter una foto manipulada que utiliza sin permiso de su

autor en la que muestra féretros en la Gran Vía de Madrid que supuestamente oculta el Gobierno. Nunca la retiró. Unidas Podemos presenta en menos de una semana una segunda denuncia por otros dos bulos que juegan con imágenes falsas para lanzar un feroz ataque al Ejecutivo. Nada ocurre. Afines a la extrema derecha activan en las redes sociales una potente maquinaria de bulos sobre el covid-19. «La Policía cifra en más de un millón y medio las cuentas creadas en las redes para manipular la información sobre la pandemia», según detalla en *Infolibre* Alicia Gutiérrez. Algunas se desactivan y vuelven a surgir.

El periodista Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, llama la atención en un potente artículo titulado «Un hecho social total»[12], sobre «una guerra feroz entre diversas facciones para imponer un relato dominante sobre esta crisis. Lo que provoca una auténtica epidemia de *fake news* y de posverdades. La OMS ha definido este fenómeno como infodemia, pandemia de info-falsedades». Es otro de los virus que conviven con el covid-19 propagándose a enorme velocidad. «El deseo de sobreinformarse y el ansia de entender todo lo relacionado con la plaga han creado las condiciones para una tormenta perfecta de noticias tóxicas», añade Ramonet que aporta el dato de que «en algunos países el 88% de las personas que acudieron a las redes sociales para informarse sobre el SARS-CoV-2 —covid-19— fueron infectadas por *fake news*». Y está comprobado que «las noticias falsas se difunden diez veces más rápido que las verdaderas; y que, incluso desmentidas, sobreviven en las redes porque se siguen compartiendo sin ningún control».

Entretanto, al menos 9.444 profesionales sanitarios han dado positivo en coronavirus en nuestro país en esos días ya. Se han producido cuatro víctimas mortales. Entre ellas una médica de familia de veintiocho años que pasaba consulta en Mota del Cuervo (Cuenca). Era asmática. Las dolencias previas son determinantes para el agravamiento del coronavirus, aunque más entre personas de mayor edad. Hay también varias víctimas entre los miembros de los cuerpos de seguridad y fuerzas armadas. Ese final de marzo se anota el fallecimiento por coronavirus del teniente coronel Gayoso, jefe de los Grupos de Acción Rápida de la Guardia Civil. Una de sus últimas misiones fue la organización del dispositivo de confinamiento en Haro, un gran foco de la pandemia en los primeros momentos.

Es el turno de que otro político, García Albiol, abra la boca para achacar a Sánchez e Iglesias (que es uno de los cuatro vicepresidentes) la responsabilidad de las muertes por coronavirus. Miembro del PP, fue el alcalde que se publicitó en su día como el que iba a limpiar Badalona de inmigrantes. El fracaso de un pacto de las izquierdas lo ha convertido de nuevo en alcalde de la ciudad.

Hablábamos de las pestes medievales del siglo XIV. Tengamos presente, sin embargo, que tras ellas vino el Renacimiento, y el Humanismo y la Ilustración. El tremendo revulsivo que nos impacta, las fuerzas que cuecen en el fondo pueden saldarse de diversas formas. Incluso pueden ayudarnos a configurar una sociedad nueva en la que prime lo verdaderamente importante y sepa librarse de las malas hierbas. Porque, si no, tanto sufrimiento no habrá servido para lograr un futuro mejor.

La curva más dura

El 2 de abril, iniciada ya en España la paralización de actividades consideradas no esenciales, se registra el récord máximo de muertes en un día: 950. Se redondea la cifra de los 10.000 fallecidos y se sobrepasan los 100.000 casos de coronavirus confirmados. El día 10 de abril, ocho días después, vamos a tener, según cifras oficiales, 15.843 fallecidos y 157.000 casos. Un mes atrás tan solo —que parece una eternidad—, la víspera de ser decretado el covid-19 como pandemia por la OMS el 11 de marzo, España registraba 1.231 casos y treinta muertes.

Anunciada la suspensión de la actividad, vuelven las ácidas críticas políticas y mediáticas por haberla parado, por no haber avisado con tiempo, por lo que se permite y lo que no se permite, por el qué y el cómo. A añadir al resto de las objeciones del manual: que se pone en peligro la economía o que no se advirtió de la pandemia. «El decreto que paraliza la economía genera confusión y malestar», «Sánchez para España» —del verbo «detener», naturalmente—, «El parón brusco del consumo lleva a la deflación», «El encierro más duro contra el colapso sanitario», se expande en titulares por el quiosco. A salvo, por supuesto, de los medios que se limitan a contar los hechos.

Y así vamos de un «Sánchez y sus mamarrachos están causando un daño inadmisible a la salud de los españoles» a otro «Deben pagar

por su inaudita incompetencia». Creo que la próxima vez que haya una pandemia con miles de afectados y muertos deben consultar a directores de periódicos, a abogadas de solera, a constitucionalistas del artículo 2 (el que habla de la unidad de España) y a políticos con Máster del Universo antes de mover un dedo, me digo, porque representantes de todos ellos han protestado.

El periodista Juan Tortosa se preocupa, como yo misma, por las curiosas prioridades de TVE. «¿Por qué la comparecencia de un vicepresidente de Gobierno no se da en directo y en cambio sí se hace con las declaraciones del líder de la oposición, con cuyo despacho se conecta a las primeras de cambio aunque lo que tenga que decir no sea más que sembrar cizaña?»

Esta nueva prórroga incluye la Semana Santa, con días laborables que se convierten en festivos que recuperar para formar una de las más insólitas de la historia. No habrá procesiones, ni llanto por el mal tiempo —que eso sí permanece—, ni viajes, ni playas, ni atascos. Silencio. Confinamiento. El decreto del Gobierno reduce mucho la actividad pero evita un apagón económico total, con amplias excepciones por sectores, moratoria el lunes y un permiso general para mantener «actividad mínima indispensable» como un festivo. «Si encuentra el equilibrio óptimo, lo iremos viendo», escribe Arturo Puente, periodista de *eldiario.es*.

Las medidas complementarias son vistas igualmente con un pronóstico agorero por lo que podría considerarse *la oposición mediática*: «Iglesias se impone a Calviño e hipoteca la recuperación», portada especialmente ofensiva en *Abc*. «El Gobierno

prohíbe los despidos mientras dure la crisis.» «Creará paro.» «Aumentará el paro.» Completan el cuadro exhibido por sus colegas.

Hoy, como cada día, Pablo Casado, que multiplica su presencia en la calle muy lejos de todo confinamiento, hace declaraciones contra el Ejecutivo de Pedro Sánchez que recoge la prensa. Es día de cargar la responsabilidad de las muertes sobre Sánchez y obviar la gestión de Díaz Ayuso en el epicentro de la pandemia que es Madrid, incluso alabando su gestión. La pugna electoral del Partido Popular con el PSOE eleva a la Comunidad de Madrid a rival directo del Gobierno de España con una presidenta —en minoría electoral— que ostenta el cargo gracias al apoyo de Ciudadanos y Vox, lo que el periodista de *Ctxt* Gerardo Tecé bautizó como «el trifachito».

Los ciudadanos más permeables se resienten de ese bombardeo diario y constante. Ya ha estallado la guerra de las cacerolas a las 21.00, un día llegarán a querer tapar con ellas los aplausos al personal sanitario y cuantos nos ayudan. Un profesor de la Universidad de Zaragoza, Agustín Estrada Peña, les explica por carta lo que está ocurriendo. «Queridos conciudadanos de la cacerolada de las 9:00 PM», la titula, y solo la dedicatoria da idea de a quién se dirige, y quiénes son los alborotadores: «Pretendo escribir unas líneas a vosotros, los que hasta hace un mes erais expertos entrenadores de fútbol, a la par que avezados especialistas en mecánica de coches, y en las últimas semanas sois expertos en pandemias. A vosotros, quienes no tenéis ni idea de qué es R0 pero lo manejáis con soltura mientras la familia cena. A vosotros, que no sabéis distinguir entre letalidad y mortalidad, pero no os importa, porque lo verdaderamente serio es mostrar la indignación de la ciudadanía».

Vecinos. Calles. Barrios. Tan diferentes. Raquel Castro relata en *Ctxt.es* la vida y la muerte de su vecindario. Vive en Usera, Madrid. «En todas las plantas —dice— habitan mujeres viudas, que rondan los ochenta años y viven solas. Antes del coronavirus, salían a las compras y quedaban con las amigas. Ahora tienen miedo.»[13]. Explica Castro, cómo se están cuidando. Y uno de los relatos más impactantes de cómo han sido los entierros sumarísimos: «Pedro recibe las cenizas de Mari Tere una semana después de la muerte. Las recoge en compañía de sus hijas y traslada la urna en su coche hasta el cementerio».

El líder de la oposición portuguesa Rui Rio arrasa en las redes tras haber mantenido su mano tendida al Gobierno socialista de Costa. «No coopero con el Partido Socialista, coopero con el Gobierno del país», ha dicho. Incluso ha renunciado a la bajada de impuestos que pedía, como político de derechas. «Es casi imposible de cumplir. Lo que el país tenía ya no existe.» Y los admiradores de Portugal resucitamos el viejo ideal de una Iberia unida.

Y es como si cada día chocaran dos aviones de la máxima capacidad —un A380 y un B747 pongamos por caso— en uno de nuestros aeropuertos. Así llegan a describir algunos sanitarios el impacto de las muertes diarias que causa el coronavirus. Y además están los contagiados que precisan camas de intensivos y profesionales que les atiendan. Cuesta saber qué parte no se entiende de cómo está actuando el coronavirus: mata, arroja a una espantosa muerte en soledad por la saturación de los hospitales, traumatiza por fuera y por dentro hasta a quienes no lo padecen. Y llena de incertidumbres el futuro económico.

Las cifras son demoledoras, aunque pocos países las han llevado con rigor y no son concluyentes por completo. El miedo y el desconcierto son lógicos. Y en medio de ese panorama, la oposición sigue desplegando una campaña de tierra quemada que perjudica a todos. Como vimos desde el arranque del Gobierno en enero, ahora arreciando. Ante una pandemia mundial. Si otros países tuvieran semejante cerco, no podrían ni dedicarse a lo esencial. En esos momentos, dotar de medios y organización para la tarea de curar a los enfermos y atajar la expansión de la enfermedad. Y problemas, hay. La falta de medidas de protección y respiradores es común a numerosos países. Que se sepa entonces, en Lombardía les engañaron; a Díaz Ayuso la estafaron —cree—, tras pagar 23 millones de euros; al Gobierno español le dieron una partida de test defectuosos. Y solo Pedro Sánchez está en la diana

Por supuesto, en Pedro Sánchez recae, como presidente, la mayor responsabilidad y hay que exigirle soluciones y respuestas hasta donde la pandemia y el estado previo de nuestro país puede darlas. Incluso ayudarían medidas más radicales de contención. Eso fue lo que más funcionó en algunos países: Nueva Zelanda, por ejemplo. La primera ministra, Jacinta Ardern, una de las pocas políticas estrella de la crisis del coronavirus, decretó el confinamiento para toda la población durante un mes, con cierre total de fronteras. China fue realmente drástica con Wuhan. Solo se podía salir a comprar alimentos cada tres días y una sola persona de la casa. Es muy posible que mayor severidad en el confinamiento detuviese la epidemia más rápidamente. Aprendimos también a distinguir entre términos de los utilizados en el abordaje de la pandemia, como los

modelos teóricos de «eliminación» y «mitigación» del virus[14]. Siempre relacionando salud con repercusión económica. Se ha comprobado que funcionan para ralentizar la expansión la cuarentena, el distanciamiento social y el aislamiento de poblaciones infectadas. Más efectivas, cuanto más radicales, como hicieron en Wuhan. La mitigación se dirige a reducir el pico de infecciones, aplastando la curva para que no se produzcan colapsos en el sistema de salud y los enfermos dispongan del tratamiento que necesitan. Más rápida la «eliminación», con medidas más duras, pero obliga a grandes sacrificios personales, y se agrava el daño a la economía. Además, en algunos casos se pospone la reacción. Llegamos a verlo en Singapur. El estudio «El martillo y la danza», elaborado por el español Tomás Pueyo, ingeniero en Silicon Valley, con millones de visualizaciones, plantea tras la acción rápida y contundente de «el martillo», capear en «danza», con menores inconvenientes, y sí con test y controles, la etapa posterior de la pandemia[15].

En la misma línea, se han publicado excelentes trabajos sobre todo lo relacionado con el coronavirus. Ignacio Sánchez Cuenca fue el autor de uno en *Ctxt.es*, en el que analizaba las respuestas de los gobiernos en distintos países. «La comparación entre la reacción del Gobierno en Portugal y en el Reino Unido no puede ser más llamativa: el país luso introduce medidas muy rápidamente y la curva se aplana con bastante rapidez. En cambio, los británicos adoptan medidas muy tarde y su curva de contagios crece mucho más que la portuguesa»[16], mostraba Sánchez Cuenca. «La respuesta del Ejecutivo español no ha sido tan distinta a la de otros países europeos —añadía —. Estuvo demasiado “relajado” en un primer

momento, y luego dio un giro brusco y pasó de un nivel bajo de restricción a uno de los más altos de Europa.»

Sea como sea, en España todas las medidas, todas, suscitan el rechazo de la oposición. Es encantador escuchar en alguna televisión llamarlo «reproche», cuando suele ser lanzado a tiro de guadaña. Tenemos un grave problema en España con quienes ni hacen ni dejan hacer. La caza a la que está siendo sometido el presidente en un momento crítico de nuestra sociedad es alarmante. Ni los altos mandatarios que han dañado con sus decisiones a la sociedad, probadamente, han recibido un trato tan despiadado. Ni por asomo, de hecho. Desde Aznar, cuajado de errores trágicos (invasión de Irak, atentados del 11M, Yak-42, Prestige, burbuja inmobiliaria) a cuantos han robado, vendido, manipulado, engañado a los ciudadanos.

La historia viene de atrás. Suele suceder así. Cuando después de un cúmulo de zancadillas, Sánchez forma un gobierno progresista con un programa social, llega esta bomba del coronavirus de tan amplia onda expansiva. Tiene en ese momento a su mujer enferma, a una hija, a su madre y a su suegro, estos dos últimos hospitalizados. Al país traumatizado por cuanto ocurre, lleno de angustia. La cara se le cae a trozos en algunas comparecencias, y aguanta a pie firme, cada vez más solo —destacan algunos desde su silla— quizás porque quiera asumir la misión y sus consecuencias y quemarse en ella si es preciso. Y eso provoca otro tipo de críticas: no cuenta con los presidentes autonómicos, enfadados ya porque se enteran de las decisiones de calado por la prensa, dicen. Y lo primero es lo primero.

Sánchez aguanta. Recordemos que Rajoy —el especialista en resistir selectivamente — dejó su silla en el Congreso con el bolso de su vicepresidenta llenando el hueco cuando las vio mal dadas en la moción de censura y pasó horas en un restaurante. Ana Botella se refugió en un *spa* de lujo en Portugal cuando la tragedia del Madrid Arena. El trato a Pedro Sánchez es desalmado, cuando con seguridad no ha ocupado ningún cargo político para lucrarse como sí hacen otros. Y lo mismo cabría decir —en toda la extensión— de los brutales ataques que sufre la ministra Irene Montero y el vicepresidente Pablo Iglesias. José Antonio Zarzalejos titula en *El Confidencial* «Irene Montero y la mentira» un artículo de tal agresividad que otro periodista, Antonio Avendaño, escribe en su columna: «De su tesis se infiere algo tan moralmente repulsivo como que Fernando Simón es capaz de poner en riesgo la salud de su propio hijo solo por no desairar a una ministra»[17]. Muchas personas, dentro de las incertidumbres, están más tranquilas pensando que la gestión está en manos de personas decentes y tan capaces al menos como los de otros partidos, si es el caso.

Fernando Simón. Es un médico epidemiólogo, director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias del Ministerio de Sanidad, desde 2012, con el Gobierno del PP de Mariano Rajoy. En 2014, gestionó otra crisis epidémica: la del ébola. Ha trabajado en varios países de África, América Latina y Europa. Se especializó en enfermedades tropicales, malaria, sida y tuberculosis. Ha sido voluntario de Médicos del Mundo en Mozambique. Habla seis idiomas. Informa con rigor y serenidad de cuanto acontece con el coronavirus. Pues bien, también se ha convertido en objeto de las

dianas de la «oposición» y sus ejércitos descontrolados de agresores dialécticos. Otro dato para la historia de estos días.

Con Fernando Simón y su equipo se apostaba por la ciencia en el abordaje de la epidemia. Por las cifras —llenas además de tantos cambios y ausencias de datos— no se sabe tanto como con la trayectoria seguida. Y funcionó. La curva se doblegó. A partir de la primera semana de abril, la tasa de multiplicación del virus en España baja a 1,05 y se queda al borde de lo que llaman estabilización de la transmisión. Una primera meta de Sanidad era que la tasa R0 —la que mide el número de contagios que produce una persona afectada— fuera igual o menor a 1, gracias al confinamiento. Y no se da todavía porque varias comunidades se encuentran aún por encima de ese porcentaje. De ahí la media de 1,05 que, de cualquier modo, es positiva. Al principio de la expansión del coronavirus, cada uno contagiaba a 8 personas. Los ciudadanos estamos aprendiendo una serie de claves que cuesta asimilar. Llegará a estar en el 0,16 a últimos de abril, aunque sufrió a algunos repuntes y oscilaciones

Lo más terrible son esas acusaciones de las pérdidas económicas que se van a producir… con el decreto. ¿Con el decreto o con la pandemia? Numerosos países están deteniendo la actividad porque se trata —¿lo repetimos?— de salvar vidas humanas. Al ultraderechista presidente de Brasil tal minucia no le importa. El de Estados Unidos, Donald Trump, se da por satisfecho —hasta esos días de abril— si solo mueren cien mil o doscientos mil estadounidenses, lo dijo.

Son decisiones en extremo difíciles, pero las preguntas de fondo tocan los derechos humanos. ¿Los beneficios empresariales valen

más que la vida de seres humanos? ¿Quién decide de cuáles? ¿De los que no tienen acceso a UCI porque se esquilmaron los recursos de la sanidad pública para dar negocio a la empresa privada? Por supuesto que va a haber muchos daños, y paro, y pobreza. Consecuencia de la pandemia en primer lugar. Previsiblemente, cuando salgamos de esta, muchas actividades se recuperarán, aunque no todas ni en similar proporción. Y ahora mismo ¿hay algo que importe más que la vida de las personas?

Llama poderosamente la atención la frecuencia con la que se pregunta «de quién es la culpa». Como si adjudicarla nos devolviera a la vida a los muertos y el sosiego a los angustiados. Hay problemas a los que la ciencia no ha encontrado aún solución, cosa que no logran comprender en particular quienes más la desprecian. Y este caso no puede atribuirse, como otros, tanto a negligencias como a contexto. Una pandemia se ve sin duda afectada por el escenario de precariedad preexistente o por decisiones más o menos acertadas. Y esas son las varitas mágicas: ciencia, medios y acierto. Y si no se entiende es porque previamente se ha hecho una concienzuda labor de infantilización de la sociedad a través de la banalidad.

La culpa. Pablo Casado se ha lanzado a tumba abierta —tan apropiado el tópico— a su labor desestabilizadora. El líder de Vox vuelve a la carga: pide a Sánchez que dimita, se forme un Gobierno de «emergencia nacional» y se haga cargo el ejército de la logística. Esta derecha española que siente tan lejana la democracia. Vuelvo a recordar lo que escribíamos casi desde el principio algunos periodistas. En palabras del periodista Javier Valenzuela: «No quiero que el Gobierno de Sánchez e Iglesias se amilane lo más mínimo ante

el intenso bombardeo. Me gustaría que devolviera golpe por golpe. Dialéctica, política, institucional y judicialmente». No sabíamos que habría de lidiar con una pandemia, en esas condiciones de acoso.

La presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, manda a la brigada paracaidista a dejar la bandera de España a media asta en señal de luto en Ifema, mientras los sanitarios se desesperan dentro diciendo que ese caos no se parece en nada a un hospital. Como postura política: la caridad. Tras los destrozos del PP en la sanidad pública, Ayuso «abre una web para donaciones a la Sanidad a cambio de deducciones fiscales». Es decir, las rebajas de aquellos las pagan todos los ciudadanos por un privilegio encubierto. Una concepción medieval del poder. Esa que se prolongó en España durante siglos y que agradece al señorito lo que quiera darle sin un reparto justo de las cargas. Y la «prensa» mirando tan solo a La Moncloa. Un equipo compacto.

Frente al esfuerzo sobrehumano ya de los sanitarios y de tanta gente que nos cuida —desde las personas que en cada barrio están ayudando a quienes lo necesitan a llevar la compra o lo que precisen —, tenemos a las hienas desatadas por los pastores de la jauría. Elena, una médico de la zona norte de la Comunidad de Madrid, se asustó al constatar cómo su mensaje de haber caído infectada por el virus era utilizado para sembrar zozobra en la población y desestabilizar al Gobierno: fue replicado textualmente miles de veces para causar esa sensación. Y es la punta del iceberg. Lo de WhatsApp y los bulos, eso es ya el inframundo.

Los guías de opinión hablan a las claras o entre líneas. En *La Razón*, por ejemplo, cuyos responsables se asoman permanentemente a las pantallas de una televisión a menudo devastadora del criterio, tienen claro que Pedro Sánchez está «abocado al sacrificio político», dicen un día, y luego se inventan entrecomillados para promocionar el Gobierno de «unidad nacional» que busca la derecha y aquellos a quienes esta derecha española beneficia. Es agotador hasta recopilarlo.

En crónicas más elaboradas se compara el coronavirus de Sánchez con la crisis de 2008 que se llevó a Zapatero, y —pásmense— con «el *procés* —y la corrupción de su partido— que tumbaron al conservador Mariano Rajoy», como si hubieran llovido del cielo sin responsabilidad alguna de su presidencia. Demoledora esa ley del embudo que, en ocasiones, contagia a muchos más periodistas, ansiosos de buscar las críticas que equilibren en un remedo de objetividad desajustada.

Sobre el dolor y la muerte que produce el coronavirus se libra la batalla que siempre quisieron: fascismo o humanidad, irracionalidad o lógica. Viktor Orbán en Hungría ya ha terminado de demoler la democracia «por tiempo indefinido», tenemos el primer Estado totalitario oficial dentro de la Unión Europea tan remisa a actuar como Unión. A lo conocido se añaden otros escenarios. La pandemia llega ya a Latinoamérica con varios países que no tienen sanidad pública, como Chile desde Pinochet. La expansión puede ser enorme. Se cifran en tres mil millones de personas las que carecen de acceso fácil a agua corriente y jabón en el continente americano, Asia y África. Es un polvorín.

Una parte de la sociedad española reverdece en sus vicios. Hay quien se toma el confinamiento de otros como tarea propia. Se acumulan las denuncias en redes sociales de personas que son abucheadas por circular por la calle, a pesar de contar con justificación para ello. «Me han insultado y deseado la muerte por salir con mi hijo con autismo», declara una madre. Llegan al extremo de que haya que ponerse un lazo azul para librarse de los mamporreros del balcón.

La incertidumbre, el temor al ser humano que contagia, los vengadores de los balcones que incitan persecuciones, la policía que pega indebidamente, las libertades coartadas —con visos de temporalidad y por un bien se estima que superior— andan gestando «La tormenta perfecta de autoritarismo»[18], en palabras del sociólogo César Rendueles. Él dice que se crea «un escenario perfecto para una extrema derecha capaz de conjugar un programa económico posneoliberal con una gestión inteligente del rencor social y el miedo colectivo». Yo diría una gestión desaprensiva.

Los daños del coronavirus son inmensos, desproporcionados incluso a lo que en sí debería representar un virus. Han sacudido todos los cimientos. Hay un gran deseo en la sociedad de salir de este pozo pero también incertidumbre e impaciencia. Ha quedado absolutamente demostrado el fracaso del sistema neoliberal y hasta el posneoliberal. Los ciudadanos están viendo en sus carnes la importancia de tener un sistema público de salud fuerte que afronte embestidas como esta y las de todos los días. Ocurre en el mundo entero. En todos los continentes. Salvo en los que ya se están poniendo en los ojos el antifaz ultraderechista.

Bolsonaro en Brasil demuestra la irresponsabilidad de quienes hacen posible que llegue a candidato y a la presidencia alguien con un perfil como el suyo. Y la peligrosidad de quienes le eligen para poner en sus manos la gestión de un país. Por aquellos días, decreta la ley de la selva y el darwinismo social. Emite una orden para que los empresarios paguen durante cuatro meses lo que deseen a sus trabajadores, no necesariamente en dinero, y por negociación individual entre el contratante y el trabajador derogando los convenios colectivos.

En la crónica patética, el PP de un pueblo de Toledo pide retirar la «propaganda del 8M» porque «atenta contra la memoria de las víctimas del coronavirus».

No, no cabe ni más de lo mismo, ni mucho menos el más del fascismo. Sería decepcionante también que la maldad no tuviera siquiera condena social. Pero la respuesta depende de cuánto se quiera tragar lo que se inocula a través de todos los medios a su alcance y todas las escenografías.

Llegados a este punto, cuando es tanto lo que peligra, solo cabe la defensa y la afirmación. Cuesta ser corteses con los torpes y los listos que actúan contra nuestros intereses y hasta contra los suyos, interconectándonos en las redes sociales. O con los políticos que lanzan sus proclamas en los medios. Ahora están en juego nuestras vidas y las de nuestros seres queridos, ¿lo dije ya?, no dejaré de repetirlo para hoy y para cuanto quede y haya de venir. Nuestras vidas, las de nuestros seres queridos y las de quienes precisamente se esfuerzan por salvarnos. No podemos permitírselo.

Confinados

El 13 de abril regresan al trabajo algunas actividades «no esenciales» suspendidas durante los días precedentes que incluían la Semana Santa, pero la meta para acabar con el estado de alarma vuelve a ponerse en el 26 de abril. O más. La Semana Santa más atípica que se recuerde, marcada por el silencio, nos abocaba a una especial introspección. A prestar atención a las emociones. A ese torbellino desatado por una enfermedad devastadora que se extiende por el mundo. Desde la pérdida y la muerte a la pasión por vivir.

Nuestra vida ha cambiado sustancialmente, parece mentira que solo haya pasado un mes. Sabemos de la febril actividad en los hospitales salvando vidas e intentando detener el avance del virus. Somos conscientes de cuántos solventan la situación diaria, desde proveernos de alimentos a fármacos, en todos sus estadios, de cuántos están trabajando en primera línea. La mayoría permanecemos en casa. En un silencio extraño en las ciudades que se rompe por ocasionales sirenas de emergencia y por los aplausos de las ocho de la tarde. Los programas de televisión se hacen en buena parte desde los domicilios también. Sin maquillajes cuidados, con cámaras precarias.

La compra en los supermercados ha evolucionado de manera drástica. La mayor parte de los centros dispone una fila en el

exterior, marcada por la distancia reglamentaria de metro y medio como mínimo. Casi todos los clientes van con mascarilla. De todo tipo, hasta caseras. Personal encargado va dando paso al interior, en algunos casos dejando aflorar un escondido espíritu de guarda de la Stasi. Todo en un silencio inusual en España. Faltan a menudo productos. El desabastecimiento de papel higiénico ha dado paso al de lejía y desinfectante de manos. En poco tiempo también desaparecerá la levadura y la harina: media España se ha puesto a hacer pan y bizcochos. Es una peculiar sociedad que se mueve como por modas convenidas. En la calle apenas se ven sino a personas solas que pasean a sus perros. Hay un consumo masivo de televisión, de plataformas digitales sobre todo. Una amplísima oferta de películas. Algunas editoriales sacan *ebooks* gratuitos. Prima una especie de colaboración social para hacer el trance más llevadero. Ahora ya sabe la mayoría que toca vivir con la pandemia y colaborar para frenarla y no contagiarse.

Las noticias traen un aumento espectacular de los fallecimientos en España. Los expertos piden tiempo para relacionar si este enorme repunte de la mortalidad está relacionado directamente con la pandemia o no. Porque no se ha delimitado con claridad que ha habido muertos por el coronavirus, con el coronavirus y sin el coronavirus. La mortandad ha aumentado un 47% como media sobre los últimos años en España, según muestran los Registros Civiles.[19] Y no es achacable solo a la pandemia. La media se rompe por las dos Castillas, donde todavía ha subido más la mortalidad: entre el 155% y casi el 200%. Han caído sobre todo los mayores de setenta y cinco años, seguidos de los de sesenta y cinco en adelante. La sanidad pública está haciendo un esfuerzo sobrehumano a través de sus

profesionales, que suplen las carencias a las que la sometió la tijera del PP, pero la mayor parte de los esfuerzos van dedicados a atender la gravedad del coronavirus. En Madrid, Díaz Ayuso ha cerrado 46 centros de atención primaria, un sector esencial como remarcan en su protesta los propios profesionales. Por supuesto, se han suspendido las consultas de especialidades. La España vaciada también sufre serias carencias que viene arrastrando desde hace años.

Estamos viviendo la salud de una forma muy distinta, insisto. No se va al médico salvo para casos graves. Y las enfermedades no han desaparecido, menos aún las crónicas. Algunas se habrán agravado por la menor actividad física y la ansiedad. Me cuenta una enferma de cáncer que le han suspendido temporalmente las sesiones de quimioterapia. Clama el dato que aporta el departamento de Neurología: hay un descenso de un tercio en los ingresos por ictus. Ni con ictus van.

Para los más ancianos ha tenido que ser un golpe tremendo lo ocurrido en las residencias: las muertes y el abandono. La sensación que se ha transmitido desde los altos pilares de la economía neoliberal es que sobran por “improductivos”. No hay recursos si hemos de atender primero al lucro e incluso a la codicia. Todos estamos implicados en ese orden inhumano. A cualquier edad. Como seres humanos con sensibilidad y como posibles víctimas. De los que siguen considerando la «economía» un objetivo prioritario sobre las personas y las medidas sociales, un perjuicio para el desarrollo. Ahí estamos los sujetos a sus designios, evidenciados ya tan caducos,

frente a la realidad: un sistema público fuerte afronta mucho mejor impactos como una pandemia que el sálvese quien pueda.

Parados, en una carrera cuya meta se aleja una y otra vez. El coronavirus nos ha encerrado en casa. Ha dejado las calles básicamente vacías con aisladas muestras de actividad. Ha interpuesto un velo artificial entre el oxígeno del aire y nuestros pulmones. Sembrado de colas y guantes las tiendas para comprar alimentos. Cerrado los parques con vallas y cintas. No es fácil convivir con ese silencio opaco que se rompe en algunos momentos y no siempre para bien. Ni con la incertidumbre de una enfermedad desconocida sin tratamiento concluyente. Ni con las incógnitas que de ello se derivan. El abrumador número de datos que cada día nos llenan con estadísticas y porcentajes, tomados según criterios diversos, apenas nos permiten saber que los infectados, curados y muertos son todos los que están, pero que no están todos los que son. Y que la pandemia de coronavirus permanece muy viva. Aun así, el lunes 13 abril algunas actividades no esenciales volvieron al trabajo.

Y, a la vez, seguimos confinados. Parados, enclaustrados, en pisos amplios o de apenas cuatro paredes. En la calle o en chalets de lujo en la andaluza Marbella o en Valdáliga, Cantabria, lugares ambos donde tienen segunda residencia líderes de la derecha y extrema derecha. En hospitales para curarse y para curar. En lo que no es un hogar, encerradas muchas mujeres con sus maltratadores. En el hueco de una ausencia que ya no se cubrirá. En el rectángulo marcado en el suelo de un aparcamiento (véase Nevada, en Estados Unidos). En los campos de refugiados con media docena de grifos

para miles de personas. Hay pueblos, como en Sudáfrica, que hasta agradecen el canal torcido por el que les ha llegado el agua corriente que siempre necesitaron.

El trabajo, la forma de vida, los ingresos de hoy y de mañana son un tema esencial para borrar los nubarrones. Precisamos o tener actividad productiva o un respaldo económico provisional. O una mezcla de ambos. Las medidas adoptadas en ese sentido ayudan a una buena parte de la población. Aunque seguro que hay sectores a donde no llega la luz, si nos fijamos en esas calles con las persianas echadas, o en ventanas más arriba aguardando encargos.

No se ve igual salir a la calle y al riesgo desde un chalet en la costa que desde el hogar que no puede pagar facturas. Muchos en los trabajos esenciales ya han seguido a pie de obra todo el tiempo, no sin costo. Estados Unidos va por los 16.5 millones de parados en ese abril a un ritmo creciente por días, que además se quedan sin seguro médico en un daño para sí y para el resto al que pueden contagiar. A falta de eurobonos, la ayuda que la UE ha arbitrado finalmente de 540.000 millones de euros sacada con fórceps será útil aquí, en lo que toque para España. Aunque puede venir con contrapartida sin definir aún. Nada peor que la inseguridad para mirar al futuro y, aunque no puedan darse todas las certezas que se precisan, al menos algunas en las que apoyarse sí se necesitan.

La disyuntiva es tan dura que duele. Dudo que podamos vivir por largo tiempo en el silencio y la mascarilla. En los aplausos de la noche que ya tapan los gritos de la música estentórea y algún batir de cacerola fascista. Vox ha mandado acabar con ese agradecimiento a

los sanitarios para desestabilizar y sus seguidores obedecen. Àngels Martínez Castells,[20] economista, activista, comprometida siempre, había escrito en *ElNacional.cat*:

> Está bien saber, casi minuto a minuto, cómo evoluciona una curva de morbilidad, pero también ayuda a frenar su crecimiento limitar el estrés y el sufrimiento que debilitan las defensas. Seguramente muy al margen de criterios científicos, creo que el aplauso de afecto y solidaridad para el personal sanitario que resuena cada día, a las 8 de la noche, renueva energías, aumenta la eficacia de todo el equipo de protección, y hacen más impenetrables para los coronavirus las mascarillas y más suave el doble juego de guantes, y aleja más el material con el que se hacen las batas de aislamiento del de las bolsas de basura, cosidos robando horas de sueño.

Y ahora se acallan. Igual es que no se termina de ver en el coronavirus una pandemia terrible que ha enfermado a la sociedad de muchas formas, sobre todo a los que tenían patologías «sociales» previas.

Todo se para, menos ellos, la derecha. Ya avisaron. El 3 de enero, cuando quedaban apenas unos días para formar el gobierno progresista, Casado y Álvarez de Toledo mandaron a la sociedad prácticamente a una sublevación en las calles. La pandemia de coronavirus con todos los daños que ha traído les ha servido de más munición al tener a tanta gente con las defensas emocionales bajas.

El 3 de enero nuestra vida era completamente distinta a hoy. El futuro se podía planificar con los pasos y certidumbres que ahora han quedado en suspenso. Habrá otro mañana y se reconstruirá gran parte de lo derruido. Y de bases nuevas que se alumbran. Si nos dejan. Si queremos que nos dejen. Los que puedan. Todo sería más

fácil si se pudiera apelar al espíritu cívico, pero, aunque lo hay y con toda la grandeza, también convivimos con piedras de estulticia y maldad incrustadas en el camino.

En estos días terribles de lluvia y llanto, de encierro, de futuros nublados, de alegrías también nacidas de luchas y esfuerzos de quienes empiezan a levantar cabeza, los ciudadanos deberían tomar decisiones trascendentales. Colocar las soflamas en el contenedor marrón de las soflamas y pensar en cuestiones esenciales. Ojalá contáramos con una derecha española homologable, pero no la tenemos. De momento, vamos a ver si levantan el pie de los cuellos, doblemente angustiados por la virulenta explosión de mentiras y odio, lanzada sobre los ciudadanos. Habría que zafarse por cualquier método.

Es mucho e intenso lo que ocurre. Personalmente he visto convertido en fardo —que sale de mi edificio en una especie de carrito que podría servir para equipajes— el cuerpo que deja la única vida que tenemos y llevado en un furgón a las morgues de hielo que un día sirvieron para deslizarse en alegría. Fue muy impactante. Ocurre en ciudades saturadas, como Madrid. Añadir incertidumbres por intereses propios resulta de tan ruin, deleznable. Lo que está haciendo la extrema derecha española, que ya es toda la derecha, es inhumano, denigrante, bestial.

El confinamiento funciona, aunque tiene consecuencias. Va creciendo la ansiedad si no se racionaliza. Se agudiza la soledad de quienes viven solos. Y el temor a salir a la calle o al mismo ascensor de los contagios. Se nota el huir del otro como si todos fueran apestados. En Italia se han ido extinguiendo hasta los cantos de los

balcones. Y empiezan a aislar, ¡atención!, a los vecinos que trabajan en la sanidad. También está ocurriendo en India. País del que se muestran imágenes de personas fumigadas con chorros desinfectantes en el suelo. Pasa el tiempo y las reacciones van derivando. Mucho cuidado. En Portugal, los ciudadanos se apuntaron por propia iniciativa a prevenirse antes de que lo hiciera el Gobierno y las desviaciones no reciben ni multas, ni represión policial alguna como aquí. Con esto sí que hay que acabar en España, con algunas cargas improcedentes. Quizás hay demasiados justicieros de balcón que lo reclaman. Igual que en Italia, casualmente.

Ante una catástrofe como la de esta intensa pandemia, ayuda contar con gobiernos que piensen en los ciudadanos. Canadá pagará 1.300 euros mensuales a quienes hayan perdido su empleo por el coronavirus durante cuatro meses y Japón, 300.000 yenes (algo más de 2,500 euros) de una vez a los hogares más afectados. Ambos con gobiernos liberal conservadores. España se ha volcado en medidas de apoyo. El PP pide más… para las empresas. Como explicaba José Sanclemente, al final «esto no lo pagamos entre todos»: los fondos de inversión o los que eluden al fisco en paraísos fiscales contribuirán en menor medida. Y aun así se quejan.

Se siembra la idea desde algunos editoriales, columnas y tertulias, de que lo ideal es que se «concentren» el PSOE de los buenos chicos y chicas, sin nadie díscolo, con el PP que tiene derecho a «un trato que Sánchez no le dispensa», se llega a leer. No importa que el partido de Pablo Casado, a quien como siempre parecen preferir de

vicepresidente en lugar de Pablo Iglesias, se haya adscrito a la ultraderecha fascistoide, al apoyar a Orbán. Cuesta creer que un PP, con un dirigente que cada día evidencia cuál es su calidad humana, demostrable en la oposición que practica, sea bien visto para ese papel. Los españoles votaron a partidos progresistas con conciencia social y no encaja cambiar su voluntad, en defensa de no se sabe qué intereses.

«¿Es en esta oposición en la que tenemos que confiar para que tome el relevo? ¿O están pensando en una solución «militar, por supuesto»? Si, como algunos sospechan, está en marcha un golpe, ¿quién se encargaría de preocuparse por nuestra salud y nuestro bienestar?»[21], escribe Juan Tortosa en *Público*. Los programas de presunto debate amplían el mensaje. Tortosa insiste: «Quienes en estos días de confinamiento recurren a la tele como alivio de su ansiedad no merecen los torticeros discursos que profieren la mayoría de tertulianos con sus apocalípticos dictámenes». Y tiene tanta razón.

Si se pueden sacar conclusiones positivas de esta desgracia, vemos que en estos días tan duros hemos recuperado hasta viejas amistades, algunos han comprendido por fin qué es lo que importa. Los niños españoles y los que se comportan como tales han aprendido el valor de la responsabilidad, que no todo es un cuento de hadas y que de los problemas graves se sale mejor con colaboración, esfuerzo y honestidad. Hasta entendemos mejor la muerte y tenemos más ganas de vivir que nunca.

El coronavirus nos ha dejado con el esqueleto al aire

El confinamiento ha ralentizado los contagios, la curva se aplana. Aunque no basta por sí solo. Y ya hay intensos movimientos para retomar la actividad. Wuhan, el foco de la pandemia, se abre. Los edificios se iluminan y barcos y barcazas hacen sonar sus bocinas en el río Yangtsé. Y se viaja, tras setenta y seis días de haber echado el cierre a la ciudad. Los miras, en el reportaje de Mavi Doñate de TVE, y ves que son ciudadanos en libertad condicional de alguna manera. Hasta un bebé va con mascarilla, pasando controles varios. El camino es largo y aún queda mucho por andar.

En todos los terrenos queda un buen trecho. Las llamadas al 016, teléfono para denunciar la violencia de género, han aumentado más de un 47% durante el confinamiento. Y los bomberos de Madrid se han visto obligados a abrir un 50% más de puertas. Muchas veces para encontrar dentro personas muertas o enfermas. Son noticias del Telediario de TVE. Sabremos después que fueron 62 los ancianos que murieron solos en sus casas. Y sigue llegando el goteo de la terrible masacre en las residencias de ancianos, la mitad de los fallecidos con coronavirus lo han sido en estos centros. Más de 11.700 ancianos que vivían en geriátricos han muerto por coronavirus o con síntomas

compatibles. La respiración se corta al leer: «Un hombre de 76 años con coronavirus muere al precipitarse desde una ventana en una residencia» denunciada por familiares. En Alcobendas, Madrid. ¿Cómo «se precipitó»? En el cuerpo de la noticia dice que «la policía baraja la hipótesis de un suicidio».

El coronavirus nos ha sorprendido con las defensas bajas como país, un mal endémico de España. Han sido décadas, siglos tal vez, de pensar más en lemas y emblemas que en contenidos, más en el «Viva España» de corte populista que en el «Viva el progreso». Y cuando apenas arrancaba un proyecto de cambios innovadores, nos detiene —esperemos que transitoriamente— un golpe fatal que se lleva vidas, trabajos, y muchos de los avances conseguidos. Por primera vez, la Transición Ecológica contaba hasta con una vicepresidencia en el Gobierno. Lo primero es achicar el agua, atajar en cuanto sea posible los daños sufridos. Si nos dejan.

Cada día se constata que el coronavirus nos ha alcanzado al tiempo que sufríamos un brote virulento de esa vieja afección social que es la derecha española cuando se lanza a sacar provecho de cualquier zanja abierta, una pandemia atroz incluida. Inmisericordemente irreciclable por su persistente impunidad. La historia atestigua la labor de freno que han representado tradicionalmente esos poderes conservadores. Desde la Edad Media incluso, poniendo siempre por delante coronas, reliquias, inciensos y sacristía al impulso de la sociedad. Los imperios conquistados y perdidos, los tesoros volatilizados, mientras se daba al pueblo hambre e ignorancia. Acallando, de continuo, las voces innovadoras, pioneras en la

búsqueda de desarrollo y libertades. Hasta allí y más allá habría que ir para entendernos. Recordemos aquella frase hecha que dice que en España los gobiernos progresistas se cuentan por poco más que bienios y los conservadores, por décadas ominosas y aún centurias.

Y, sin embargo, siempre hay alguien que intenta sacar a España de esa trayectoria, preso de una especie de amor por lo que uno es y no le permiten terminar de ser. Tenemos desde Joaquín Costa y los regeneracionistas a cuantos lo intentaron antes y después. Antonio Machado lo resumió como nadie con su teoría de las dos Españas. Porque suelen aparecer también con angustiosa frecuencia quienes ansían cortar las alas a todo inicio de vuelto alto y a cualquier precio. Y en ello parece que andamos ahora a tenor de la feroz oposición que se desparrama en los medios como avanzadilla y en el propio Congreso de los Diputados. Gente muy curtida se queda horrorizada al oír las aberraciones que allí se dicen en las sesiones de control al Gobierno. Todas las técnicas goebbelianas funcionan así: acusar a otros de los propios fallos. Ofende la dignidad humana lo que estamos viendo en un momento tan grave. Mucha gente decente está sobrecogida tanto o más por ese virus maldito que por el coronavirus. Es muy preocupante que cabezas tan abotargadas, tan trastabilladas como se muestran, hayan llegado al Parlamento para ser la viva representación de varios millones de españoles.

La desinformación contribuye a ese clima de confusión y aun ignorancia. El 22 de abril, quien se apunta al bombardeo mediático es toda una agencia de prensa: Europa Press. Eleva a noticia un presunto sondeo de un instituto fantasma. El 67,9% de los españoles considera un «desastre» la gestión del Gobierno del coronavirus y suspende a Sánchez con un 3, según una encuesta del INEA, dice. El

tal instituto no tiene ni entradas en Internet, de hecho es su primer y único trabajo. Terminaremos sabiendo que las preguntas se hicieron por WhatsApp sin el menor rigor demoscópico. Nunca la retiró Europa Press de sus noticias, nada ocurrió con semejante bola. El runrún que queda.

Las previsiones del FMI para la España azotada como todo el mundo por la pandemia del coronavirus son particularmente negativas. Es cierto que el Fondo Monetario Internacional tiene a gala equivocarse en sus pronósticos, pero los análisis nos sitúan ante una trágica realidad: España tiene en el turismo y en los servicios su principal fuente económica. Y justo es lo que más queda dañado con un virus tan contagioso. Mil, doscientas mil veces, se ha dicho que no se podía cifrar todo en el turismo. Pero a la mentalidad conservadora en los gobiernos le resultaba más cómodo. Permítanme que les recuerde, como anécdota, que la máxima aspiración del Ayuntamiento de Madrid era construir la noria gigante más grande de Europa, empeño personal de la vicealcaldesa Villacís, el 4 de marzo, cuatro días antes del tan refregado 8 de marzo, y cuando legiones de capitanes *a posteriori* dijeron haber sabido del terrible alcance del coronavirus.

La realidad nos sitúa ante un país con carencias estructurales serias. El tejido industrial de España fue escaso desde el principio, a diferencia de Alemania, por ejemplo. Y aún quedó más mermado por la reconversión industrial de los ochenta y noventa. Nuestra economía sigue siendo de base más vulnerable que otras. Tenemos dependencia energética, además. Añadan las privatizaciones o la corrupción. Más adelante las eufemísticamente llamadas

«deslocalizaciones»: llevar el empleo a los países donde sus trabajadores cobran menos. Y eso que los sueldos españoles fueron constantemente «los más bajos de la Europa (de los 15) con Grecia y Portugal». La inversión social en España —lo que ellos llaman gasto — también estuvo siempre por debajo de la media europea. Las prioridades de las élites españolas estaban y están muy claras.

El turismo nos dio la vida, menos mal. El turismo y los servicios acaparan las principales aportaciones al PIB español. Y la construcción, en segundo lugar, para albergarlo y hacernos sentir propietarios, aunque durante todos los años de ingresar la cuota fueran los bancos los auténticos dueños, ¿van recordando? Porque España, con el amparo de sus gobiernos, decidió apostar por la vivienda como objeto de especulación en lugar de como bien social (al contrario de otros países como los nórdicos o Alemania). Y eso se paga. En dinero, también. Nueve millones de hogares se financiaron con hipotecas desde aquel fatídico 1998 —cuando el decreto de Aznar y Rato abrió la veda de la burbuja inmobiliaria— hasta 2007 —cuando explotó—. Hay veces que los errores vitales se arrastran y punto, pero, ante una pandemia que lo ataca todo, nos quedamos en el esqueleto. Y no se pueden ocultar.

Y para colmo, la crisis de 2008, la de la tijera implacable porque nos dijeron, ¿recuerdan?, que habíamos vivido por encima de nuestras posibilidades. Nuestras posibilidades de mantenerlos a cuerpo de rey. Van recordando, ¿verdad? Llegan los recortes. Los inició Rodríguez Zapatero en aquel furibundo ataque de la austeridad impartida por la Troika. Rajoy se dio un festín con ellos.

Los implementó nada más llegar al Gobierno. De las ciencia e investigación a la dependencia. El gran tijeretazo de 10.000 millones en Sanidad y Educación, anunciado mediante una nota de prensa sin más, no vino solo. Ambos departamentos acababan de sufrir mermas en los primeros PGE (Presupuestos Generales del Estado). En los de 2013, fue Sanidad el que registró mayor rebaja: un 22,6% más. Y así siguieron porque, en 2017, el Gobierno de Rajoy consiguió el mínimo histórico de inversión en Sanidad: un 5,8%, la primera vez que bajó del 6%. Zapatero en 2011 lo había dejado en el 6,47%. Las Comunidades Autónomas, con las competencias transferidas, hicieron su propia labor, la de Madrid en particular. ¿Sabían que la sanidad es la tercera gran fuente de ingresos del PIB español? Contando la pública y la privada. ¿Pueden imaginar a qué nivel llega el actual PP cuando niega que hubiera siquiera un recorte en Sanidad?

Todo esto ha pesado enormemente en los destrozos ocasionados por el coronavirus. Una de las principales causas de muerte ha sido la escasez de recursos. También para, ante la saturación por la avalancha, poder atender otras dolencias graves desplazadas por la pandemia. A modo de ejemplo, Madrid se quedó con 500 camas de UCI para 6 millones de personas.

Es curioso que desde Luis de Guindos, hoy vicepresidente del Banco Central Europeo (BCE), a destacados banqueros de la Reserva Federal de Estados Unidos pidan una renta mínima de supervivencia o «mantener a todos, hogares y empresas, enteros con el apoyo del Gobierno», y que la renta vital —la que llaman #paguita — en España

reciba críticas tan mezquinas. La ley del embudo es otra peculiaridad de ese sector.

Hemos ido recuperándonos, prosperando incluso, por el impulso de mentes bastante más abiertas —hasta de los que tuvieron que irse fuera «por la crisis»—. Nunca del todo, ni mucho menos todos. El bache social se ahondó, los ricos se hicieron más ricos y los pobres, más pobres. Ahora pasaría igual de mandar la derecha. Pero los tiempos cambian y hoy muchos ciudadanos viven y quieren vivir en el siglo XXI. Entendiendo qué nos pasaba y qué queríamos. Por encima de una propaganda infernal llegada por todos los altavoces de esa derecha que lastró a la España que tanto dicen querer y defender. Por eso se eligió una mayoría de progreso en las urnas, por cinco convocatorias consecutivas, que no ha dejado de recibir ataques.

Y llega el coronavirus y nos da de lleno con todos esos huecos en la despensa, con los cimientos resentidos a causa de cuantos chupan de ellos sin pensar en el resto. ¿Cómo creen que con esos antecedentes, lo bien que les ha ido y su falta de escrúpulos se lo van a perder? Lo peor es ese despliegue de insidias sin pensar ni en los enfermos, ¿les han oído lo que piden y preguntan en el Congreso la derecha y la ultraderecha? Produce tal sonrojo que lo hace irrepetible.

Cierre de fronteras, confinamiento, paralización de la actividad, sin futuro concreto de un tratamiento curativo; no hacía falta ser un experto para saber que el mundo se disponía a entrar en una recesión económica sin precedentes. Temporal, en principio. El FMI le ha puesto cifras y nombre —sin ellos no podemos vivir—: El Gran Cierre. España es uno de los países más afectados con una caída del 8% del PIB, que se reduciría a la mitad en 2021, y una subida del

paro hasta el 20,8%, según las estimaciones. Recordemos que con la crisis de 2008 —esta se quedó únicamente en fecha— subimos al 27%. Ahora toca atender a lo que se cuece bajo todos estos datos tremendos. Y estar alerta, como nunca lo estuvimos antes, por cuanto se juega en este envite.

Nos sentimos sobrecogidos por un mazazo imprevisto. De nuevo expuestos a «la doctrina del *shock*». La que se practicó de la mano de Milton Friedman, el padre de la escuela neoliberal de Chicago, quien argumentaba que «solo una crisis —real o así percibida— puede producir un auténtico cambio». La investigadora canadiense Naomi Klein lo explicó en su memorable libro del mismo título que, publicado en 2007, anticiparía lo que estaba próximo a suceder en el gran *crack* económico de 2008. Esas crisis de las que hablaba Friedman producirían los efectos deseados si se orientaban en la forma debida para aprovecharse de la fragilidad social ante una catástrofe. Y lo había corroborado.

Inmersos en uno de los momentos más críticos de la historia, con una mezcla de factores excepcional, todo aboca a tomar decisiones. Porque cada paso que demos hoy irá en una dirección u otra, marcando un camino que tardará en revertirse y condicionará nuestra vida. «Nos enfrentamos a elegir entre vigilancia totalitaria y empoderamiento ciudadano», escribía Yuval Harari (el acreditado autor de *Sapiens*), en uno de esos artículos que invitan a la reflexión, tan diferentes al guirigay adocenador de las tertulias televisivas.

Los nuevos fascismos tienen diferentes versiones y matices. España mantiene ese fascismo tosco y corrupto tradicional. Aunque utilizando todas las redes de la propaganda actual y un cuantioso

presupuesto. Recordemos el millón de euros que la fundación de Abascal ingresó en diez años en una cuenta opaca, o la financiación iraní admitida por ellos al ser publicada. Vox ha fagocitado a un PP sumido en la deriva por Pablo Casado y Cayetana Álvarez de Toledo. Con aspiraciones de poder a cualquier precio, esta derecha extrema practica una oposición delirante cargada de bulos y agresiones. Tiene su público. Uno capaz de engullir este paquete y hasta las barbaridades de algunos de sus miembros como decir que el Gobierno de Pedro Sánchez ha practicado la «eutanasia» en las residencias de ancianos. Sánchez denunciaría en el juzgado después a la diputada de Vox que hizo semejante acusación. Y precisamente sobre ese pozo negro de gestión a cargo o supervisión de ellos, de la triple derecha en gobiernos como la Comunidad de Madrid, con el aterrador balance de miles de ancianos muertos. No se puede ser más perverso. Hasta llegar a preguntarnos, como hacía el escritor Suso de Toro, de dónde procede esta gente, los líderes y —añado — sus seguidores, para llegar a estos extremos denigrantes. El problema es que la crisis sanitaria y económica existe y con estos especímenes poniendo zancadillas va a ser doblemente duro. Y no hay derecho.

El coronavirus ha «sorprendido» en el poder a una serie de dirigentes de corte similar a nuestros ultras. Bolsonaro anda, durante esos días, enloquecido por las calles de Brasil abrazando a sus seguidores y todos ellos sin medida de protección alguna, mientras militares están empezando a tomar el control en su lugar. La presidenta golpista de Bolivia deja la curación en manos de Dios. En Chile, el presidente Piñera declara —pueden oírlo— que ha incluido

en la lista de pacientes «recuperados» a los fallecidos porque «ya no contagian». El colmo está más arriba, en Estados Unidos, donde Donald Trump da evidentes muestras de estar noqueado. Por no hablar de casos dolorosamente pintorescos: el presidente de Turkmenistán, uno de esos «elegidos» por el 98% de la población, prohibió hablar del coronavirus y ordenó detener a cuantos lo hicieran.

Trump, el magnate llegado a presidente, no deja de atribuir a otros las consecuencias del virus que está azotando duramente al país que preside, tal como se podía prever al haber millones de estadounidenses sin cobertura médica y todos bajo la égida de las veleidades de Trump durante la pandemia. Cada cierto tiempo culpa a China de haber engañado al mundo o de haber producido el covid-19, que es uno de los bulos extendidos por el mundo. Sin ninguna prueba ni fundamento. Inculpa también a la Organización Mundial de la Salud (OMS), a la que, en abril, decide retirar los fondos norteamericanos que son base fundamental para su funcionamiento. La acusa de falsear datos y sobre todo de favorecer a China. Expertos y líderes mundiales se echan las manos a la cabeza. Desde Alemania a la propia China y a Rusia, sus dirigentes se pronuncian contra la inoportunidad del momento y sobre la necesidad de ese organismo de coordinación. Desde África también se brinda apoyo a la OMS. El presidente de la Comisión de la Unión Africana se declara sorprendido y asegura que «la atención debe seguir centrada en la lucha colectiva contra el covid-19 como una comunidad mundial unida». Todavía quedaba, al parecer, quien se asombrara por lo que hace Trump. Y quienes creyeran, o así lo dijeran para animarse, en esa unidad mundial.

Se había acabado previamente la cooperación internacional. La crisis del coronavirus ha demostrado muchas cosas, entre ellas el fracaso de los nacionalismos proteccionistas del tipo que impulsaba Estados Unidos como primera potencia. Y ahora se dilucida «quién se hará con el liderazgo del mundo posterior al virus, China o Estados Unidos». Es Patrick Wintour, editor diplomático de *The Guardian*, quien así lo plantea, para concluir que la batalla la está ganando Oriente: «estados asiáticos como Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur, de mentalidad autoritaria derivada de su tradición cultural basada en el confucionismo. Sus habitantes son menos dados a la rebelión y más obedientes que en Europa».

La tendencia autoritaria ya se advierte en las medidas de control social impuestas en muchos otros países, en principio por la enfermedad. En todo el mundo, pocos se salvan. Google y Apple ya tienen organizado un seguimiento telemático… del coronavirus. Perdiendo privacidad. La doctrina del *shock*, presunta seguridad a cambio de libertades. Son compañías norteamericanas. Probablemente, sin Trump, que es ya un estorbo para todo, no se haría China con esa hegemonía y no se puede olvidar el enorme poder que ostentan ambas empresas tecnológicas. A esos niveles se está moviendo el mundo. Lo seguro es que Europa pierde como tal, incrementa la deriva a la que la ha llevado una Unión Europea inoperante que sigue sin admitir lo que el club formado le exige en momentos como este.

Por países va siendo distinto. Portugal está dando una lección impagable de cooperación y democracia entre sus fuerzas políticas. Y lo cierto es que hasta Macron en Francia o Merkel en Alemania

ponen ya en valor el papel del Estado desde ideologías conservadoras. El Gobierno español lo intenta, con esa fuerte oposición que conocemos, que parece influir en alguna medida menos decidida que otros países. Una renta básica o similar ya se ha implantado fuera, hasta con gobiernos de la derecha, mientras aquí la que propuso Unidas Podemos desde el primer momento dilata algo más su aprobación. De cualquier modo, los decretos han sido en ayuda de los más perjudicados. Conte en Italia también lo ha hecho. Y ha desactivado en buena medida, según leo, por la enorme popularidad que ha alcanzado durante la crisis, al fascista Matteo Salvini, lo que no se consigue aquí. Quizás por el apoyo mediático que tiene la ultraderecha —toda la derecha— o las peculiaridades de un sector de la sociedad española.

Las grandes fechas van pasando con celebraciones restringidas. El 25 de abril Portugal canta, esta vez solo por las ventanas, el *Grândola, vila morena*, la canción de José Afonso que el 25 de abril de 1974 marcó el inicio de la Revolución de los Claveles. Aquel hito inigualable de tumbar con flores una dictadura. Italia celebra el 75.º aniversario de la liberación del fascismo también. Y corearán el *Bella Ciao*.

Las cacerolas contra el Gobierno empiezan a adquirir cierta intensidad en algunos barrios. «Cuando reflexionemos sobre el siglo XX —escribió Martín Luther King— no nos parecerá lo más grave las fechorías de los malvados, sino el escandaloso silencio de las buenas personas», recuerdo en Twitter. En el XXI votan fascismo y hacen sonar sus cencerros a las 21.00.

La cifra diaria de fallecidos con coronavirus desciende hasta los 367 el día 27 de abril, el registro más bajo desde el 21 de marzo. Se va

confirmando esa tendencia a la baja en las defunciones. Madrid anota 64 muertos, muy lejos de cifras anteriores. Catalunya se mantiene aún en 133. Ha habido 35 en Castilla La Mancha, 24 en Castilla y León, nadie en Canarias y Melilla. Uno únicamente en Cantabria, Murcia y Navarra, a modo de ejemplo. Los baremos empleados varían, los tiempos en periodos computados que llegan al Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias del Ministerio de Sanidad también, pero resulta orientativo de cómo van las cosas. Así han venido funcionando los balances en la inmensa mayoría de los países.

Es un día, uno cualquiera, en el que el número de casos confirmados en todo el mundo sobrepasa ya los tres millones, un tercio de ellos en Estados Unidos. Si lo pensamos, son unos tres mil millones los que viven en condiciones de precariedad máxima en el mundo, con cuanto implica. Con el covid-19 han muerto 200.000 personas. Busco los muertos por el hambre, según organismos internacionales: 24.000 al día. En los dos últimos meses que llevamos sufriendo de cerca la pandemia, habrán sucumbido por hambre 1.440.000 seres humanos, el 75% de ellos niños. Pero estas cifras nunca nos sirvieron, no para estremecer a la mayoría. La mente humana funciona así.

El mismo mapa hace algo menos de un mes atrás, el 30 de marzo, marca una diferencia espectacular, expresión gráfica de la envergadura de la enfermedad a la que nos enfrentamos. 750.000 casos, 35.000 muertos. El coronavirus mata, y enferma, y destruye. Las víctimas se han incrementado, entre otros factores, por los colapsos de los sistemas sanitarios que, en buena parte desmantelados por el neoliberalismo, no estaban preparados para

una pandemia. La destrucción vino como consecuencia. Aunque otra de las causas que ha influido notablemente ha sido la movilidad geográfica, como se demostró al cabo de algunas semanas. «El virus no se mueve, lo movemos nosotros», se dijo, y así se confirmó. Alberto Hernando de Castro, doctor en Física por la Universidad de Barcelona, puso como ejemplo Madrid, cifra alta de población y alta movilidad; «Si por cada provincia comparamos el pico de la mortalidad por covid-19 con el número de visitantes cruzados per cápita entre la provincia y Madrid una semana antes (previo al estado de alarma), encontramos una correlación directa. Un análisis multivariante nos dice que el 76% del pico de mortalidad se explica a partir de la movilidad entre cada provincia con Madrid y su ratio con la población local»[22], sostenía.

Paralizar la actividad ha detenido, sin embargo, el avance de la pandemia, que hubiera sido todavía mayor, exponencialmente mayor. Pero se demuestra que es difícil vivir confinado. La suspensión de la actividad económica tiene ya consecuencias muy negativas y se prevén mayores. La cotización por debajo de cero, por primera vez en la historia, del barril de petróleo norteamericano o los 20 dólares del Brent son un símbolo explícito de la parálisis. No hay espacio para almacenar el sobrante. La agricultura, entre tanto, no encuentra manos para recoger las cosechas porque todavía rige la misma ley de oferta y demanda. Un caos.

Recordemos una vez más que no ha habido ni mascarillas ni guantes, siquiera para protegerse, porque tampoco se pensó en ello. Y que proveedores, básicamente chinos, han engañado a los gobiernos desde España a Portugal, desde Holanda a Francia. No enviando los pedidos, o mandando productos defectuosos, también

en los test. Ha habido pirateo de materiales, robados en el tránsito, y la puja en los aeropuertos del que paga más por lo ya contratado por otros. La América grande de Trump lo ha hecho, según se ha informado. Este es el precioso mundo que tenemos. Que conservar, según quieren sus beneficiarios.

Confinados en casa, acechados por temores de supervivencia en la salud y en la pobreza, cada vez son más ciudadanos los que perciben cuán necesario era disponer de un sistema de sanidad pública fuerte que el neoliberalismo hegemónico desde 1989 desmanteló. Resulta que nuestra salud era un negocio. Se ha constatado ahora, en algunos países en sus propias carnes, que curar enfermedades «caras» no está al alcance de los salarios de cualquiera. También se tocó la educación —y con más hondo alcance ideológico— y otros servicios públicos. Las carencias en los sistemas sanitarios han sido decisivas en el abordaje de la pandemia. Lo vistan como lo vistan, es la realidad.

De repente, millones de personas han caído en la cuenta de que los profesionales más necesarios son los especialistas en todas las ramas de la medicina, en cuidados y protección, en servicios elementales. Algunas de las profesiones menos valoradas y peor pagadas han pasado a ser imprescindibles. De repente, los héroes son los sanitarios, productores de alimentos, transportistas, empleados de supermercado y toda la lista que se ha hecho visible en su esfuerzo, y no los famosos varios, ni todos los especializados en predecir el pasado. Desde luego, no los bufones de medio pelo al servicio del más de lo mismo, que sobresalen en el periodismo que ha hecho de todo un espectáculo.

«Ahora sabemos que, sin el sentido de la comunidad activado, sin servicios públicos fuertes, sin el trabajo de quien cura, limpia o distribuye alimentos, no tenemos ninguna posibilidad como especie. Cuando todo termine, será imposible que no quede en el recuerdo colectivo que, cuando las cosas se pusieron más feas, quienes estuvieron ahí fueron los hospitales, fue la responsabilidad colectiva de quedarnos en casa, fueron las limpiadoras y enfermeras acudiendo a sus puestos de trabajo»[23], escribía Gerardo Tecé, en *Ctxt.es*.

Puede ocurrir, sin duda, un regreso al timo de 2008. Es la situación más similar por el destrozo económico. Superado el primer susto por el desastre económico al que la crisis del capitalismo había llevado al mundo, los líderes mundiales formaron el G20 ampliando el G8 para buscar soluciones. «Vamos a refundar el capitalismo», dijo Sarkozy desde Francia. «Ha llegado el principio del fin de los paraísos fiscales», anunció Zapatero con su sempiterna buena voluntad. Luego lo pensaron mejor, particularmente Merkel y Sarkozy, y decidieron que mejor se las compusiera cada uno como pudiera y que era hora de usar la tijera con los ciudadanos para que fuéramos nosotros, los ciudadanos, quienes pagáramos sus facturas. Y lo hicimos apenas sin rechistar. El 15M en España fue esplendorosa excepción. Algunas primaveras, agostadas después, también.

Volver a lo mismo no sería exactamente al punto de hace dos meses siquiera, sería con mayores controles y más pérdida de libertad. Es otra de las fases de la doctrina del *shock*. Mucha gente lo acepta sin saber que tampoco gana seguridad. Recuerden el 11S, hubo un espectacular aumento del militarismo y de leyes represivas.

Y, fíjense, casualmente y por el contrario, fue el auténtico despegue del terrorismo.

Pocas veces ha estado más claro en nuestras vidas el camino que hay que tomar, el signo del camino que hay que tomar, al menos. Debemos ocuparnos de lo que constituye nuestro objetivo existencial. El capitalismo feroz es un fracaso, constatado hasta por el escaso equipamiento del que disponía para afrontar algo como un virus. Con las transacciones financieras no se combate la enfermedad. Ni se vive sin respirar aire limpio. Ni con las incertidumbres que estamos padeciendo. Es una sociedad para los ciudadanos lo que se precisa, donde pagar impuestos —recabados y distribuidos con justicia— sirva para cubrir las necesidades esenciales. Y no para subvencionar parásitos que terminan yendo en contra de ese bien común. Ni para dejar el Estado limitado a las fuerzas de seguridad como preconiza la ultraderecha, con el fin de que a su mando controlen las protestas.

Hay que insistir en lo largo que es el camino aún por recorrer, una carrera de fondo. Que sea hacia un futuro mejor, que el dolor padecido nos sirva para llevarnos a la luz depende en buena medida de nuestras decisiones de hoy. Porque hay muchos dispuestos a impedirlo.

La pandemia de coronavirus no es una guerra. La periodista Olga Rodríguez explica la diferencia: «Una guerra destruye fábricas, edificios, alumbrados públicos, carreteras, hospitales, casas, etc., y, sin embargo, bastará poder salir de nuestros hogares para comprobar que todo eso sigue en pie». No es una guerra, pero sí lo son algunas de sus reacciones. Asistimos a presiones, con individuos

armados, para que se reanude la actividad. En Brasil y Estados Unidos, países en los que los botarates violentos están perfectamente representados por sus gobiernos. No así el resto. «*Apavorados*», dicen en portugués brasileño, en una palabra enormemente descriptiva. Con motivo.

Aquí, en España, el silencio se rompe por los graznidos de los cuervos que salen a aprovecharse de la pandemia. Por los que aporrean su ira indiscriminada contra una cazuela o los que intentan aplacar su miedo con amuletos como banderas e himnos patrióticos. Todos del mismo sector. También los hay, demasiados, que solo esperan a ver por dónde escampa. Muy tocados por el dolor y la desesperanza.

Necesitamos salir a la calle y en libertad. Hemos visto, en vídeos, represiones policiales impropias a personas tratadas como delincuentes por vulnerar el confinamiento. No son admisibles ni tal número de multas ni su cuantía (llegaron a siete mil los detenidos, y a un millón las propuestas de sanción). Controles a la libertad individual obligados, lo mínimo ni aun en aras de la salud. Delitos, ni uno. Una directriz del Ministerio del Interior genera enorme alboroto al hablar de un seguimiento de los bulos contra la acción del Gobierno. Errónea, aunque probablemente mal esbozada, porque el problema es otro: todo bulo es inadmisible, venga de donde venga y vaya contra quien vaya. La desviación ética que se está imponiendo los cuela como libertad de expresión y para nada lo son. Si se pueden considerar delitos, como dicen los juristas no contaminados, hay que ponerles freno drástico. Los bulos y la desinformación son armas de guerra contra la sociedad. «Queda muy bien decir que las mentiras se combaten con la verdad, el problema es que ellos invierten

millones, cuentan con altavoces mediáticos… mientras la verdad en demasiados sitios no tiene ningún valor», suele decir Olga Rodríguez.

La derecha española está detrás. Esa maldita mochila facha que lastra secularmente nuestro progreso. Política sucia, indisimulados voceros mediáticos, y esos poderes en la sombra del dinero avaro, las sotanas y las togas. Echamos de menos que actúe el Gobierno, con ayuda de los instrumentos legítimos de los que dispone, con el runrún del golpe. Y que la sociedad decente deje de prestar oídos a los agitadores, esos jubilados de la ética curtidos en la soberbia y el odio.

Solo una sociedad desmemoriada y muy poco exigente permitiría la desfachatez de un PP que pretende dar lecciones, habiendo sido quien, con su «Ley 15/97 de nuevas formas de gestión, fue la raíz más fuerte del deterioro de la sanidad pública», como recuerda Àngels Martínez Castells, aprobada eso sí con un amplio consenso. Hoy el gasto sanitario de España por habitante es un 81% menor que el de Alemania. Ellos disponen de 800 camas de hospital por 100.000 habitantes y nuestra sanidad de 300 camas. Sería muy conveniente dejar de hacerles el juego medios y periodistas si de verdad buscan el derecho a la información de los ciudadanos. Extremar el criterio periodístico en los medios dignos. Deben dar noticias, no cuotas de partidos y propaganda sin contrastar.

Si hay una guerra es esta. Aquí y fuera, la que pone el sacar tajada por encima de todo, hasta del dolor de una pandemia. Son los que están provocando una continua ansiedad a una ciudadanía golpeada. Por ellos se soporta peor el confinamiento y se ve más negro el futuro. Actúen contra sus delitos, si así los considera la justicia.

La batalla se libra cada día, palabra a palabra, plano a plano, bulo a bulo, razón a razón. Lo cierto es que, conmocionados por un brutal choque, volvemos —porque no es la primera vez— a estar extremadamente vulnerables para ser usados. Aunque también mucho más conscientes de lo que ocurre, por qué ocurre y qué es lo que realmente importa. En España podría darse el caso de que el descontento favoreciera las aspiraciones de los principales causantes de las carencias previas, quienes, sin el menor escrúpulo, procuran acentuar la angustia social para recoger esos amargos frutos. El desenlace sería el más ilógico.

Las más afamadas novelas y películas de ciencia ficción sobre el futuro nos muestran el fin de la civilización que conocimos sustituida por estados de atroz degradación. Las distopías del siglo XX se están cumpliendo desde hace tiempo. Han pervertido el significado de palabras como libertad, democracia o periodismo, en línea a lo anticipado por la neolengua de Orwell. Su Gran Hermano nos vigila hasta el pensamiento. Y la ignorancia habrá borrado su origen hasta creer que es solo un programa de televisión. Los epsilones de Aldous Huxley son hilos conductores de todas las patrañas que quieran difundir. Ya hay mandos de Gilead que usan la mentira para cambiar el orden mundial y oprimir en particular a las mujeres.

Resulta que *El planeta de los simios* no estaba en lejanas galaxias, sino que se había edificado sobre el fracaso de la civilización humana, mientras el símbolo de la libertad yacía roto en una playa. El progreso sucumbió ante la fuerza oscura. No paro de recordar estos días, mirando por la ventana de cristales o las que se abren a los medios y a las redes sociales, *La máquina del tiempo* de Herbert

George Wells. Concretamente ese mundo del año 802701 al que llega en su viaje un científico del siglo XIX. La vida aparente son los Eloi que habitan la superficie, sanos, guapos y tontos, juegan y se aman todo el día. En el subterráneo están los triunfadores de las crisis perpetuas: los Morlocks. En las noches sin luna, salen de cacería. Su alimento son los Eloi, que saben que han de esconderse muertos de miedo cuando sus vecinos tienen hambre y que de vez en cuando caerá inexorablemente alguno.

Nuestra civilización se encuentra en el camino errático, sin duda. Puede salir de esta devastadora crisis con propósito de enmienda, de construir un mundo respirable y vivible para todos o puede caer en el abismo que previó la literatura a través de los indicios.

Desconfinamiento, desescalada

La terminología de la pandemia tiene su propio léxico. Primero aprendimos y practicamos el confinamiento, después el desconfinamiento. Los primeros en salir son los niños. El domingo 26 de abril. Acompañados de un adulto y todas las medidas de precaución previstas. Algunos tienen miedo, pocos. Hay una diferencia radical entre la prudencia y el miedo, dos actitudes tan diferentes que una implica una posición de atención activa y la otra paraliza y aun retrae. Salen pues los niños como si lo hicieran de la madriguera y entra en desaliento un nutrido grupo de adultos al no ver vía inmediata de dejarla por unas horas.

Los mayores también lo necesitamos. «Muchos de nosotros padecemos achaques para los que nuestros médicos nos han recomendado una o dos horas de paseo diario. Llevamos más de cinco semanas sin hacerlo, lo que me temo que pueda traducirse en un agravamiento serio de bastantes patologías»[24], escribía el periodista Javier Valenzuela. Como yo misma, a lo que tenemos miedo no es a salir a la calle protegidos, es a la corriente que busca confinar a los mayores de sesenta o sesenta y cinco años en adelante mucho más tiempo que al resto. Macron y Merkel se oponen. No se puede añadir mucho más confinamiento, con cuanto implica, a la sensación que queda del aberrante balance de muertes en residencias

de ancianos, en varios países, además de en España. ¿Cómo se puede dar a personas en el último tramo de la vida el horizonte de quedarse en casa, resintiéndose a muy diferentes niveles, y viendo la calle desde la ventana?

A cuenta de miles y miles de vidas que se han quedado por el camino, hemos ido aprendiendo a pensar como adultos, algunos al menos. Un tanto desarbolados desde que, por salud, nos prohibieron abrazarnos. Una suerte de primavera tardía empieza para nosotros cuando se nos permite salir a pasear. Nos tiramos a la calle con avidez, como pocas veces se ha visto. Multitud de personas buscando salud y sol. Ha habido demasiada lluvia, demasiadas nubes sobre todo. Salimos a respirar en las ciudades ese aire limpio que huele a pueblo y llenarnos los pulmones y empezar a sanar de lo que no es coronavirus. Pero no todos con la misma actitud.

Lo peor es que el coronavirus ha caído sobre una sociedad sujeta a una profunda tarea de infantilización y frivolidad que ha calado en sectores amplios y decisivos. Capaces de llevar al poder a gente como Donald Trump, cuya última ocurrencia es que los enfermos se inyecten desinfectante para curarse del coronavirus. En Estados Unidos se temía afrontar la pandemia con un presidente anticiencia. Los desinfectantes en vena pueden causar una masacre. No llega a tanto, pero sí se producen numerosos ingresos en hospitales por personas que han seguido las indicaciones de su presidente.

Nuevos ídolos plantean delirantes soluciones a los problemas. España, y medio mundo, acapara papel higiénico y luego alcohol y ajos. Acentúan el uso de amuletos rojigualdas colgados en ventanas y balcones. Siguen a políticos denostadores de la razón y hasta de la ética a la vista de sus declaraciones. Prestan atención todavía a

grandes símbolos de la decadencia moral de la política, jarrones chinos cuarteados que alzan sus voces autoritarias como desde el fondo de una caverna.

Buena parte de la derecha quiere acabar con el confinamiento y con el estado de alarma. Y el aparato empieza a trabajar para crear ambiente. Una irresponsable portada de *Abc* aplaude el «desbordar las reglas» y salir en amasijo niños, padres y todo el que quiso. La portada es una foto manipulada. La libertad de enfermar o matar a los demás para fastidiar al Gobierno.

Y nos sirven otro informe falso. El «informe independiente» que ha enarbolado Pablo Casado en el Congreso y que sitúa a España como el peor gestor de la crisis no existe: es un texto del gerente de una asociación de contables australianos. Vox debe tener el mismo proveedor de bulos. Ambos se han dado un auténtico festín de mentir. Sin consecuencias.

Y es que las sesiones de control al Gobierno han alcanzado ya niveles de sonrojo a estas alturas de la pandemia. En la del 22 de abril, Pablo Casado se arranca para despedir su intervención con un mitin electoral: «Quiero acabar dándoles un mensaje de esperanza a todos los españoles. Decirles que hay luz al final del túnel del que su Gobierno no sabe salir. Del que no solo se sale confinado en casa oyendo música. Esta crisis se la tiene que afrontar con medidas eficaces», dice sin explicar cuáles propone. Se dirige después a «la generación de los mayores con los que este virus se ensaña, la generación que hizo la Transición»... Casado pide «la máxima severidad para aquellos responsables públicos que les han discriminado en la atención sanitaria que es algo completamente indecente». Es decir, siendo las residencias de ancianos donde más

se ha notado esa carencia a la que alude y transferida su competencia a las comunidades autónomas, está calificando a varios dirigentes del PP. A Díaz Ayuso en particular, dado que Madrid ha sido récord en esa lacra. No para ahí el orador. También quiere dirigirse a los jóvenes «que apenas han conocido los tiempos buenos de España». Con su partido se supone. Y alude al empleo. Rajoy dejó el tramo juvenil en el 39.5% a pesar del enorme éxodo laboral que se produjo en ese periodo. Y, les confieso, ya no pude seguir oyendo más.

La incesante actividad de los líderes del PP en tiempos de confinamiento chirría, aunque es más objeto de chanza en las redes que de crítica seria. Ayuso defiende los menús de Telepizza que ha servido a niños vulnerables en Madrid y que han sido muy criticados diciendo: «Yo juraría que a la mayoría les encantan». Ayuso cierra el hospital provisional situado en Ifema, la feria de congresos, entre una multitud de gente apretada sin guardar el distanciamiento requerido y subiéndose a una camioneta que sirve calamares fritos para repartir bocadillos. Al día siguiente, iniciada una investigación de la Fiscalía pidió perdón diciendo que es «muy humana». Acaba de despedir a los sanitarios contratados por la emergencia del coronavirus que cobraban 1.000 euros al mes.

Pablo Casado, entretanto, se fue a visitar con mascarilla una granja de ovejas y dejó para la posteridad su imagen en solitario contemplando el ganado. Se fotografió pensativo en un lavabo con el grifo abierto. Y finalmente pasó revista, con mascarilla, el 2 de mayo, a la sociedad civil: personal sanitario, profesores, científicos, policía y bomberos, artistas, deportistas que posaban firmes… en una de las escenas más hirientes para su dignidad o la de quienes lo contemplábamos.

Desde la prensa se apoya. *Abc* titula una noticia: «Iglesias acusa a Vox de representar la "inmundicia" para evitar hablar de los 15.000 ancianos fallecidos». Esto está pasando en España al tiempo que sufrimos, como las sociedades de tantos países, una terrible pandemia que mantiene en los hospitales a enfermos luchando por su vida. Y que ha dejado morir sin familias —una persona autorizada en Ifema — y enterrado en ceremonias sumarias, con tres familiares, a miles de personas. La masificación y el carácter contagioso del virus labraron esa mezcla terrible. Por lo que oímos, nunca les faltó la mano y el calor de un profesional de la sanidad en el difícil trance.

Esta escandalosa conducta surge a la vez que una exclusiva de *eldiario.es*. Fátima Caballero da cuenta de que una residencia donde murieron 17 ancianos en cuatro días alertó a la Comunidad de Madrid sin lograr respuesta. En el *email*, es patente la desesperación de los gestores del geriátrico que, tras varios días intentando que se le prestase ayuda desde la Comunidad de Madrid, optaron por escribir directamente a la presidenta, sin éxito. En realidad, gran parte del trágico tratamiento dispensado a los ancianos en residencias fue descubierto por las unidades militares encargadas de esa inspección.

El problema de la gestión de las residencias de ancianos está insoportablemente extendido. Pero es Madrid el cénit más visible porque ostenta el récord del mayor número de muertos en estos centros. Solo las 475 residencias madrileñas han registrado 5.811 muertos, de las 8.105 personas fallecidas en toda la región a primeros de mayo. Se trataba de una población vulnerable pero también se cometieron enormes fallos. Gestión privatizada, con plantillas escasas, con grandes beneficios que atrajeron a los fondos

de alto riesgo. ¿Qué podía salir mal? «Aparcamientos de ancianos S.A.», titulaba un extenso reportaje *Ctxt.es*. Auténticos aparcamientos de personas con un trato que recogía detalles realmente sórdidos: «Un lugar donde no había pañales o sábanas para cambiar a los ancianos que a veces tenían que pasar días sobre su propia orina. Mientras, esta gran empresa es capaz de mantener salarios de cuidadoras de 600 euros al mes por jornadas completas mientras declara millones en beneficios». *Público* cuantificaba el negocio en casi 5.000 millones, engordado con dinero público. «Más del 40% de la facturación de los operadores privados procede de las administraciones. Grandes inversores internacionales, la mayoría de capital francés, se han afianzado en el sector», detallaba. Manuel Rico, en *Infolibre*, trazó ese «mapa de la muerte» de residencias controladas por diferentes «fondos de inversión». Uno de ellos, británico, protagonizó una parte significativa de los titulares más luctuosos de las últimas semanas sobre el drama que se vive en las residencias de España. La prensa de derechas solía recoger las declaraciones del PP acusando al Gobierno central de todos los problemas.

En general, en todas las comunidades se observa el mismo problema. En Galicia, «más de la mitad del total de los fallecidos por el coronavirus, lo fueron en residencias de mayores privatizadas por Feijóo»[25], escribe la historiadora Ángeles García Portela. De ahí pasan por diferentes subarriendos y acaban en fondos buitre. Llegadas las muertes, el director general de Mayores de la Xunta declara que la elevada mortandad se debe «a la fragilidad de los usuarios». Sí, hubieran necesitado una armadura a juego con el rostro de algunos políticos.

Lo terrible es leer, conociendo todo esto, otra vez un titular así un 7 de mayo ya: «Los muertos en residencias son ya 17.576 y Carmen Calvo mira a Pablo Iglesias».[26]

Y te espantas y escribes en un tuit: «Pero si el problema que escondían las residencias se descubrió cuando el Gobierno mandó al ejército a ver qué pasaba y se encontraron la tragedia. La gestión era de las Comunidades Autónomas». ¿Qué puede hacer un tuit contra los grandes despropósitos?

Y de nuevo noticias de la conducta del rey Juan Carlos I. Estando en ejercicio como jefe del Estado habría llevado un maletín a Ginebra con 1,7 millones recibidos del sultán de Baréin. Fasana, gestor del rey emérito, así lo declaró ante el fiscal jefe del Canton de Ginebra, según informa *El País*. Ignacio Escolar, el director de *eldiario.es*, se pregunta: «¿Qué tienen en común Francisco Correa y Juan Carlos de Borbón? Lo mismo que une a toda la gran delincuencia de altos vuelos: la banca suiza y sus intermediarios», en una desgarrada columna titulada «El rey de España y una maleta llena de billetes»[27]. Pero España no se puede permitir crisis institucionales de este calibre, creo recordar que me dijeron.

Eso sí, arrecian de nuevo las llamadas a un gobierno de concentración o de salvación nacional dentro de un delirio que llega a estragar. Y, como premio de consolación por si no lo consiguen, se intensifica la ofensiva de acabar con Unidas Podemos en el Gobierno. Incluso desde *El Confidencial* le preguntan al presidente Pedro Sánchez, que informa sobre las medidas de la crisis del coronavirus, si rompería con ellos a cambio de un pacto con el PP. Sánchez dice que en absoluto. Un editorial de *El País*, tras haber entrevistado a Inés Arrimadas, presidenta de Ciudadanos en portada, la sitúa como

mejor puente entre el PSOE y el PP. Este PP que conocemos. Y una de las figuras estelares del partido naranja en un pasado reciente, Juan Carlos Girauta, no tiene empacho en soltar un tuit con un bulo sobre supuestas prohibiciones del Gobierno a banderas de España —no cabe más cerril osadía—. Y, lo peor, para concluir: «Al final, vais a despertar al león dormido». Nueva alusión al golpismo. Impune. Hemos visto en España cosas que no creeríais. Es una cinta sin fin que da vueltas y vueltas y vueltas.

El covid-19 no daña solo los pulmones, sino que puede afectar a otros muchos órganos, explica Esther Samper en *Eldiario.es*: «La enfermedad que provoca el coronavirus puede tener efectos también en los riñones, el corazón, el hígado, el cerebro, los intestinos o los vasos sanguíneos». Algunos de los amigos curados han recibido el alta hospitalaria pero han de usar oxígeno en su domicilio. El coronavirus no es ninguna broma.

El jefe del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias del Ministerio de Sanidad, el doctor epidemiólogo Fernando Simón, que «da la cara a diario explicando con paciencia, sencillez y pedagogía asuntos complejos y controvertidos a una audiencia en *shock*», explica en una de sus columnas Isaac Rosa[28], ha sufrido una trasmutación para los medios desde que ejerciera el mismo cargo con el Partido Popular. Ahora políticos y periodistas hablan de él en los siguientes términos que el escritor y periodista Isaac Rosa recoge: «Irresponsable. Supuesto experto. Epidemiólogo *celebrity*. Inepto. Negligente. Mentiroso. Adoctrinador de niños. Al servicio del socialcomunismo. Servil. Marioneta. Muñeco de ventrílocuo. Siniestro. Sinvergüenza. Indecente. Doctor Muerte. Psicópata. Imbécil. Payaso. Monigote ridículo. Mamarracho.» Ha

recogido estos calificativos, dice, de intervenciones, columnas, tertulias o tuits. Esta bochornosa parte de la nación con derecho a altavoz mediático nos envilece como país.

La encuesta de la EPA (Encuesta de Población Activa) confirma a primeros de mayo los pronósticos: hay 3.313.000 parados. El empleo se ha reducido en 285.600 personas en el primer trimestre del año, el peor registro desde 2013.

Los parados en Estados Unidos son ya 33,5 millones. Ha acabado abril siendo el primer país en alcanzar el millón de casos de coronavirus y supera las 57.200 muertes. Hay ya tres millones de casos confirmados en el mundo. 233.000 muertos. De ellos, más de 24.500 en España. Los norteamericanos pudientes se van a sus «segundas residencias» que tienen en países del Pacífico.

La recesión económica también es un hecho. Nadia Calviño prevé una caída del PIB del 9,2%, y un ascenso del paro hasta el 19%, aunque con una salida en V asimétrica, una recuperación de los niveles. Pero hay quienes, en su análisis, olvidan un dato de radical importancia: se ha paralizado la actividad económica, productiva, de consumo, todo lo que era consustancial al modelo. Un parón así de la economía mundial es la primera vez que ocurre. De ahí que falten informaciones esenciales para tener una idea más ajustada de la realidad. El PIB de la Eurozona ha registrado la mayor caída desde que se tienen registros: España, Italia y Francia con cifras más profundas. Alemania anota aumentos del desempleo insólitos: un 13,2% en abril, según la agencia France Press. Más de 30 millones de personas han perdido su trabajo en Estados Unidos. Y esto es el principio. Según la OIT (Organización Internacional del Trabajo),

más de la mitad de trabajadores del mundo podrían perder sus medios de subsistencia.

Y las víctimas no están solo en lejanas montañas, no. Hay gente pasando hambre en España, en Madrid probadamente con el aumento de la demanda en comedores sociales que han de ser atendidos con donaciones y voluntarios. Hay incertidumbre y miedo en quienes ahora mismo han visto mermados sus ingresos o no ven entrar dinero alguno en casa. A pesar de los esfuerzos realizados, el daño causado por la pandemia es enorme.

La Unión Europea ha estado lejos del nivel requerido por el grave momento que vivimos. No se comporta como un club de países, sino como lo que siempre pareció: un club de empresas. Los ricos del norte —en cabeza el paraíso fiscal holandés— se niegan a los eurobonos más equitativos y pretenden seguir con la política de la tijera que dio un golpe fatal a la UE. Tal es así que el BCE —que no actúa como banco público de la Unión, sino de los bancos privados, y que no responde ante nadie— sigue su tónica. Favorecer a las entidades financieras para que sigan dando crédito a familias y empresas, dicen muy ufanos.

Juan Torres López, catedrático de Economía Política y Análisis Económico en la Universidad de Granada, asegura que habría otras fórmulas para no hipotecar el futuro. «En lugar de proporcionar facilidades a la banca privada para que luego esta preste (si lo hace) a las empresas y trabajadores autónomos cobrando interés, el BCE podía haberlos financiado directamente y sin intereses, al mismo tiempo que compraba deuda de los Estados para volver a emitir otra perpetua, por ejemplo. De esa manera se podría haber reducido el coste que va a suponer la epidemia, evitar el cierre o la pérdida de

miles de empresas y frenar la expansión de la pobreza»[29], escribe en su blog de *Público*.

Avanzando mayo, se opera un cambio sustancial. «La UE pone en marcha una línea de crédito blanda de 240.000 millones sin troika ni "hombres de negro" para los gastos de la crisis del coronavirus. El dinero, disponible a partir del 1 de junio, sale del MEDE, el fondo de rescates de la UE, y los países pueden pedir hasta un 2% de su PIB (unos 25.000 millones, en el caso de España) para gastos «directos e indirectos»», cuenta Andrés Gil, corresponsal de *eldiario.es* en Bruselas, y contenemos la respiración para ver si no hay más cambios o dilaciones. El peligro de que la Unión Europea sea víctima mortal del coronavirus existe: también tenía graves patologías previas. Y está llegando a límites de hartazgo. El ex primer ministro italiano y expresidente de la Comisión Europea, Romado Prodi, ha sido tajante: «Españoles, italianos y franceses libramos una batalla justa para que en Europa exista un mínimo de #solidaridad. De Holanda, un paraíso fiscal, no acepto lecciones», declara a *La Vanguardia*. Prodi añade: «Si Francia, Italia y España siguen juntas, cambiará la UE».[30]

El Gobierno pide otra prolongación del Estado de Alarma para ir dando paso a la desescalada. Es donde Casado quiere dar la gran batalla que no se circunscribe a España: la versión neoliberal del viejo «la bolsa o la vida». En Estados Unidos dice *The New York Times* que, con la apertura de la actividad, habrá el doble de muertos, pero para la derecha ultra nunca han sido un problema los daños colaterales. En el estado de Ohio, gobernado por los republicanos de Trump, ya han avisado de que se trabaja sí o sí, cueste lo que cueste. En el Reino Unido, con un presidente

desnortado, sindicatos y laboristas presionan para que los empleados puedan negarse a trabajar si ven riesgo para su salud.

Tras obtener el visto bueno de las élites empresariales a las que ha consultado, según algunos medios, Pablo Casado da el paso a favor de «la economía» y el estado de alarma la condiciona. La CEOE no quiere ni el ingreso mínimo vital ni el decreto que prohíbe despedir durante el estado de alarma. Pide facilidades para la rescisión laboral y bajar salarios. Vivimos una crisis enorme a consecuencia de la pandemia, pero no la pueden pagar los más vulnerables, como sucedió a otro nivel en 2008.

Se pregunta Íñigo Sáenz de Ugarte en *eldiario.es* qué pretende el PP: «O parten de que una reaparición del covid-19 es imposible o un riesgo asumible. O eso o tienen acciones en las funerarias locales»[31]. Ya se arrepienten los países o provincias que abrieron antes de tiempo. De ahí que el subdirector de *eldiario.es* concluya: «Evitar más cadáveres o ganar votos. Difícil elección». Pero quien vota cadáver es el elector. Por cierto, Ayuso ha despejado la ecuación. A la pregunta de si dormiría tranquila en el caso de aumentar el número de muertos si decae el estado de alarma, ha respondido: «Todos los días hay atropellos y no por eso prohíbes los coches».

Y basta un movimiento en el tablero para que la fuerza y la bravuconería de la oposición se evaporen. Inés Arrimadas, la que pedía en enero el voto en conciencia para intentar detener la formación del Gobierno de Pedro Sánchez, decide aportar los 10 diputados de Ciudadanos para la nueva prórroga del estado de alarma. El Partido Nacionalista Vasco también apoya la propuesta, a pesar de las reticencias que había manifestado. En su tónica, viene demostrando mucho más sentido de Estado que la derecha nacional.

Es difícil de creer que la hoy presidenta de Ciudadanos esté regresando al centro político donde nunca estuvo, pero ha sido mucho más inteligente que sus socios de la triple derecha: en esa zona hay *overbooking*. A ver qué sucede con el tiempo.

No lo hay ya para las más de 28.752 personas muertas a la hora de cerrar la edición de este libro. Y para sus familias. Al cuarto de millón de afectados que aún quedan sujetos a la enfermedad les aguarda un trance de entidad, los hospitalizados pasan una media de cuatro semanas en los centros y en muchos casos vuelven a casa con secuelas, no se sabe aún si transitorias o permanentes. El bicho es terrible, sí. Y no se ha contenido la enfermedad, aunque vaya a la baja. En ninguna parte del mundo. Rusia ha despegado con fuerza en esta trágica carrera. Se teme lo que vaya a ocurrir en África. Aun cuando su población es más joven y menos vulnerable, se teme su falta de recursos. El coronavirus empezó lentamente en el continente, pero los especialistas están preocupados por un aumento repentino en apenas diez días de más del 40% en el número de contagios. Algunos países anotan repuntes tras aliviar las medidas de confinamiento: Alemania, China de nuevo, Corea del Sur... Después de su enorme eficacia inicial en atajar el virus, un solo caso en Seúl dispara no menos de 40 contagios. Hay que aprender a convivir con el covid-19, hay que aprender a vivir de otra forma.

A veces me pregunto si políticos y periodistas saben que hay una pandemia. Lo hago en mi columna de *eldiario.es* y compruebo que mucha gente comparte esa misma inquietud. No es posible que sepan lo que está ocurriendo en España quienes usan la tribuna del Congreso de los Diputados para decir que la izquierda desprecia secularmente a los homosexuales o para hablar de Paracuellos

(episodio de la Guerra Civil que ganaron sus golpistas ancestros) a estas alturas de la Historia. Hijos directos del franquismo y del fascismo, en Vox tienen una peculiar visión del pasado, pero lo que hay que afrontar hoy es una enfermedad y sus consecuencias. Otro diputado sacó al estrado a ETA. Y la guinda, por ser el líder de la oposición, la pone Pablo Casado. En esta ocasión, acusó a «Señoría Sr. Sánchez» de querer implantar una «dictadura constitucional» a través del estado de alarma. Casado, el que apoyó a Orbán en su golpe para hacer de Hungría una dictadura, ni siquiera «constitucional». Añadan la crisis económica en ciernes.

Tenemos pues en España dos problemas de enormes dimensiones y los que de ellos se derivan. La incompetencia de políticos y periodistas no hace sino agravarlos. Porque cierto periodismo también tiene su cuota de responsabilidad en lo que ocurre y en lo que no se resuelve. Lleva demasiado tiempo categorizando la anécdota sobre la información sustancial. Y, tanto o más, sujeto a clichés. Apuntándose al mal menor para aceptar lo inaceptable.

Si por el periodismo con barniz de «progre» fuera, Ciudadanos tendría hace años mayoría absoluta. Aquel espíritu de la serie de encuestas que hundieron hasta el prestigio de la demoscopia para aupar a Albert Rivera se reproduce para elogiar a Inés Arrimadas.

Crisis varias, movimientos en el tablero político, sigue en España la penosa senda de tener que operar desde el Gobierno ante dramáticas situaciones de salud y de crisis económica entre zancadillas y navajazos. ¿Qué tipo de democracia es esta que escenifica un juego parlamentario basado en empujones en busca del «quítate y me pongo yo» o del «¿qué hay de lo mío?». Con una pandemia.

El coronavirus ocasiona problemas de salud muy serios. Hay que escuchar a los recuperados y a sus familias cuando relatan que a lo largo de las cuatro, o cinco o seis semanas de internamiento hay momentos que se cansan de forzarse a respirar. Ha consagrado además la mala muerte, en soledad, con las manos de muchos sanitarios que suplen por humanidad a la familia que no puede estar. ¿Qué saben de todo este sufrimiento los políticos y periodistas de salón?

La desescalada empieza a aliviar el confinamiento de media España y deja en tierra de salida mínima a la otra mitad, a la que presenta mayores deficiencias para afrontar un segundo brote de la pandemia, o la actual. Un nuevo conficto: Las fases provocan protestas de quienes siguen sin entender que nos afecta un virus de enorme entidad. La Comunidad de Madrid, con gran parte de Barcelona y Castilla y León, van quedado rezagadas por no cumplir los requisitos. Madrid, ha vivido un aquelarre de despropósitos en el caso y vuelve a convertirlo en una confrontación política. Pensando en «la economía», presenta un informe sin firma y pasado el plazo porque le ha dimitido la directora de Salud, convencida de que habría riesgo de «colapso» de las UCI. Seguirá el escándalo de los dos apartamentos de lujo de la presidenta en un hotel donde se ha confinado: 408 metros cuadrados, amplias terrazas, plaza de garaje, limpieza y seguridad por solo 80 euros la noche.

Díaz Ayuso junto con el diario *El Mundo* habían puesto el broche simbólico a la tragedia política y periodística que sufrimos en España. El domingo 10 de mayo llevan a portada y a *book* de fotos en interiores a la presidenta de la Comunidad de Madrid, enlutada en rostro y traje, disfrazada de virgen y mártir plañidera, Inmaculada

Concepción, con el titular «Tienes que dar el primer paso: cada semana que pasa un negocio se cierra». Cada semana un negocio, dice. ¿8 negocios en 8 semanas de confinamiento en toda una comunidad de 6.600.000 habitantes? 46 personas han muerto aún en el territorio de su competencia mientras se colgaba el reportaje promocional en el periódico. A sumar a los 8.500 ciudadanos fallecidos y los 65.000 infectados —hasta ese momento y en cifras oficiales— que convirtieron a Madrid en el epicentro de la pandemia en España. La situación de Díaz Ayuso es insostenible ya.

Una doctora en pediatría le dice en Twitter con su nombre y apellido, a Díaz Ayuso y su portada: «No te pido q entiendas lo que supone cambiar mi uci pediátrica por una de adultos; ver morir a los pacientes, llamar a sus familias o vivir ese horror q es el #Covid_19. Solo te pediría que dejases de escupirnos a la cara de esta manera». Las heridas que deja esta situación son profundas.

No para todos. *El País* publica este texto: «Fernando Simón abronca a un periodista que ha utilizado la expresión ″suspender″ para referirse a las comunidades autónomas que están en la fase 0». El director de Emergencias Sanitarias ha dicho ante la pregunta: «Creo que hace un flaco favor a España hablando de suspender o no suspender en este proceso. No es una carrera. Esto no es una cuestión de aprobar o suspender. Es una cuestión de acabar con la pandemia». Da escalofríos pensar en este periodismo. Y es preocupante deducir que el enorme esfuerzo realizado, las vidas perdidas, se puede echar abajo por un salir o no salir, o por una calificación escolar. Más de 50.000 sanitarios se han infectado del covid-19, una de las cifras más altas de Europa, y 10.000 están de

baja. Se denuncia que hospitales y centros de salud son focos de contagio. Y nada.

Dirigentes de varios de los territorios que mantienen un confinamiento más estricto protestan airadamente. *The Economist*, la biblia neoliberal más ácrata si cabe así decirlo, publica una viñeta de Kal en la que una mujer llama a las puertas de un establecimiento pidiendo que le abran, «cansados de esperar». En la segunda parte, es la muerte con su guadaña la que franquea la puerta diciendo: «¡Adelante, pase!».

Del 27 de abril, cuando se contabilizaron 3 millones de casos confirmados de coronavirus en cifras oficiales, en todo el mundo, un mes después son casi 5,5 millones, que se han llevado a cerca de 350.000 personas. Que se sepa, porque muchos países han dejado ya de aportar datos rigurosos. En Brasil, por ejemplo, sumido en un caos delirante que ya ha quemado a dos ministros de Sanidad —que dimitieron disconformes con las directrices de Bolsonaro—. Estados Unidos se acerca a los 100.000 muertos. *The New York Times* lo recuerda, el domingo 24 de mayo, con una portada impresionante llena de nombres de fallecidos. Le sigue en número el Reino Unido (36.757) e Italia (32.735) que ya ha asistido a algunos repuntes y España se mantiene en 28.752; las cifras diarias bajan de 100 desde días atrás. Confinamiento y desescalada gradual parecen funcionar.

En España, el estudio de prevalencia dio como resultado que únicamente se habían contagiado un 5% de los ciudadanos, según la proyección estadística, provisional pero muy orientativa. Se precisa un 70% de la población para lograr la inmunidad de grupo. El costo de «no hacer nada», dejar al virus a su aire para lograrlo, hubiera

supuesto la muerte de 384.000 personas y la necesidad de hospitalizar a 1,2 millones de personas, con 110.000 en la UCI para atender a los contagiados graves[32]. El coronavirus nos sorprendió con menos de 4.000 para cuidados intensivos en toda España. A la vista de su actitud y si, abandonando precauciones, el virus rebrota con intensidad, los partidarios de elegir «la bolsa» antes que «la vida» (de otros a ser posible), están dispuestos a asumir ese riesgo. Ya pondrán en marcha a sus medios de manipulación para vender que era la mejor opción posible e incluso esparcir culpas.

Fernando Simón respondió a una pregunta de las sorprendentes que no escasean en las ruedas de prensa: «¿Mejor pasar la enfermedad para estar inmunizado? No deberíamos plantear aspectos como este, podemos afectar a grupos vulnerables. Este pensamiento no es el más solidario ni el más prudente».

El coronavirus nos ha mutilado. No hay más que ver a los ciudadanos caminando con mascarillas. Son muy necesarias, pero a mí al menos me parecen el símbolo del golpe recibido por la sociedad. Embozados, oculto el rostro a la mitad, sin nariz, ni la boca que sonríe y pronuncia. Parecen ocultar un trauma quirúrgico. Previenen los contagios, porque el covid-19 sigue ahí. Las mascarillas nos lo recuerdan.

A finales de junio concluye el estado de alarma y se recupera la movilidad en toda España, pero sería trágico bajar la guardia en la prevención. La mayoría se comporta con civismo pero hay un número suficiente de vándalos como para crear problemas. Hay quien sin duda no es consciente de la pandemia que sufrimos. Queda mucho por aprender. Desbrocemos la maleza de la vida pública. La

vida no será igual en el futuro, no debe serlo, de hecho. Busquemos equilibrios. Esto no ha acabado.

… ¿Y después del coronavirus?

El covid-19 está aquí para quedarse por largo tiempo, hasta que la ciencia resuelva cómo controlarlo. Algo que tampoco nos deja libres de otros patógenos similares, como aquellos con los que cohabitan —malamente— otros pueblos del mundo. Ha cambiado nuestra forma de vivir y lo hará todavía más. Las consecuencias de esta brutal convulsión están por ver. Hemos aprendido mucho. No aún todos y no lo suficiente. Las enormes fallas que sustentaban el modelo hegemónico —el capitalismo— han quedado desnudas. El coronavirus ha sido y es una enmienda a la totalidad de un mundo que despreció cuanto servía al bien común en provecho de un mínimo porcentaje de privilegiados. Una desviación perversa del necesario estímulo personal para alcanzar mejores metas. El egoísmo desplazó por completo a lo común.

El gran debate, avanzando los meses de este primer envite del coronavirus, está en elegir entre la bolsa y la vida, lo que llaman «la economía y la salud». Y, eso, agotados por las restricciones, el confinamiento en sí, y los temores a lo que la recesión puede traer. Paros y hambrunas en los lugares más débiles del sistema erróneo pueden hacer las decisiones mucho más difíciles. Aunque no debe olvidarse que esto no iba bien en absoluto. Recuerden los informes de la ONU y Oxfam Intermón en enero alertando de que «la

desigualdad creciente ponía en riesgo la estabilidad política y el progreso global», con las mujeres como «la peor parte de ese desequilibro». La problemática de las mujeres ha vuelto a quedar oculta, hasta la violencia machista. Callaron las protestas por la pobreza, la injusticia y las libertades en medio mundo, en todo este tramo, pero van a volver con más intensidad por las peores condiciones de vida. Una salida es la mano dura y otra… la lógica. Es decir, darle la vuelta: hacer casi lo contrario de lo que hicimos, primar lo que necesitamos y vale la pena.

«Cada vez que estalla una gran crisis nos dicen que ″nada será nunca más como antes″… hasta que la esencia de lo que llega no tiene nada de nuevo y nos devuelve a unos viejos orígenes», recuerda la economista Àngels Martínez Castells. El ejemplo más reciente lo tuvimos en la crisis de 2008. La diferencia entre aquello y todas las anteriores es que ahora el mazazo universal lo ha producido una enfermedad que deja miles de muertos tangibles, de enfermos y mucho dolor. ¿Darlo a cambio de la economía? ¿Definitivamente la bolsa en lugar de la vida? ¿El PIB? Así lo vio Martínez Castells: «El PIB, esta vieja reliquia bárbara, volverá a subir, pero si no somos conscientes, lo hará de nuevo con desposesión y explotación, aumentando las desigualdades y el riesgo de hacernos vivir en una sociedad que no se ve como es, que no rectifica ni se piensa a sí misma, por puro instinto de supervivencia, bajo una luz crítica».

El coronavirus ya ha trastocado los valores de lo grande y lo pequeño. Era el Estado el que se ocupaba fundamentalmente de dotarnos de los servicios esenciales para mantenernos vivos y en salud. Es el Estado quien atiende a los ciudadanos, es la Sanidad Pública la que afronta la pandemia. Y las políticas neoliberales la

dañaron, la recortaron, la privatizaron, convirtiendo nuestra salud en un negocio. Uno de los primeros objetivos que hay que conseguir es blindar la sanidad pública por mandato constitucional. Blindar todos los servicios públicos que hacen de los países una comunidad de personas y no empresas jerarquizadas en busca de beneficios.

Que a nadie le falte un médico que le atienda a tiempo, ni personal sanitario para velar por su curación. Que no falte ni un respirador, ni un medicamento, ni medios que protejan de contagio en primer lugar a los profesionales. Todo lo contrario que se encontró el coronavirus para extenderse y dañar cuanto pudo. Que no falte seguridad social que cubra las bajas por enfermedad, tampoco.

Y reforzar la atención primaria, con más profesionales, más tiempo para ocuparse de los pacientes, aligerando la burocracia. Cuando regresaron a sus consultas exhaustos, los médicos de familia se quejaron del lastre que les supone sobrecargar la atención a los pacientes con la gestión de las bajas laborales y otros trámites. Tanto se ahorró en sanidad que nos ha salido enormemente caro. Pueden preguntárselo a miles de familias. Y, sí, se echaron a la calle las Mareas Blancas incansables desde 2013 hasta 2016 por lo menos y demasiada gente miró para otro lado.

Lo escribía también Àngels Martínez Castells: «Sí, tenemos que sentir un gran orgullo por la sanidad pública que tenemos, pero también, al mismo tiempo, tenemos que sentir mucha vergüenza. Por todo lo que hemos tolerado. Por todo lo que hemos consentido. Y porque debemos comprometernos mucho más con la salud pública».[33]

Era, es, la gente corriente la que sustenta los países, sobre todo en las situaciones más comprometidas. «Los invisibles, los que ayer “no

eran nada", demostraron en unas cuantas horas que eran, de hecho, el engranaje esencial de la sociedad»[34], dijo Christophe Guilluy, un geógrafo francés.

Los ciudadanos coronavirus

Muchas personas quieren volver, simplemente, a lo mismo que hacían, «a su vida de antes», dicen incluso. Las más irresponsables ya lo están demostrando al lanzarse a romper las medidas de precaución frente al contagio. Pero no va a ser tan fácil.

Las medidas de distanciamiento social —que en mayor o menor medida habrán de mantenerse — van a configurar una sociedad diferente que ya hemos visto durante las semanas del confinamiento más duro. Una sociedad que apostará por una vida más natural y más modesta. Alguien dijo, en queja, que se ha estado comprando solo lo necesario. Una gran lección que puede afectar al comercio. De poder, se optará por las casas para vivir, que no todas lo son ahora, sino refugios nocturnos y de fin de semana. Se pensará más en los barrios para convivir sin estridencias de ruidos y gritos fanatizados.

Dicen que se reforzará la pareja tradicional y la familia tradicional, pero habrá que verlo en condiciones de normalidad, aunque sea de la «nueva». Hay actitudes que no se pueden forzar. El sexo puede estar condicionado por el temor al intercambio de virus. Ha crecido, al parecer, el sexo virtual. O sea, nada. No despreciemos sin embargo la capacidad humana de buscar caminos a lo que le interesa. Lo ha hecho siempre, no va a ser esta la única vez que no lo consiga.

Ya se ha disparado un mayor interés por la alimentación y la salud en general, por seguir caminando, corriendo, pedaleando, hasta un horizonte sin enfermedad, sin cortapisas. Por respirar. Puede que

por fin se hayan comprendido los profundos daños que produce la contaminación.

Lo digital se ha impuesto. Para el teletrabajo, las videoconferencias con todo objetivo. Como información, como entretenimiento. Está siendo la gran etapa de las plataformas (de pago), de las series. Pero también su rodaje precisa desconfinamientos. Nos olvidamos por un tiempo de espectáculos de masas. O habrá de ser de masas muy aisladas los unos de los otros. En general todo abre con un 30% de su aforo. Los museos ya lo han hecho los primeros. Los conciertos pueden resentirse más entre las actividades culturales. Los accesos habrán de regularse hasta que se vaya resolviendo el problema.

Se potenciará, esperemos, la ciencia. Y en un trabajo colaborativo que ya se ha emprendido por fin. «Solo con una ciencia robusta se podrá reaccionar rápido ante las pandemias», decía a *El País* María Blasco, directora científica del Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas (CNIO).[35]

«¿Cómo saldremos de esta encrucijada? Mal, sin duda. Pero solo saldremos con ciencia, con conocimientos rigurosamente adquiridos y aplicados a las enfermedades infecciosas: incluyendo, claro está, el covid-19, pero también otras tan devastadoras como la malaria, el sida o la tuberculosis», pensaba, desde el punto de vista sanitario, Pedro L. Alonso, director del programa de malaria de la OMS. «Si esta experiencia nos hace entender que lo que sucede en cualquier sitio nos concierne a todos, habrá que agradecer este despertar aleccionador», concluía.[36]

La «nueva normalidad» ha de apostar por el bienestar de las personas

Somos sociedades de seres humanos, no empresas. Lógicamente para su mentalidad, los beneficiarios del sistema se aferran a las prerrogativas disfrutadas. Al exceso de ellas. La amplitud de miras, la libertad que no daña al resto, suele funcionar mejor en las sociedades. La mezquindad tira con fuerza para ganar la partida, pero toda la realidad se pone enfrente de sus tesis. Con una tozudez que no deja resquicio alguno, ni para la más tibia excusa. El problema es en qué escenario cayó el coronavirus. Por supuesto que ha habido grandes manifestaciones de solidaridad, pero no debemos engañarnos: el mundo vivía uno de sus momentos más polarizados.

Tiene razón el profesor de filosofía política de Harvard Michael J. Sandel cuando describe la situación: «A primera vista, puede parecer que la pandemia fomenta los vínculos solidarios, porque pone de manifiesto nuestra dependencia mutua y nuestra vulnerabilidad [...]. Pero este eslogan fraternal, aunque en principio resulte motivador, en estos momentos suena hueco».[37] Sandel estima que la pandemia ha llegado «en un momento de gran desigualdad y de rencor partidista», tras décadas de globalización neoliberal. Es uno de los muchos pensadores que cree que, con la vida en suspenso, cambian todos los parámetros: «Tenemos que retomar el control, reivindicar una autoridad pública democrática por encima del sistema y hacer de las finanzas el criado, y no el amo, de las economías nacionales y regionales», escribía en *El País*. La economista británica Anne Pettifore añadía que «el covid-19 se encontró con el capitalismo en estado de zombificación».

Apuesta por la razón

Rencor social justificado y una educación en la banalidad que infantilizó a buena parte de la sociedad a través de los propios sistemas educativos y, en particular, de los medios de comunicación que lo son más que nunca de masas y de mensajes uniformes. Hemos podido constatar el atasco neuronal de muchos conciudadanos, fruto de su escasa exigencia intelectual. Cuando el liberalismo neto estima que los pobres lo son porque quieren, por falta de esfuerzo, no es cierto, dado su dependencia de muchas variables, de la propia «lujuria» por el dinero de unos pocos. En cambio, la dejadez intelectual sí es una elección que a algunos les parece mucho más cómoda.

Ahí están los millones de personas capaces de elegir en las urnas a Donald Trump, o a Jair Bolsonaro, o de votar en España en número suficiente a políticos que lejos de dar la talla producen auténtico bochorno. Por sus esperpénticas actuaciones y una peculiaridad moral carente de todo escrúpulo. Quienes, desengañados del Partido Popular, votan a las huestes de Vox revelan que tampoco han entendido nada. Menos todavía cuando ambos partidos se funden en objetivos comunes. Ese modelo se demuestra inservible para el mundo que llega tras el coronavirus, con el coronavirus. La realidad les rebate por completo, pero seguirán queriendo imponerse. Han vivido demasiado bien a costa del resto. Podría ser que, en la sociedad del espectáculo, sus fallos más grotescos les pasaran más factura que el desmantelamiento de la sanidad pública. Los Negre y los Merlos (*Merolos* como fue bautizada la «víctima» por la actriz Whoopi Goldberg en un jocoso remate del tema) ya solo tendrán espacio en tediosas noches de confinamiento.

Aunque no cabe albergar demasiadas esperanzas acerca del sector más ofuscado de la población, si no han sido capaces de entender —ni con la pandemia del covid-19— lo que ha ocurrido y dónde estaban los fallos. Rechazar las medidas que procuran la contención del virus es jugar peligrosamente con la Teoría de la Evolución de Darwin, que no les favorece en particular. Pero, claro, cómo lo van a entender.

La guerra de las cacerolas termina estallando en Madrid, en el céntrico barrio de Salamanca, el de mayor poder adquisitivo de la capital. Apiñados, sin guardar separación, enfundados en banderas rojigualdas —a menudo con el aguilucho de la dictadura franquista—, aporreando alguno con palos de golf los semáforos, gritaban pidiendo la dimisión del Gobierno y «libertad, libertad», porque estaban cansados de restricciones. Díaz Ayuso se anima a enardecer a estas turbas y amenaza al Gobierno: «Esperen a que la gente salga a la calle, porque lo de Núñez de Balboa les va a parecer una broma»[38], dijo. Como su asesor Santiago Abascal que así se presentó en la Asamblea de Madrid. Esto ya no son críticas a la gestión del Gobierno, ni libertad de expresión, sino una estrategia programada para tumbarlo. Son minoritarios pero hacen mucho ruido. Y podrían llegar a más. Han derivado en un grotesca pantomima —manifestándose hasta en descapotable, con bandera, altavoz y chófer— para llamar asesino al Gobierno. Eso sí, haciendo las delicias del periodismo del espectáculo y el afín ideológicamente.

El sábado 23 de mayo Vox convoca manifestaciones en coche contra el Gobierno. La mayor en Madrid reúne 6.000 vehículos, muy lejos del resto de las capitales. En Barcelona se cuentan 500. Pero los medios tratan informativamente el hecho como si hubieran salido 6 millones. Las televisiones, RTVE también, con todo despliegue. La

gente empieza a asustarse de la ofensiva fascista. Y aún es peor, si cabe, la ofensiva mediática. Porque ya sobrepasa esa consideración al convertirse en ofensiva política… y económica para algunos bolsillos. Las medidas sociales del Gobierno levantan ampollas. La derogación de la Reforma Laboral que iba en su programa se convierte en el nuevo jirón que abre las carnes de los poderosos. Ese mismo día que Vox lanza a la calle sus coches de alta gama, plagados de banderas y gritos, vemos que varios medios comparten idea editorial y estrategia: tumbar al Gobierno porque ellos deciden, al parecer, en razón de qué conviene a la economía de las empresas, no a la de los trabajadores. Los intereses de unos pocos puestos en común con la algarabía de la irracionalidad.

La pandemia de coronavirus, lo dijimos, ha sacado a la luz todos los fallos estructurales de España y en su máxima intensidad.

De entre las intensas reacciones que provocaron las caceroladas para derribar el Gobierno destacaría dos. La del periodista de *Público* Daniel Bernabé en primer lugar: «La minoría más inútil, parasitaria y egoísta del país poniéndote en peligro, jugando a la rebeldía, riéndose de ti, que llevas semanas en tu mini piso con piruetas para que la pasta te llegue a fin de mes y aun así has tenido una actitud responsable y cívica. Son los mismos batracios que te han despedido, que te han subido el alquiler, los mismos que decían que la sanidad pública era un despilfarro. Los que tienen el botín en paraísos fiscales». Bernabé se declaró harto y sumamente avergonzado de que Madrid sea conocido en el resto de España por estos cuatro aristócratas de saldo, hijos de la Gürtel, estos especuladores de la ranciedad. «Esta banda de pijos y señoritos no os

van a dejar ni las sobras de lo poco que va a quedar del país como se salgan con la suya», concluía.

«Soy médica, llevo dos meses trabajando una media de 12h al día, 6 días por semana. El mismo tiempo que llevo sin ver a mi pareja y mi familia por trabajar en otra comunidad. He visto morir gente SOLA, he tenido que seguir trabajando, aunque solo quisiera llorar. SOIS ESCORIA HUMANA», protestaba otra doctora. Tras relatar algunos hechos concretos, decía: «No tenéis ni puta idea de todo lo que he visto y vivido. De lo que hemos pasado y estamos pasando los sanitarios, todo el personal en este país. De que NO HA ACABADO NADA. De que seguimos sin tener tratamiento, sin conocer la enfermedad, que seguimos colapsados. No contéis conmigo para próximas olas. Ojalá nos ahoguemos todos en esta, porque como humanidad no tenemos solución. Qué impotencia. Qué rabia. Qué asco todo».

Millones de seres humanos ponen en riesgo su estabilidad, su futuro, sus vidas también, por sus decisiones personales. Los expertos coinciden en que un gran número de personas están dispuestas a creer lo que quieren creer y guiados tan solo por sus emociones. Malo es cuando predomina en ellas el odio.

Responsabilidad ante las redes y las comunicaciones por mensajería

Cuesta creer que, en momentos tan delicados como la pandemia, engullan los bulos y alarmas de la propaganda partidista del PP y de Vox, que los distribuyen con intensidad. Pero en Estados Unidos se bebieron lejía y desinfectante porque lo aconsejó Donald Trump y acabaron unos cuantos hospitalizados. En Irán 44, personas murieron al hacer caso del bulo que aconsejaba para curarse tomar metanol. Esto no hay que olvidarlo.

Sin embargo, un interesante trabajo de María Ramírez explicaba que «La actual crisis tiene dos caras, una mayor producción de bulos, pero también más confianza en las fuentes de las autoridades médicas y en medios tradicionales de información». El mensaje de los medios conservadores contra el confinamiento no ha calado en la mayoría de la población estadounidense. La abrumadora mayoría cree que las medidas son correctas o incluso deberían «ir más lejos». «La extrema derecha de Estados Unidos es el espejo donde a menudo se mira la versión española» y allí se está demostrando que «el *show* del absurdo puede acabar mal para la extrema derecha en tiempos de pandemia»[39], concluía Ramírez. Sí, parece que la gente busca certidumbres en momentos complicados. Pura lógica. Aunque también los hay que tratan de encontrar en los bulos la forma de explicarse lo que no entienden con la razón.

De momento, sí sabemos que mucha gente tiende a creer lo que le cuenta una fuente que inspira confianza. William Davies, profesor de Política Económica de la Universidad Goldsmiths, afirmaba que «WhatsApp es tan peligroso porque usa relaciones de confianza para difundir información falsa» y que «la autoridad de los expertos se diluye en tiempos de tuits, retuits y contenidos virales»[40].

Habrá que ver.

Imprescindible la información veraz

La desinformación es un grave problema en España, en medios tradicionales y no digamos con la plaga de panfletos de ultraderecha francamente histriónicos, si bien de difusión minoritaria. Hemos visto ejemplos constantes en las páginas de este libro. Ahora, en crisis, puede ir a peor. La televisión pública pudo ser el contrapunto necesario como voz independiente. Pero tampoco ha sucedido así. Y,

si es indispensable una ciudadanía informada siempre, mucho más para abordar cuanto viene.

«La derecha política está ganando en los *Telediarios* de TVE. Tremenda paradoja: cuando el PP gobernaba en España y sus delegados convertían los noticiarios de la televisión pública en propaganda de su partido, fueron derrotados por los trabajadores a golpe de denuncias, concentraciones de repulsa contra la manipulación y ofensivas imaginativas que visualizaban lo negro de su proceder. Digo paradoja porque en estos días, con una coalición de izquierdas en el Gobierno, la alta dirección de RTVE parece estar más preocupada por no aumentar las iras del PP y de Vox que por mantener con entereza una línea independiente de vaivenes políticos, rigurosa, plural, que permita a los ciudadanos tener una información cabal y completa de la actualidad»,[41] escribía Jaime Olmo en *Infolibre*, un experto, honesto y con solera.

Lo comparto de tal modo que siento ser una crítica constante a esa televisión que fue mi casa durante años y cuya deriva me duele. Por cuanto priva a los ciudadanos. Olmo demuestra con datos cómo «se abusa de informaciones ˝declarativas˝, cortes de voz e imagen de representantes políticos más destacadas cuanto más altisonantes; tras ellas se pasa a otro asunto hurtando al espectador un contexto, un mínimo análisis que complete las opiniones contrapuestas».

Mi querido amigo el periodista Juan Tortosa se ha desgañitado también en la crítica a TVE, sabedor de la importancia de un medio de masas riguroso. «Ni en los informativos de las teles privadas, de propiedad conservadora todas ellas, gozan los desestabilizadores de tanta repercusión como en Televisión Española, medio público que, como tal, se supone debería contribuir a tranquilizar los ánimos de

una ciudadanía asustada. O, por lo menos, a no echar más leña al fuego y dejar de estremecer a tanto ciudadano que, desde el sofá, vive aterrado este confinamiento», decía al ir detallando la propensión al sensacionalismo y a la falta de rigor en suma de los telediarios.

Y llamaba la atención ante un hecho que es también mi propio caballo de batalla o el de Javier Valenzuela, quien también se ha referido a esto: «Salvo Hungría, en pocos países se otorga tanta cancha a los mensajes de la ultraderecha en los medios del Estado. Suponiendo que legalmente no hubiera otro remedio, que sí lo hay, al hacerlo ¿no se podrían apostillar, desde el punto de vista profesional, las barbaridades que sueltan sin anestesia Olona, Monasterio, Smith o Espinosa de los Monteros cada vez que abren la boca? Tal que así, por ejemplo: «Miren ustedes, quien acaba de decir esta barbaridad representa una opción política que está contra las libertades, son racistas, se oponen al divorcio, al aborto y minimizan la violencia de género». Y decirlo mil veces cada vez que hablen, repetirlo hasta la saciedad»[42].

Las libertades

Se verán restringidas como ya está sucediendo. «Lo que parecía distópico y propio de dictaduras de ciencia ficción se ha vuelto “normal”. Se multa a la gente por salir de su casa a estirar las piernas, o por pasear su perro. Aceptamos que nuestro móvil nos vigile y nos denuncie a las autoridades. Y se está proponiendo que quien salga a la calle sin su teléfono sea sancionado y castigado con prisión», escribía el maestro Ignacio Ramonet[43] casi como resumen.

Sabemos desde hace años que nuestros datos, los datos que nosotros mismos facilitamos al dejar nuestra huella en Internet, son un capital supremo. Los guardan las grandes operadoras y los

gobiernos. «El negocio de los *big data* se ha convertido en uno de los más rentables. Estos datos son un precioso capital en manos de las grandes empresas que comercian con ellos obteniendo grandes beneficios. La consecuencia menos visible, pero más importante, es que ya no hay garantías de privacidad para nadie y que el mundo está sometido a una intensa vigilancia», escribía el periodista Pedro de Alzaga en *Derribar los muros*.[44]

Ahora, con el coronavirus hemos dejado que se invada todavía más nuestra intimidad. Para que sepan dónde estamos, cómo estamos, con quiénes y cómo nos ha ido. Nuestra temperatura corporal y anímica. Es una vuelta más a la tuerca, varias vueltas más. «Y eso, cuando pase la pandemia, podría generalizarse y convertirse en la nueva normalidad. El Estado va a querer acceder también a los expedientes médicos de los ciudadanos y a otras informaciones hasta ahora protegidas por la privacidad. Y cuando se haya acabado con este azote, las autoridades, en el mundo entero, podrían desear utilizar la vigilancia para sencillamente mejor controlar la sociedad. Como ocurrió con las legislaciones antiterroristas», en la opinión de Ramonet[45] que comparto.

Otro sistema económico radicalmente distinto: humano

«Se proponen las mismas medidas que se adoptaron frente a la crisis financiera del año 2008, que han conducido a la situación presente habiendo demostrado que los mercados no resuelven los desafíos globales. No cabe más de lo mismo. No se puede tolerar por más tiempo una economía basada en la especulación, deslocalización productiva y guerra sino una economía basada en el conocimiento para un desarrollo global sostenible, que permita una vida digna a toda la humanidad y no excluya, como sucede ahora, al 80% de la

misma», publicaba el incansable intelectual Federico Mayor Zaragoza[46].

Se avecina desde una crisis alimentaria mundial que afectará a los países más vulnerables, si no se toman medidas que se pueden y deben tomar. La ONU, la FAO y la OMC advierten sobre ese riesgo. Y de la industria, el comercio, el consumo. El mundo no se va a parar, se reactivará sin duda, de otra manera y con víctimas y ganadores. Habrá que atender a las nuevas prioridades si se quiere salir de esto con bien. Los fabricantes de mascarillas, guantes, respiradores no dan abasto a producir, ahora. ¿Quién iba a pensar que serían más necesarios que las transacciones financieras especulativas que dieron la vuelta al mercado mundial, verdad?

España tiene (también) el problema de depender del exterior hasta para los componentes de los productos que podrían ser hoy más útiles. Una de cada cinco empresas tuvo que reducir su actividad por falta de suministros del extranjero, como contaba Bernardo Bayona[47]. Mucho han de cambiar las cosas si queremos salir adelante y han de hacerlo inexorablemente ante el fracaso del más de lo mismo, o algo peor. Otra economía, otra forma de vivir. Si lo permiten, que claramente hay voluntades que no están por esa labor.

Vienen tiempos muy duros, en resumen, con grandes incertidumbres económicas. Algunas actividades decaerán, se promocionarán otras. Pero hay una humanidad entera que necesita seguir viviendo en salud, con medios y aspiraciones de progreso. Y están las estructuras que lo propician y bases para abordar lo que queramos. Se trata de levantarse y empezar de nuevo. De otro modo. Apostando por una producción más limpia. Hemos visto recuperarse a la naturaleza, el aire que respiramos, la tierra. Han vuelto los

pájaros a las ciudades, especies extinguidas en España, como el buitre negro, vuelven a criar en el Sistema Ibérico. Y si les parece un plan demasiado bucólico —que no— se trata de buscar el dinero donde está. Además de ajustar las prioridades de gasto en cuestiones que no sean esenciales para el bien común, se precisa una política fiscal por la que paguen más quienes más tienen, dado que ahora en muchos casos son los que menos cotizan, con diferentes mecanismos. Una Unión Europa que funcione como un club de países y no de empresas —bancarias básicamente; alemanas, primordialmente— que es lo que a veces parece. Un BCE, en su seno, que compre deuda de los Estados para volver a emitir otra perpetua, como apuntaban Juan Torres López y los economistas que no siguen la doctrina ultraliberal. Dinero hay. Y ganas de cambios urgen. Se trata de pensar en las personas.

«Las cosas no podrán continuar como estaban. Una gran parte de la humanidad no puede seguir viviendo en un mundo tan injusto, tan desigual y tan ecocida», dice Ramonet.

El tablero mundial

Todo va a depender de quién gane la hegemonía en el tablero mundial y cuáles sean las respuestas nacionales. Recordemos que Donald Tump está consiguiendo acabar con el liderazgo de Estados Unidos. Y que ya son múltiples los analistas que dan como vencedores de esta crisis —así les llaman— a los países orientales. Preocupante en grado máximo lo que concluía, como vimos, Patrick Wintour, editor diplomático de *The Guardian*. Se trataría de ser como ellos, más comformados, menos dados a la rebelión y más obedientes. El enorme riesgo que nos acecha es el de aceptar «por

salud» lo que nos quedó mermado «por seguridad». Para convertirnos así en juguetes de los mismos que nos usaron.

No puede ser que entreguemos lo vivido y lo sufrido por puro miedo. Era el miedo la principal pandemia, o casi.

Lo humano. La catástrofe de los ancianos y todos los demás

Nos deja demasiado tocados la pandemia en el alma como para no exigir cambios. ¿Qué barbarie de mundo hemos dejado construir para lo que hemos permitido que se haga con los ancianos? Nuestro futuro bien inmediato en algunos casos. Todavía tiemblo cuando leo lo que escribió Ruth Toledano en *eldiario.es*. No hay mejor resumen.

«Se quedaron solos y dejaron de estar en las casas porque el capitalismo salvaje no dejaba tiempo para acompañarles ni dinero para pagar a quien lo hiciera en tu ausencia. [...] El capitalismo nos dio la solución y parecía buena: cuidaremos a vuestros abuelos por vosotros. No será gratis, ni siquiera barato, pero merecerá la pena: podréis seguir produciendo, consumiendo, corriendo, sin el obstáculo de los malos olores, de la lentitud exasperante, de las idas de olla que sacan de quicio, del cargo de conciencia. Estarán bien, mucho mejor que con vosotros. Parecía una buena idea. [...] Y se los dimos. Les dimos a nuestros abuelos y abuelas. E hicieron negocio con su vulnerabilidad, con su decadencia, e hicieron caja con nuestra indolencia, con nuestra dejadez o nuestra ingenuidad, con nuestra esclavitud. Les vendimos a nuestros abuelos, se lucraron con nuestra inconsciente desgracia. [...] El coronavirus ha venido a ventilar esa miseria social, a desinfectar nuestra conciencia. No nos ha quedado más remedio que enterarnos de que han enfermado y muerto solos, de que los habíamos abandonado. [...] Es una enmienda a la

totalidad de nuestra sociedad, que no se ha preocupado de que aquello fuera así, que se ha olvidado no ya de respetar a quienes nos precedieron, sino de su existencia misma, una sociedad que no quiere limpiar el culo a quien antes se lo limpió.» Esto y mucho más escribió Ruth Toledano y quedó como el gran argumento de este tiempo que ha de terminar.[48]

Y hay que deshacer el nudo en la garganta para adoptar otra forma de vivir que es posible, más aún: inevitable, aunque serán muchas las trabas para entorpecerla. Àngels Martínez Castells también se lo planteó en este período: «Y de que habrá que reconstruir no cabe ninguna duda, pero ¿reconstruir hacia dónde, y para quién? Solo en el ámbito de la salud habrá que estar preparados para las próximas oleadas que pondrán de nuevo en tensión el sistema sanitario y que no vendrán solamente de nuevos brotes del coronavirus. Vendrán también de las repercusiones en la salud del paro y el incremento de la pobreza; del empeoramiento de condiciones de las personas con enfermedades mentales por el confinamiento y el miedo; pero también de las que tienen que prescindir de los medicamentos para poder comer, porque no se ha pensado a tiempo en una ayuda, renta o subsidio para quien más lo necesitaba; y por las personas que inundan, ahora más que nunca, las listas de espera de todas las pruebas, visitas e intervenciones aplazadas por fuerza mayor. Y las repercusiones en salud de las depresiones más que justificadas por lutos patológicos, inhumanos... y por los estragos de la violencia machista y de los abusos familiares».[49]

No es posible que sigan jugando con millones de personas, vendidos a unos poderes, a unos seres humanos con nombre y apellidos que los encarnan, que ni en mil años podrían gastar todo el

dinero que acumulan. No es posible seguir soportando las insensateces que se despliegan en los propias Cámaras de la soberanía popular, como no dejamos de ver y oír —si aguanta el estómago— en el Congreso español. Y las versiones mediáticas que llaman «un duro discurso» a una vomitona de rabia, sin fundamento, para seguir el objetivo de tumbar al gobierno legítimo. A pesar de que se encuentre ante el descomunal reto de abordar una crisis sanitaria sin precedentes. Lo ocurrido en España con ese cúmulo de fuerzas unidas en una oposición demoledora e injusta no tiene parangón. Se inscribe en lo más pasajes más sucios que haya parido la historia de los pueblos.

Son tan pequeños, tan miserables, cotejados con la realidad que vivimos. Aquí y en muchos otros países empeñados en luchar contra lo inexorable que les ha derrotado de raíz. ¿Supo usted que el 17 de abril la patronal del agua del grifo pidió al Gobierno español que le permitiera cortar el suministro a las familias que no hubieran pagado? En una carta a la vicepresidenta Ribera, aseguró, además, que el blindaje del abastecimiento supondrá «una invitación indiscriminada al impago del servicio». ¿Se enteró de lo que declaró CECALE, la patronal de Valladolid? «Lamentan que se retrase la desescalada por tener en cuenta las víctimas en residencias, a las que tacha de ″colectivo no productivo″»[50]. Los ejemplos han sido múltiples. Los obispos se mostraron en contra de que se estableciese una renta mínima vital para los más desfavorecidos. Este es el mundo al que llegó el coronavirus.[51]

«Muy simple: se ha desmoronado el castillo de naipes. Un mundo entero de ilusiones, autoengaños y sofismas ha muerto.», resumió de

todo el conjunto el economista estadounidense James Kenneth Galbraith.

«En las tiendas de las calles más lujosas de San Francisco han forrado sus escaparates con tablones de madera, cubriendo por completo sus cristales. «¿Qué están esperando?», se oye decir al autor del vídeo. «El capitalismo se amuralla». El capitalismo se protege por miedo a la reacción de los más desfavorecidos, que en muchos casos se arriesgan a perder lo poco que tienen», explica Olga Rodríguez. En otros lugares del mundo es bien diferente. Un conocido le escribe también a Olga: «"Aquí no tenemos miedo a la muerte, estamos acostumbrados a ella —dice—. Su cotidianidad nos permite no temerla, nos protege frente al miedo", apostilla. Es probable que en realidad tema morir, como cualquiera. Pero entiendo qué quiere subrayarme: que esto es solo otro capítulo más en su historia de injusticias, tragedias y guerras acumuladas en los últimos años».

Este es el mundo al que ha llegado el coronavirus, sí. Por eso, Olga Rodríguez, una periodista en el más profundo sentido de la definición, concluye: «Que no haya ningún lugar en el que cuando la gente muera nadie llore. Que no haya ninguna muerte sacrificada a los mercados. Ninguna política al margen de la ciencia. Ningún ser humano sin cobertura médica de calidad, sin vivienda, sin recursos. Nadie matándose a trabajar sin reconocimiento económico y social a su tarea. Nadie abandonado por no tener empleo. Más que nunca, defendamos la vida y el derecho a vivirla dignamente». En definitiva «Darle la vuelta al *shock*».[52]

Tras varios meses de mirar con los ojos, con el alma, y ver y oír tanto dolor, tanta esperanza también, tanto injusto trato también; de

guardar y reposar las ideas propias y ajenas, de expandirme en un silencio de sierras limpias, de verme turbada por los gritos del Congreso y las cacerolas enfurecidas, he buscado compartir en esta reflexión final lo que fueron diciendo otros, desconocidos o amigos de mi confianza, como homenaje a cuantos quieren construir otra sociedad diferente porque es imprescindible hacerlo. Qué saludable sería para la ciudadanía elevar el tono de sus intereses incluso en el ocio, salir de esa cueva de mediocridad, hasta soez a veces, a la que nos abocan. Para hacernos más vulnerables y dependientes, no por otro objetivo. Cuánto se gana apagando el ruido.

Hemos compartido tanto en redes que hasta fuimos levantando desánimos con la voz del más inspirado en cada momento. «Superar una depresión es como aprender un idioma, hay que ir al país de la angustia, estudiar su vocabulario y traducir lo que sientas a su lengua, porque solo podrás explicarte lo que puedas comprender», contaron que había dicho el escritor Benjamín Prado.

Los abrazos nos sacarán del pozo de tristeza y la razón del desastre que subyacía en lo que hemos vivido. Las alternativas son seguir igual —que equivale a peor, con más autoritarismo, injusticia e ira — o construir un mundo para todos. Entregarles la bolsa de nuevo o apostar por la vida. ¿Cabe alguna duda?

Notas

1. The Hill: **https://thehill.com/homenews/state-watch/496018-ohio-tells-companies-to-report-employees-who-dont-return-to-work-as**.
2. *eldiario.es*: **https://www.eldiario.es/politica/Espana-arroparon-Lopez-Madrid-tarjetas_0_492401900.html.**
3. *The Wall Street Journal*: **https://www.wsj.com/articles/stop-a-u-s-coronavirus-outbreak-before-it-starts-11580859525.**
4. Blogs *Público*: **https://blogs.publico.es/juan-tortosa/2020/02/28/el-movil-de-dina-bousselham-y-el-periodismo-de-las-cloacas/**
5. *eldiario.es*: **https://www.eldiario.es/escolar/presunta-corrupcion-Juan-Carlos-Borbon_6_1002359790.html.**
6. **https://www.lavanguardia.com/internacional/20200404/48287397351/coronavirus-campo-de-refugiados-lesbos-impacto-grecia.html.**
7. *Nueva Tribuna*: **https://www.nuevatribuna.es/articulo/sanidad/gobierno-pp-madrid-deja-sanidad-publica-estado-critico/20190513161449162651.html.**
8. Consecuencias de la privatización y los recortes en Sanidad en Madrid: **https://www.lamarea.com/2020/03/10/la-privatizacion-y-los-recortes-en-sanidad-ponen-en-jaque-a-madrid/**
9. **https://www.eldiario.es/internacional/coronavirus-EEUU-Trump_0_1008949875.html.**
10. *eldiario.es*: **https://www.eldiario.es/sociedad/descontrolada-coronavirus-catastrofe-sanitarios-enfrentados_0_1005799639.html.**
11. *El Mundo*:

https://www.elmundo.es/internacional/2020/03/26/5e7cbf45fdddffde508b4663.html.

12. «Un hecho social total», *Le Monde Diplomatique*.

13. *Ctxt.es*: https://ctxt.es/es/20200401/Firmas/31989/Raquel-Castro-coronavirus-Usera-vecinas-personas-mayores-cuidados.htm.

14. Instituto de Salud Global. Barcelona. https://www.isglobal.org/coronavirus-lecciones-y-recomendaciones.

15. «El martillo y la danza»: https://medium.com/tomas-pueyo/coronavirus-el-martillo-y-la-danza-32abc4dd4ebb.

16. *Ctxt.es*: https://ctxt.es/es/20200401/Politica/31995/analisis-comparativa-medidas-Espa%C3%B1a-Europa-coronavirus-Ignacio-Sanchez-Cuenca.htm.

17. https://www.elplural.com/autonomias/andalucia/replica-articulo-zarzalejos-irene-montero-mentira_236527102.

18. *El País*: https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585301613_468266.html.

19. *eldiario.es*: https://www.eldiario.es/sociedad/Espana-registra-mortalidad-relacionarlo-coronavirus_0_1013849053.html

20. *ElNacional.cat*: https://www.elnacional.cat/es/opinion/danos-colaterales_483543_102.html.

21. *Público*: https://blogs.publico.es/juan-tortosa/2020/04/16/oportunidades-perdidas/

22. Naukas: https://naukas.com/2020/05/15/la-responsabilidad-es-nuestra-correlacion-entre-mortalidad-del-Covid-19-y-movilidad/

23. *Ctxt.es*: https://ctxt.es/es/20200302/Firmas/31512/coronavirus-guerra-cultural-miedo-solidaridad-gerardo-tece.htm#.XoGj4G1R3TE.twitter.

24. *Infolibre*: https://www.infolibre.es/noticias/opinion/columnas/2020/04/22/peligra_libertad_los_mayores_106079_1023.html.

25. *El otro País* (la sociedad civil):

https://www.angelesgarciaportela.com/2020/04/ildefonso-campa-la-fragilidad-de-los.html?spref=tw.

26. *El Confidencial*: :https://www.elconfidencial.com/espana/2020-05-07/muertos-residencias-coronavirus-iglesias-calvo_2585276/

27. *eldiario.es*: https://www.eldiario.es/escolar/rey-Espana-maleta-llena-billetes_6_1023357673.html.

28. *eldiario.es*: https://www.eldiario.es/zonacritica/instrucciones_para_odiar_a_Fernando_Simon_6_1019158119.html.

29. Blogs *Público*: https://blogs.publico.es/juantorres/2020/04/29/otra-propuesta-para-financiar-la-deuda-de-la-Covid-19-sin-hipotecar-el-futuro/

30. *La Vanguardia*: https://www.lavanguardia.com/internacional/20200517/481198215323/si-francia-italia-y-espana-siguen-juntas-cambiara-la-ue.html

31. *eldiario.es*: https://www.eldiario.es/politica/coronavirus-desescalada_0_1023648262.html.

32. SmReputationMetrics. https://smreputationmetrics.wordpress.com/2020/05/16/espana-con-70-de-contagiados-por-coronavirus-escenarios/

33. *ElNacional.cat*: https://www.elnacional.cat/es/opinion/angels-martinez-castells-sanguijuelas_494238_102.html.

34. «El futuro después del coronavirus», *El País*: https://elpais.com/especiales/2020/coronavirus-Covid-19/predicciones/lo-deseable-dejara-sitio-a-lo-esencial/

35. *El País:* https://elpais.com/especiales/2020/coronavirus-Covid-19/predicciones/lo-deseable-dejara-sitio-a-lo-esencial/

36. *El País: íbid.*

37. *El País*: https://elpais.com/especiales/2020/coronavirus-Covid-19/predicciones/lo-deseable-dejara-sitio-a-lo-esencial/

38. *Abc*. Vídeo. https://www.abc.es/espana/abci-ayuso-nunez-balboa-parecer-

broma-202005141227_video.html

39. *eldiario.es*: **https://www.eldiario.es/internacional/Lecciones-americanas-absurdo-extrema-pandemia_0_1022597825.html.**

40. *La Voz de Galicia*: **https://www.lavozdegalicia.es/noticia/fugas/2020/05/01/autor-recomienda-yuval-harari/0003_202005SF1P3991.htm.**

41. *Infolibre*: **https://www.infolibre.es/noticias/opinion/columnas/2020/05/02/la_derecha_gana_tve_106388_1023.html.**

42. «La televisión del Estado no hace información de Estado». *Público*: **https://blogs.publico.es/juan-tortosa/2020/05/06/la-television-del-estado-no-hace-informacion-de-estado/**

43. «Un hecho total social», *Le Monde Diplomatique*.

44. VV. AA.: *Derribar los muros*, Roca Editorial, Barcelona, 2019.

45. «Un hecho total social», *Le Monde Diplomatique*.

46. «Carta al G20: más de lo mismo, no», *eldiario.es*: **https://www.eldiario.es/tribunaabierta/Carta-G20-mismo_6_1015308473.html**.

47. «La pandemia desnuda a la industria española», *Público*: **https://www.publico.es/economia/Covid-19-pandemia-desnuda-industria-situa-pais-reto-reconversion.html.**

48. «Los abuelos y abuelas son pioneros del distanciamiento social», *eldiario.es*: **https://www.eldiario.es/zonacritica/residencias-mayores-distanciamiento-social_6_1021957838.html.**

49. «Sanguijuelas», *El Nacional*: **https://www.elnacional.cat/es/opinion/angels-martinez-castells-sanguijuelas_494238_102.html.**

50. *Diario de Valladolid*. **https://diariodevalladolid.elmundo.es/articulo/valladolid/patronal-castilla-leon-califica-colectivo-productivo-ancianos-residencias-culpa-avanzar-fase/20200514134325379947.html**

51. *Público*: **https://www.publico.es/politica/coronavirus-patronal-agua-grifo-**

pide-gobierno-le-permita-cortar-suministro-familias.html.

52. «Darle la vuelta al *shock*», *eldiario.es*: **https://www.eldiario.es/zonacritica/Darle-vuelta-shock_6_1013908615.html.**

Primera edición en este formato: junio de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788418249457

Índice



Crónica de un mundo con coronavirus

Rosa María Artal